
UNA MÁSCARA,
UN BESO, Y UN AMOR
INESPERADO
JENNY DEL

UNA MÁSCARA, UN BESO, Y UN AMOR INESPERADO

JENNY DEL

Primera edición.
Una máscara, un beso, y un amor inesperado
©Jenny Del.
©febrero, 2026
©imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Capítulo 1



Paula

Me llamo Paula, tengo veinte años y soy natural de Cádiz. Mi madre, Mariana, tuvo que criarme sola, ya que fue madre soltera. Según ella me contaba, siempre quiso ser monja, pero llegó un cubano en un barco que la enamoró, y dejó su vocación a un lado. Pasados unos meses, una mañana se levantó, se marchó al trabajo y nunca más volvió. Al mes siguiente se enteró que yo venía de camino, y ya no lo localizó nunca más.

Por todo ello, casi ni me dejaba respirar. Su argumento era que no quería que a mí me pasara lo mismo que a ella, por lo que en cuanto terminé la ESO, me sacó del colegio, y no me dejó seguir estudiando.

—Lo siento, Paula, pero no quiero que te conviertas en una desgraciada como yo —me decía.

—Mamá, pero yo quiero ir a la universidad, labrarme un futuro —era siempre mi respuesta.

—En la universidad tan solo hay hombres que querrán aprovecharse de ti —me decía.

Crecí con esa premisa, que ser madre joven y soltera era convertirse en una desgraciada, lo que significaba que yo me convertía, automáticamente, en una desgracia para ella. Me dolía, no voy a decir que no, pero bueno, era lo que me había tocado.

Mi madre trabajaba en una empresa como telefonista, y allí mismo fue donde me enchufó a mí, pero en la recepción, de ese modo también me tenía controlada en el trabajo. Cada vez que se acercaba a mí cualquier compañero, ella se encargaba de espantarlo, así que, nunca había tenido novio, ni un beso me había dado con ningún hombre.

Al principio, mis compañeros de trabajo me avisaban cuando iban a quedar para ir a cenar, o a tomar un café, pero debido a las negativas de mi madre, dejaron de hacerlo.

—No entiendo como te dejas mangonear por tu madre, Paula, con la edad que tienes —me dijo un día una de mis compañeras mientras desayunábamos.

—¿Por qué no tengo a dónde ir? Si no me deja ni manejar mi sueldo. Lo tiene en una cuenta en la que estoy como autorizada, pero para sacar dinero, tengo que contar con la firma de ella. Me da cincuenta euros a la semana para mis gastos, aunque, para lo que compro, me sobra dinero —le contesté.

Tenía una sola amiga, Marta, que era con la única con la que me dejaba salir a dar una vuelta o a tomar algo. Eso sí, a las diez, como muy tarde, tenía que estar en mi casa. Muchas veces me entraban ganas de revelarme, pero luego pensaba que dónde iba a ir, si estaba con una mano delante y otra detrás.

A pesar de todo eso, contaba con mi sentido del humor, que era la única herramienta que tenía para no volverme loca, aunque, en alguna que otra ocasión, cuando veía a la gente de mi edad en las redes sociales, que viajaban y disfrutaban, no podía evitar llorar al compararlas conmigo.

—Amiga, tengo entradas para la fiesta de disfraces del sábado de carnaval, en el Gran Teatro Falla —me dijo Marta, cuando me llamó por teléfono esa tarde.

—¡Me alegro mucho por ti! Sé que te encantan esas cosas, pero dudo mucho que mi madre me deje asistir y si no le digo nada, tendré que estar a las diez en mi casa, me veré obligada a irme antes casi de que empiece —le dije, apenada.

—Déjamela a mí, Paula, cuando le diga que mi madre nos va a acompañar, verás como te da permiso —me respondió ella.

—Ojalá, para mí sería un sueño. Además de que me da igual que venga tu madre, si fuera como la mía, pues ya te digo yo que no, pero con ella, lo único que puede pasar es que nos lo pasemos de miedo —le dije.

Una cosa así de tonta me hizo una ilusión tremenda, algo que, para otra persona de mi edad sería una chorrada, pero para mí era lo más parecido a una noche de marcha. Recé todo lo que me sabía para que mi madre me diera permiso para ir, pero algo en mi interior me decía que lo tenía difícil, aunque no perdía la esperanza.

—Me acaba de llamar la madre de Marta, te voy a dar permiso, pero te advierto una cosa, como vengas oliendo a alcohol o a cualquier otra cosa parecida, te llevarás castigada un mes, sin móvil y sin visitas ni salidas nada más que para ir a trabajar —me amenazó.

Me entraron ganas de decirle que me dejara respirar, que tenía veinte años no ciento veinte, que ya era adulta y que, si quisiera, me podría independizar, pero me mordí la lengua, no quería decir nada fuera de lugar y que me prohibiera ir a esa fiesta.

Quedamos en que esa noche me quedaría a dormir en casa de Marta, para que ella no tuviera que esperarme despierta y se pudiera tomar su pastilla para conciliar el sueño. Mi amiga vino esa tarde y nos metimos en mi habitación para mirar los disfraces que nos íbamos a poner. Su madre también vino para explicarle a mi madre todo el tema de la fiesta.

—Mariana, no tienes que preocuparte por nada, ya sabes que yo voy con ellas —le dijo Oliva, la madre de mi amiga.

—Ya sabes que no me gustan esas cosas, los carnavaleros suelen ser hombres muy liberales, y no quiero que mi niña lo pase mal —le contestó ella.

—Ay, hija, que antigua eres. Tu hija, como la mía, ya no son dos niñas. Tendrán que conocer a alguien y hacer su vida, tal y como la hicimos nosotras…

—¡Eso sí qué no! No quiero que salga embarazada y sea una desgraciada, como yo —le contestó, alterada, pero la madre de mi amiga le contestó muy bien.

—¿Para ti tu hija ha sido una desgracia? Porque para mí, no. Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida —le contestó, indignada.

—Por supuesto que no, lo que he querido decir es que quiero que cumpla sus sueños, que no se vea cambiando pañales y preparando biberones cuando puede estar disfrutando de la vida.

—¿Cómo va a disfrutar si tú no se lo permites? Mira, Marta dejó de estudiar porque, por mucho que lo intentaba, no da más de sí. Pero Paula, ella podría haber seguido estudiando y ser lo que le hubiera dado la gana. Muchas veces, cortándole las alas a los hijos conseguimos todo lo contrario —le dijo, y dejó a mi madre pensando.

Nos pusimos a mirar en Internet y, al final, decidimos que nos íbamos a disfrazar de piratas, pues había algunos que eran realmente bonitos y nos daba la opción de ponernos un antifaz chulo. Salimos al salón, donde estaban nuestras madres hablando.

—Ya hemos decidido el disfraz, mira a ver si a ti también te gusta, Oliva —le dije a la madre de mi amiga.

—Ay, chicas, a mí, cualquiera que elijáis me parecerá bien. Venga, pasadme el enlace que los voy a pedir —nos dijo.

—Yo los pago, tan solo espero que no tenga demasiado escote o sea muy corto —dijo ella, mirándome.

—Mira, Mariana, deja ya esa mentalidad de antigua, que tienes cuarenta años, no ciento cuarenta. Tienen edad de lucir esos cuerpazos que se gastan, hasta yo me lo pienso poner, da igual como sea —dijo ella.

Tanto mi madre, como la de mi amiga eran jóvenes, y tenían un cuerpazo que, en el caso de mi madre, ocultaba con ropa holgada dos tallas más grandes que la suya. Sabía que Oliva estuvo tentada de decirle a mi madre que se

viniera, para abrirle los ojos, pero entonces no me dejaría disfrutar a mí, por lo que se cayó la boquita, mejor no decirle nada.

Ya lo teníamos todo pedido, y me encantaba. Oliva nos dijo como nos iba a poner el pelo y como iríamos maquilladas. Eso me encantó, pues mi madre nada solo me permitía un poco de máscara de pestañas y brillo labial, y eso porque en la normativa de la empresa ponía que teníamos que ir maquilladas, aunque sin llamar la atención.

—Os voy a rizar el pelo, y los labios de color rojo. Cuando le mande a tu madre la foto, se dará cuenta de lo que te está privando. Eso sí, por favor, no bebáis mucho, que no estáis acostumbradas —nos dijo Oliva.

—Yo no pienso beber nada de alcohol, me sienta mal y quiero disfrutar —le dije.

—Ay, mi niña, si encuentras a un chico que te guste, no pierdas la oportunidad, date tu primer beso, haz el amor con él, si es eso lo que te pide el cuerpo, porque no tendrás otra oportunidad de hacerlo. Pero, por lo que tú más quieras, usad protección. A mi hija le digo lo mismo cuando sale —me dijo.

Marta sí que salía por la noche, con su madre o con otra amiga de Sevilla que venía algunas veces. Ya ella había dado su primer beso y había perdido la virginidad. Me encantaba la relación que tenían las dos, ojalá yo hubiera tenido la suerte que tuvo ella, a pesar de ser madre soltera como mi madre, eran completamente opuestas.

Capítulo 2



Alex

Mi nombre es Alejandro, pero todo el mundo me llama Alex y soy sevillano, bueno, en realidad, soy trianero, de la calle Castilla. Trabajo como interventor en un banco, el mismo en el que trabaja mi padre, y tengo veinticinco años.

Hace dos semanas que me independicé, pero no os vayáis a pensar que me he ido a la calle Recaredo o a la Macarena, que me he trasladado a la puerta de enfrente de mis padres. Mi relación con mi madre, Reyes, no puede ser mejor, ella es mi mejor amiga, a la que le cuento todo. Con mi padre, Joaquín, también es buena, pero no tanto como con ella, que es mi confidente y la que me da los mejores consejos.

Mi abuela falleció el año anterior y me legó el piso a mí, su único nieto, por lo que, el tiempo que había tardado en poder mudarme fue a causa de la reforma integral que le hice. El dinero que había ahorrado para dar la entrada para comprarme una casa, lo dediqué a reformar y poner la casa a mi gusto. Me había quedado de dulce, pues la casa era grande, con tres terrazas a la calle y cuatro habitaciones. Uní dos de ellas, convirtiendo la habitación principal en una verdadera suite, con vestidor y baño integrado. Dejé otra como habitación de invitados, y la última la dejé como despacho, ya que era la más pequeña. También reformé el baño del pasillo y uní la cocina con el salón. En una de las terrazas, puse una mesa y sillas de exterior, para poder tomar algo en las calurosas noches de primavera o verano.

Soy un amante del carnaval de Cádiz y, aunque no sería la primera vez que iba, este año quería hacer algo diferente. No me gustaba el sábado de carnaval, a mí lo que me gustaba era el teatro y me moría de ganas de ir a la fiesta de máscaras que se celebraba en el Falla, al que había acudido, pero para escuchar las agrupaciones, nunca a una fiesta.

Llevaba mucho tiempo intentando convencer a mis amigos para ir a una de ellas, prácticamente desde que se empezaron a celebrar esas fiestas, pero no lo había conseguido todavía, hasta este año.

—Venga, este año vamos a dejarnos de botellón y vamos a ir contigo a esa fiesta. Tan solo espero que haya barra libre, que no sea una de esas fiestas de personas mayores —me dijo Alfonso, mi mejor amigo.

—Pues yo, lo siento, pero no pienso meterme allí. Prefiero irme a la plaza de la Catedral y beber allí —dijo Perico, otros de mis amigos.

—Yo no estoy obligando a nadie. Lo que tengo claro es que, este año, no pienso quedarme sin ir. Si no queréis acompañarme, lo respeto, pero llevo un montón de años que, cada vez que vamos a Cádiz en carnaval, hago lo que vosotros queréis —les dije, algo enfadado, porque nunca se tenía en cuenta mi opinión.

—Alex, tío, es que pareces un viejo. Nosotros vamos a ligar y a beber, como cualquier persona de nuestra edad, no a escuchar a cuatro carnavaleros encima de un tablao —me dijo Perico, como si no me entendiera.

—Pues nada, cada uno por su lado, y listo. No tengo ningún problema en ir solo… es más, mejor así que ir con personas que tengan la cara larga por no estar a gusto. Para beber y ligar, tenemos todo el año, Perico, pero para disfrutar el verdadero carnaval, tan solo una semana —le dije.

Reconozco que a poca gente de mi edad le gustaba eso, pero yo siempre había ido por libre y mi manera de ser y de actuar no la iba a cambiar a estas alturas.

—No tienes que ir solo, a mí también me apetece ir a esa fiesta, hacer algo tranquilo. ¿Y si encontramos allí al amor de nuestra vida? —me dijo Alfonso,

y tuve que soltar una carcajada.

—Tampoco pongas las expectativas tan altas, amigo. Con que lo pasemos bien, tenemos más que suficiente —le dije, riendo.

Al final, tan solo compramos las entradas para asistir a esa fiesta, Alfonso y yo. El resto del grupo, que eran Pedro y Felipe, decidieron ir por libre y tan solo harían con nosotros el camino de ida y vuelta, una vez en Cádiz, cada uno iría por su cuenta.

—Venga, vamos a mirar los disfraces, porque los nuestros no pueden ser como los de estos dos, que se pondrán cualquier cosa y se pintarán dos coloretes —me dijo Alfonso, y tenía razón, nuestros atuendos tenían que ser más elaborados.

—Vamos a ver si hay alguno de pirata que sea chulo, así iremos cómodos durante el viaje y estaremos presentables en la fiesta, que tampoco nos vamos a vestir de príncipe ni nada parecido —le dije a mi amigo, emocionado.

Sé que algunos no me entenderéis, pero para mí, era como un sueño hecho realidad, y que mi amigo hubiera decidido acompañarme, mucho más. Nos pusimos a buscar por internet porque, aunque todavía quedaban dos semanas para carnavales, queríamos tenerlo todo listo cuanto antes.

—Mira, estos dos son bonitos, y no demasiado incómodos —me dijo Alfonso.

—Dame, que los pida, yo te lo regalo, que has tenido un detallazo acompañándome —le dije, metí mi tarjeta y pagué la compra.

—Tío, te podías haber estirado un poquito más y pagar también los nuestros. No está bonito que ustedes vayáis de señoritos y nosotros de mamarrachos —dijo Perico, con toda su poca vergüenza, pero haciéndome reír.

—Elige dos, que yo también los pago, aunque no debería, que no nos vais a acompañar —le dije, pues la relación entre nosotros era así, nos enfadábamos y a los dos minutos, ya estábamos otra vez igual que antes.

—Tío, es que ese es un plan de viejos —me dijo Felipe, aunque con la boca pequeña.

Os explico, Felipe siempre hacía lo que Perico decía, algunas veces bromeábamos diciendo que parecían un matrimonio, donde Felipe era el sumiso de la relación.

—Pues será que tengo mal la fecha en el DNI y seré un viejo, pero es lo que más me apetece —le respondí, encogiéndome de hombros, para que tuviera claro que me daba igual lo que ellos dijeran.

Me separé de mis amigos y me fui a casa. Antes de entrar en la mía, pasé por la de mis padres, donde mi madre estaba en la cocina, haciendo uno de mis platos preferidos. Mi padre no estaba, había ido al campo a darle una vueltecita, porque los últimos días, o más bien semanas, el agua de la lluvia no nos daba tregua, y no sabía cómo estaba todo.

—¿Y esa cara de felicidad? —me dijo mi madre al verme entrar, pues llevaba una sonrisa en los labios.

—Por fin voy a cumplir uno de mis sueños —le dije, dándole un beso en la mejilla de lo más sonoro.

—¿Vas a ir a conocer Irlanda? —me preguntó mi madre, porque ese era otro de mis mayores sueños.

—Más quisiera, para eso todavía tengo que ahorrar un poco, ya sabes que mi colchón financiero ha terminado en la reforma del piso. Me voy un poquito más cerca, a Cádiz, a la fiesta de máscaras del sábado de carnaval —le conté a mi madre.

—¿Sólo? Porque no creo que ninguno de tus amigos esté de acuerdo con ese plan —reflexionó ella.

—No, Alfonso viene conmigo. Perico y Felipe irán también a Cádiz, pero con otros planes —le conté.

—Pues, como el tiempo siga así, más vale que se lleven una barca, porque no veas la cantidad de lluvia que ha caído ya —dijo mi madre, y ambos soltamos una carcajada.

—O unos manguitos. Al final, vienen con la medalla de oro de natación sincronizada —le respondí.

Nos mantuvimos así, en ese tono de broma, durante un buen rato, mientras que ella terminaba de cocinar. Al final, le dije que me llevaba a mi casa la comida, pues quería darme una ducha y tumbarme en el sofá. La noche anterior habíamos salido y ese día, me había levantado temprano pues tenía que hacer algunas gestiones del trabajo, a pesar de ser sábado, ya que el lunes tenía que firmar una hipoteca en notaría y debía tener todo listo para cuando llegara el momento.

—Mamá, me voy a mi casa. Envíame un mensaje cuando esté la comida y vengo a por ella —le dije a mi madre, dándole un beso en la mejilla.

—No te preocupes, Alex, que tu padre o yo te la llevamos en un momento. Date esa ducha y ponte cómodo, que se la levantado mucho frío y amenaza con volver a llover —me contestó mi madre, que era la más feliz del mundo cuando sabía que me tenía a dos pasos.

Capítulo 3



Paula

Había llegado el día de la fiesta, y estaba de lo más emocionada, la verdad. Salí para casa de mi amiga Marta después de comer, pues era sábado de carnaval y la gente había empezado a llegar a la ciudad desde por la mañana. Mi madre no es que estuviera muy feliz, incluso me dijo que se había precipitado en tomar esa decisión, pero que ya no se iba a echar atrás. La única tranquilidad que le quedaba era que vendría Oliva con nosotros, que era una adulta responsable, como si Marta y yo fuéramos dos niñas de cinco años y nos acompañaran al cumpleaños de una amiga.

—Amiga, menos mal que has llegado, teníamos el miedo de que, a última hora, te dijera que no —me dijo Marta, en cuanto me abrió la puerta de su casa.

—Me hubiera escapado por la ventana, aunque tenga rejas —le dije, riendo.

—Anda, pasa, que vamos a empezar a arreglarnos, para estar allí a las ocho y media, que primero es la cena y luego el baile —me dijo Oliva.

—Ay, estoy súper nerviosa —le dije, dando palmas y saltitos, como los niños pequeños.

Estuvimos arreglándonos entre risas y bromas, sobre todo de lo que mi madre pensaría al verme vestida de este modo.

—A tu madre le da un infarto y si no le da, es porque me va a ver a mí de la misma guisa que a ti —me dijo Oliva.

Nos pusimos delante del trípode del móvil, que preparamos para hacernos una foto y que se nos viera a las tres, dándole con el mando para realizar la foto. Oliva, contra todo pronóstico, se la envió a mi madre, según ella, para que viera lo feliz que estábamos.

—Espera su mensaje, porque nos va a decir de todo menos bonita, te lo digo yo —le dije.

—Aquí tenemos su respuesta, recemos para que no diga que te vayas ahora mismo para casa o que te disfraces de monja —me contestó ella, antes de abrir el mensaje.

Mariana: *Vais muy guapas las tres, aunque un poquito descotadas para mi gusto, pero bueno, lo pasaré por alto porque vais las tres de la misma guisa y porque no van solas. Pasadlo bien y tened mucho cuidado. No soltéis la bebida en ninguna parte, y no le quites ojo de encima a mi niña, bueno, ni a la tuya.*

Oliva: *Pierde cuidado, que nos las dejaré abandonadas. No sé a qué hora volveremos, pero te aviso con un mensaje que, espero, veas mañana por la mañana.*

Mariana: *Perfecto, gracias.*

—Pues ya ves, no ha llegado la sangre al río. Ahora, vamos a divertirnos, pero en todos los aspectos. Paula, no quiero que te reprimas, yo no soy tu madre, y si ves a alguien que te guste, ya sabes…

—Sí, sí, pero no sé si seré capaz de echarle cara al asunto —le dije, bromeando, por supuesto.

A pesar de todo lo que mi madre había intentado, no me costaba entablar conversación con nadie, ni siquiera con un chico. En mi trabajo había uno que me gustaba, pero después de tres negativas, dejó de intentarlo. Según mi madre, era porque no estaría tan interesado y me veía como una distracción.

Ella no era capaz de entender que, para ver a una persona de otra manera, tenía que haber contacto, quedar para tomar un café, un paseo, pero no, ella se pensaba que seguía en el siglo XV y que tenía que llevar carabina.

Salimos rumbo al teatro, pero antes, nos tuvimos que poner un chaquetón y coger un paraguas, porque estaba cayendo lo más grande. Por suerte para nosotros, vivíamos cerca del teatro y podríamos llegar sin problemas, porque si teníamos que coger un taxi, lo íbamos a llevar claro.

Llegamos y ya había unas cuantas personas esperando para entrar, por lo que nos pusimos en la cola. Había dos tipos de entradas, las que tenían cena y las que accedían directamente al baile, un par de horas más tarde. La cena se daba en la primera planta, en la zona donde estaba el ambigú, y el baile en lo que era el patio de butacas, que se dejaba completamente vacío para ello.

Entramos pocos minutos después, y subimos a la zona habilitada para la cena. Dejamos los chaquetones en el guardarropa, y nos dirigimos a nuestra mesa, que compartiríamos con cinco personas más.

—No veo a nadie que me llame la atención —me dijo Marta, que estaba analizando a todo el que entraba.

—Ni yo, aunque tu madre sí que ha encontrado a alguien que, al menos, le cae bien, porque no puede parar de hablar con el hombre que se ha sentado a su lado —le contesté, y es que, desde que ese grupo de amigos se había sentado, el único que iba solo, no paró de hablar con Oliva.

—Verás tú que salgo con un padrastro de aquí. Al menos, espero que sea agradable, porque guapo parece que sí es —me dijo ella, completamente convencida, y yo solté una carcajada.

Terminamos de cenar entre risas y comentarios cómplices, hasta el punto de tener las lágrimas saltadas por eso, pero había llegado el momento de bajar al baile. Cuando lo hicimos, ya había mucha gente allí, y la música que sonaba lo hacía en un volumen que, sin dejar de permitirte hablar con las otras personas, también se podía bailar.

—Joder, cómo está el enchaquetado de la barra —me dijo mi amiga, pero al darse la vuelta, nos dimos cuenta de que era demasiado mayor.

—Ese me gusta a mí, pero para mi madre —le dije, y soltó una carcajada.

—Vamos a bailar un poquito, anda, a ver si se nos desentumecen las rodillas —me dijo Marta, mientras me cogía de la mano.

Estaba sonando Sofía, de Álvaro Soler, y no dudamos en ponernos a cantar a pleno pulmón mientras bailábamos, y Oliva seguía hablando con ese hombre.

—*Mira, Sofía, ¿cómo te mira? Dime. ¿Cómo te mira? Dime*… —canté yo.

—*Sé que no, sé que no, oh. Sé que solo. Se que ya no soy, oy-oy-oy*… —siguió mi amiga.

En un momento vimos que dos chicos disfrazados de piratas, al igual que nosotras, se acercaban a bailar con nosotras. Uno de ellos me llamó la atención, y mi amiga se dio cuenta, por lo que no dudó en seguirles el juego. Si supiera que no me agradaba la compañía, no dudo que había pasado de ellos.

—Hola, nosotros somos Alex y Alfonso —nos dijeron, cuando terminó la canción.

—Hola, nosotras somos, Paula, mi amiga, Marta —le respondió ella.

Nos dimos dos besos y en cuanto noté sus labios en mis mejillas, un calor se apoderó de mi cuerpo, sobre todo cuando puso sus manos en mi cintura para bailar conmigo.

Las miradas entre nosotros eran incendiarias, y menos mal que la luz era tenue y llevaba la máscara puesta, porque estaba sonrojada a más no poder. Seguimos bailando un buen rato más, hasta que ya no podíamos más con los pies, y decidimos irnos a una de las mesas altas con taburetes que había en el teatro.

—¿Te apetece tomar algo? —me preguntó Alex.

—Pues sí, un refresco de cola sin azúcar, por favor —le dije.

Antes de ir a la barra, me dejó un beso en la mejilla, y me dijo en el oído que enseguida volvía. Cuando nos quedamos a solas Marta y yo, se acercó a mí, con una sonrisa.

—Me encanta este chico —le dije a mi amiga.

—¿En serio? ¿Tanto como para perder tu virginidad? —me preguntó, y empezó a reírse.

—Ay, amiga, pues sí que me gusta para eso y para más. Además de que, como no la pierda ahora, me quedo así hasta que mi madre se vaya al otro mundo, y tiene pinta de que viva hasta los cien años, por lo menos —le dije, y soltamos una carcajada.

—De momento, déjate llevar, y a ver adónde te lleva todo —me contestó.

Llegaron los dos, y nos traían los refrescos. Según nos estuvieron contando, eran de Sevilla, y eso me echó un poco para atrás. Si mi madre no me dejaba salir con nadie en Cádiz, ¿cómo lo iba a hacer con un sevillano? Desde el principio, esta "relación" estaba abocada al fracaso, pero no dejaría de intentarlo, seguiría adelante y que el destino dictara sentencia.

Volvimos a la pista, donde pusieron una canción un poco más melódica, como más lenta, y ambos nos acercamos al otro. No sé cómo ni cuándo pasó, pero cuando me quise dar cuenta, nuestras bocas estaban unidas en un primer beso que me supo a poco, la verdad.

—No sé si este beso ha estado a la altura, pero es que no tengo mucha experiencia —le dije, medio avergonzada.

—No ha podido ser más perfecto, como tú —me contestó él, cogiéndome por la cintura y dándome otro beso, que todavía fue mejor que el primero.

Capítulo 4



Alex

Nosotros habíamos cogido las entradas sin cena, puesto que llegábamos en el tren a las ocho y no queríamos dejar a nuestros amigos solos, por eso cenaríamos con ellos, y después, nos iríamos cada uno por nuestro lado.

En el bar en el que entramos a cenar, había un grupo de chavalas que no paraban de mirarnos. Cuando estábamos con la primera ronda de tapas, se acercaron. No puedo decir que eran feas, pero ninguna me llamaba la atención, todo lo contrario que a Perico y a Felipe, que empezaron a tontear con dos de ellas.

—Quillo, ¿de verdad te vas a ir ahora? —me preguntó Perico.

—Por supuesto que sí —le respondí.

—Pues que ganas, chaval, teniendo aquí a estos bellezones —me contestó.

—No me gusta ninguna, pero, aunque me hubiera gustado, no la cambiaba por no ir al teatro, a la fiesta. Lo siento por ti —le dije.

Le hice un gesto a Alfonso, que me entendió a la primera, y nos marchamos de allí, rumbo a la fiesta. Tuvimos que ir sorteando grupos de personas, y eso que elegimos el mejor camino y el menos transitado, pero era horrible la cantidad de gente que había.

—Y por fin que llegamos —me dijo Alfonso.

—Menos mal, pensaba que no llegábamos nunca —le respondí.

Entramos y nada más hacerlo, me encontré con una chica que me llamó la atención. Era morena, y tenía un cuerpo precioso, además de un movimiento de caderas que me estaba dejando medio hipnotizado.

—Te has fijado en lo mismo que yo, ¿verdad? —me preguntó Alfonso, con una sonrisa.

—La morena es para mí —respondí, poniendo rumbo a la pista, donde nos unimos a ellas en el baile.

Llegado el momento justo, nos presentamos, y recibimos lo mismo por parte de ellas, con las que continuamos bailando hasta que nos dolieron los pies, que fue cuando nos sentamos en una de las mesas altas con taburetes que había para ese fin.

—¿Te apetece tomar algo? —le pregunté a Paula, que así se llamaba.

—Pues sí, un refresco de cola sin azúcar, por favor —me contestó, y no pude resistirme, le dejé un beso en la mejilla antes de irme con a Alfonso, a pedir las bebidas.

Cuando nos habíamos alejado lo suficiente, Alfonso me miró, sonriente, y supe al instante que me iba a preguntar por Paula, pero también tenía claro que le iba a contestar con la verdad.

—Te ha dado fuerte, ¿no? —me preguntó.

—No sé si me ha dado fuerte, pero lo que sí sé es que me gusta esa chica, como hacía mucho tiempo que no me gustaba alguien —le respondí.

—Vamos, desde que te dejó Claudia, y no me lo niegues, porque tienes la misma cara que cuando la viste a ella —me respondió mi amigo.

Claudia era mi ex, la conocí en primero de carrera y desde ese primer instante, quedé prendado de ella. Empezamos a salir semanas después, formalizando la relación un mes después, con una comida con toda la familia, tanto mis padres como los suyos y sus hermanos. Éramos la pareja perfecta, jamás tuvimos una discusión, ni siquiera el día que me dejó, justo cuando empecé a trabajar y le hablé de irnos a vivir juntos…

—Alex, lo siento, pero mientras hemos estado en la universidad, ha estado bien. Pero ahora, necesito volar, conocer otros mundos y otras culturas, otras personas y no atarme de por vida a ti. Si cuando vuelva, vemos que sentimos lo mismo, podemos hablar, no ahora —me dijo, y a mí se me cayó el mundo encima.

—No, Claudia, no voy a ser el puerto seguro cuando veas que ya lo has visto todo. Si no me necesitas, si no me quieres ahora, luego seré yo el que no quiera, lo siento —le respondí, y salí de la cafetería en la que estábamos merendando.

Me costó muchísimo recuperarme de aquello, y si no llega a ser por Alfonso, creo que todavía estaría sumido en mi pena y en mi dolor. Pero volvamos al presente. Le conté a mi amigo lo que esta chica me hacía sentir, con su risa, con su manera de hablar, con su ingenuidad…

—Pues, si te gusta, no lo dudes y ve a por ella. Yo también lo intentaré con su amiga, que también me gusta muchísimo, pero lo mío será cosa de una sola noche, eso lo tengo claro. No estoy preparado para una relación, mucho menos a distancia —me dijo, y me eché a reír, porque Alfonso era así. Eso sí, no engañaba a nadie, iba con la verdad por delante. Si la otra persona aceptaba, seguía adelante, si decía que no, se retiraba elegantemente.

Volvimos a donde estaban las chicas, y nos tomamos el refresco con ellas, pues yo tampoco quise beber alcohol, y nos marchamos de nuevo a la pista. Mis acercamientos con Paula cada vez eran mayores y aprovechando que pusieron un tema un poco más melódico, más lento, cogí su mentón, nos miramos a los ojos para ver si me daba permiso, si ella sentía y necesitaba lo mismo que yo, y vi el brillo en su mirada, por lo que no lo dudé, y la besé.

Fue un beso lento, pero cargado de intenciones, al que ella me respondió como con vergüenza, con ingenuidad, pero también con pasión. Me costó separarme de ella, pues hubiera seguido así durante un buen rato más, pero nos empezaba a faltar el aire.

—No sé si este beso ha estado a la altura, pero es que no tengo mucha experiencia —me dijo, medio avergonzada, casi en un susurro.

—No ha podido ser más perfecto, como tú —le respondí, porque así había sido.

Me llamó la atención eso que me dijo de que no tenía mucha experiencia, porque a su edad, eso ya estaba más que superado, y no sé qué me gustó más, si el hecho en sí o que hubiera tenido la confianza de contármelo, por lo que me lancé de nuevo a sus labios.

Esta vez no fue en medio de la pista, como el primero, sino que me la llevé a un lado, la apoyé en una columna y la aprisioné con mi cuerpo, para que viera lo que me estaba provocando. El momento no podía ser más perfecto y la compañía, inmejorable, por eso no dudé en preguntarle algo. Yo había reservado una habitación en un hostal cercano, para descansar y no tener que estar en la calle cuando todo terminara, hasta que saliera de nuevo nuestro tren.

—Paula, ¿te apetece que nos vayamos al hostal en el que tengo la habitación? Me gustaría ir un paso más allá, siempre y cuando tú quieras, por supuesto. Si te sientes incómoda, nos podemos quedar aquí y seguir tal y como estamos —le dije, y vi como agachaba la cabeza, temblando.

—Alex, hemos venido con la madre de Marta, tendré que decírselo, pues no quiero que luego la cosa se me complique —me dijo, y no la entendí, la verdad.

—Si es lo que quieres, adelante. Vamos a buscarla y que me conozca. Si quieres, le puedo dar mi número de teléfono por si tiene que localizarte —le dije, para tranquilizarla.

Nos pusimos a buscarla, y la encontramos en la barra, hablando con un hombre en situación más que cariñosa. Me hizo gracia, porque más que su madre parecía una hermana mayor, de lo joven que era.

—Oliva, ¿podemos hablar? —le preguntó, nerviosa.

—Ya sé lo que me vas a preguntar, y la respuesta es sí. Pero iros a mi casa, que yo pasaré la noche con Armando, y me quedaré más tranquila si estáis allí —le dijo.

Vi a Paula sonreír de una manera que me llamó la atención una barbaridad, y darle un abrazo. Pero, lo que más me sorprendió fueron las palabras que le dijo a continuación.

—Gracias, Oliva, por verme realmente como soy. Ojalá tú hubieras sido mi madre. Por cierto… ¿Cómo lo vamos a hacer con ella?, porque si tú te vas a ir…

—No te preocupes, eso déjamelo a mí. Cuando lleguéis a mi casa, enviadme un mensaje, por favor, para quedarme tranquila —le respondió ella, dándole un abrazo y diciéndole algo al oído que no llegué a oír.

Buscamos a Marta y a Alfonso, que estaban como habíamos estado nosotros minutos antes. Cuando Paula le contó lo que había hablado con Oliva, que me resultó una mujer encantadora, su amiga pintó una sonrisa en su rostro que evidenciaba que estaba de acuerdo con todo.

Salimos de la fiesta los cuatro juntos, cogimos nuestros abrigos y ellas no guiaron hasta la casa, que estaba a dos calles de allí. Paula le envió un mensaje a Oliva nada más entrar por la puerta, y en el salón, nos despedimos de nuestros amigos, entrando cada uno en una habitación, nosotros en la de la madre de Marta y su amiga en la suya.

Capítulo 5

Paula

No os voy a decir que no estuviera nerviosa, porque lo estaba a más no poder. No sabía si contarle que era virgen o no, porque se iba a reír de mí. Pero, por otro lado, si no se lo decía lo haría tal y como estaba acostumbrado con otras chicas, y podría hacerme mucho daño, marcando mi primera vez de por vida.

—¿Qué te hace estar tan pensativa? —me preguntó Alex.

—Soy virgen, jamás he estado con un hombre. De hecho, mi primer beso ha sido contigo, hace unos momentos —le dije, armándome de valor.

No voy a decir que, en un primer momento no noté su sorpresa en la cara, en los gestos, pero fue cuestión de segundos en los que todo eso se desvaneció.

—Iré con cuidado, si sigues queriendo que sea yo, por supuesto —me dijo, y ver su comprensión, su amabilidad y en el tono en el que me habló, me bastó para saber que había elegido al hombre perfecto.

—No encuentro a nadie mejor para esto que tú —le respondí.

Volvimos a besarnos, haciendo que la intensidad fuera subiendo por momentos. Nos fuimos quitando la ropa el uno al otro, en mi vida pensé que

podría ser tan atrevida como lo estaba siendo, pero ya era hora que saliera del cascarón.

Notar sus manos recorriendo mi cuerpo fue algo alucinante, por donde iba pasando las yemas de sus dedos iba dejando un rastro de calor. Cuando llevó sus manos entre mis piernas, creí que me moría de vergüenza, pero él se encargó de relajarme.

—Tranquila, preciosa, que no voy a hacer nada que no quieras —me dijo, mientras besaba mi cuello, una vez que me había recostado sobre la cama.

Con sus dedos, abrió mis labios vaginales, y empezó a acariciar mi clítoris con toda la paciencia y la dulzura del mundo, hasta hacer que tuviera mi primer orgasmo, nunca mejor dicho, porque en mi vida había experimentado tanto placer. Pero la cosa no se quedó ahí, siguió bajando con sus labios por todo el cuerpo, parándose un rato en mis pechos, mordisqueando mis pezones y provocando que me retorciera de placer entre sus brazos.

Una vez que se cansó de mis pechos, siguió rumbo a mi monte de Venus, me abrió las piernas y enterró su cabeza entre ellas. El momento en el que sentí su lengua lamiendo mi clítoris, fue sublime, no sabía si gritar o morder la almohada, pero lo que sí hice fue meter mis manos entre su pelo, y apretarlo más contra mí, hasta que volví a alcanzar el orgasmo.

—No sé lo que te ha pasado para seguir siendo virgen, pero me vuelve loco lo receptiva que eres. No te reprimas y vive este momento como quieras y necesites. ¿Estás de acuerdo en que siga adelante? Si no estás segura, dímelo, que no pasa absolutamente nada —me dijo, queriendo saber si estaba segura de lo que venía a continuación.

—Sí, estoy completamente segura de lo que quiero. Lo que me ha pasado, te lo cuento en otra ocasión, no quiero romper la magia de este momento —le contesté.

Se puso un preservativo, se situó entre mis piernas y me fue penetrando poco a poco, de manera lenta, hasta que llegó a mi himen, ese que tenía que romper, y así me lo hizo saber.

—Preciosa, esto va a doler un poquito, pero solo será un instante —me dijo, justo cuando daba el último empujón.

Pensaba que me iba a doler muchísimo más, pero tan solo sentí un leve pinchazo que se vio totalmente opacado por el placer que me hizo sentir en ese momento. Se mantuvo en mi interior sin moverse durante unos minutos, pero ya no podía aguantar más, y empecé a moverme yo.

—Tranquila, fiera, que te tienes que acostumbrar a mi miembro si no quieres que te haga daño —me dijo, gruñendo de placer.

—Necesito sentirte, Alex, por lo que más quieras —le dije, serpenteando en la cama porque no podía estarme quieta.

Las primeras embestidas fueron lentas, pero también profundas, pero, poco a poco, fue cogiendo el ritmo más acelerado, haciéndome gritar de placer. No sabía dónde poner las manos, por eso las iba pasando por todo su cuerpo, desde los glúteos hasta la espalda, pasando por las veces que me tuve que agarrar a los músculos de sus brazos.

—Preciosa, no aguanto más. Córrete y llévame contigo, te lo ruego —me dijo, y solo bastó eso para que llegara al orgasmo por tercera vez.

Me corrí a gritos, mientras Alex intentaba acallarme con sus besos, hasta que, un segundo después fue él quien se corría, y quien soltaba un gruñido mientras seguía besándome.

—Gracias, Alex, ha sido sencillamente perfecto —le dije, una vez que se tumbó bocarriba en la cama y me llevó con él, recostándome en su pecho mientras me abrazaba y hacía caricias en mi espalda.

—Tan perfecto como lo has sido tú. Jamás había sentido una conexión así con nadie, ni siquiera con mi exnovia, con la que me llevé mucho tiempo de relación —me dijo.

Cogí una bocanada de aire y me dispuse a contarle todo lo de mi vida, desde el control de mi madre hasta lo bien que me había hecho sentir él, pues

me hizo sentir como una chica normal de mi edad, y eso no me había ocurrido nunca, os lo prometo.

—Gracias de nuevo, Alex, porque, por primera vez en mis veinte años, me has hecho sentir viva —le dije.

—No deberías permitir que nadie dirija tu vida, Paula, ni siquiera tu madre. Ella vivió la suya y cometió sus errores, y ahora, es el turno de que tú cometas los tuyos —me dijo.

—Lo sé, pero no tengo a donde ir. Si hasta me controla el dinero que gano… no puedo sacar un céntimo de mi cuenta sin que ella lo autorice —le dije, apenada.

—Pero… ¿Ha conseguido ella incapacitarte de alguna manera? Legalmente me refiero. Porque yo te veo completamente normal, y no entiendo como puede tomarse estas libertades contigo —me contestó.

—Lo sé, sé que he sido yo la que lo he consentido, pero ahora ya no tengo manera de cortarlo —le dije, con pesar.

—Por supuesto que puedes pararlo, tan solo tienes que proponértelo. Estoy seguro de que, tanto Marta como Oliva, te abrirían las puertas de su casa, como lo han hecho hoy. No dejes que nadie te mangonee, Paula, que tú vales mucho —me dijo, dándome un beso en los labios.

Ese beso fue el detonante de otro encuentro tórrido entre nosotros. Esta vez fui yo la que lamió y metió su miembro en mi boca, haciendo que se volviera loco, pero no me dejó continuar. Se colocó otro preservativo y me hizo subir por su cuerpo, me dejó a la altura de su miembro con mi vagina, e hizo que yo fuera bajando sobre él hasta que estuvo completamente dentro de mí.

—Ahora serás tú la que lleves el control del momento —me dijo, mientras me ayudaba a girar mis caderas encima de él.

—Joder, esto es el paraíso —le dije, mientras me levantaba y me dejaba caer sobre su miembro, alcanzando el enésimo orgasmo.

Cuando eso sucedió, me levantó, me colocó en la cama apoyada sobre los codos y las rodillas, se situó a mi espalda, y me volvió a penetrar. Me tuve que agarrar a los barrotes de la cama, porque con cada embestida parecía que me iba a impulsar hacia delante, que iba a salir proyectada por la pared.

No sé el tiempo que estuvimos en esa postura, pero hubiera seguido así durante toda mi vida, os lo prometo. Llevó sus dedos a mi clítoris e hizo círculos sobre él, hasta que me volví a correr, haciéndolo esta vez, él conmigo.

Caí a plomo en la cama, casi sin darme cuenta de que me quedaba dormida. Cuando me desperté, Alex ya no estaba, me había dejado una notita en la almohada, y la miré con cierta nostalgia antes de leerla…

"Gracias por una noche maravillosa. Ojalá y volvamos a vernos algún día, que sea pronto, por favor. Ahí te dejo anotado mi número de teléfono, espero que lo guardes y me contactes cuando quieras. Un beso, nunca olvidaré lo importante que me has hecho sentir en tu vida, ser el primer hombre en la vida de una mujer, es una responsabilidad muy grande. Espero haber cumplido con tus expectativas".

Por supuesto que había cumplido, las había superado con creces. Tenía una sonrisa pintada en mis labios cuando mi amiga entró. Al verme, supo que estaba feliz, y no dudó en abrazarme.

—Ay, amiga, que noche tan mágica hemos vivido las dos —me dijo Marta.

—Mira, me ha dejado su número de teléfono. En cuanto llegue a mi casa, lo voy a grabar —le dije, porque no me había llevado mi móvil, ya que iba a estar con Marta y su madre, que entraba en esos momentos por la puerta, cantando y bailando.

Capítulo 6



Alex

Me costó media vida levantarme de la cama, dejar a Paula allí, con los labios hinchados por mis besos y las mejillas sonrojadas, pero debía hacerlo, o perderíamos el tren.

Alfonso ya me había enviado un mensaje diciéndome que estaba listo para marcharse, y que, tanto Perico como Felipe ya nos estaban esperando en la puerta del hostal, para que nos cambiáramos de ropa antes de coger el tren. Habíamos preparado una mochila que dejamos allí en cuanto llegamos a Cádiz, con esa intención, para no tener que ir disfrazados a la vuelta.

Antes de salir de la habitación, aprovechando que había encontrado un cuaderno y un bolígrafo encima de la cómoda, le escribí una nota y se la dejé en la almohada, dándole un beso en los labios antes de marcharme.

—Joder, amigo, no veas como has aprovechado la noche. Escuchar a tu chica gritar y gemir, mientras tú gruñías, nos sirvió para ponernos a tono a Marta y a mí en más de una ocasión —me dijo Alfonso, en cuanto me vio salir del portal.

—Ha sido realmente glorioso, pero hasta ahí te voy a contar —le dije, pues no era de airear mis encuentros sexuales con nadie, ni siquiera con mis amigos. Como mucho, le contaba algo a mi madre, pero tampoco entraba en detalles.

—Anda, vamos que quiero ducharme antes de irnos —me dijo, metiéndome prisa.

Cuando llegamos al hostal, ahí estaban Perico y Felipe, duchados y vestidos, y con una cara que evidenciaba que no se habían comido una rosca, o ya estarían alardeando de ello. Mientras que Alfonso se duchaba, yo preparé mi ropa y guardé el disfraz en la mochila, pues no pensaba tirarlo, ya que sería el recordatorio de lo que había pasado esa noche. Ojalá y me llamara. Ahora me arrepentía de no haberla despertado para que me diera su número de teléfono, pero ya no tenía remedio, así que confiaba en que fuera ella la que se pusiera en contacto conmigo.

Entré a ducharme y a vestirme, no me podía entretener mucho, porque perderíamos el tren si me demoraba demasiado. De mi cabeza no se iba la imagen de Paula bajo mi cuerpo, sus pechos en mi boca, y casi sin darme cuenta, me excité, me puse duro al instante, por lo que no tuve más remedio que masturbarme mientras pensaba en ella.

—Te has dado una alegría en la ducha, ¿verdad? —me dijo Perico, con sorna.

—Claro, será que no se han comido una rosca con todas las viejas en esa fiesta —dijo Felipe, siguiéndole el juego al otro.

—Doy fe de qué eso no es cierto, que se ha comido, no solo una rosca, sino un paquete entero. Que no veas como era la chica que se ha llevado a la cama —dijo Alfonso, con una sonrisa de lo más pícara.

—Déjalos, Alfonso, que cada uno piense lo que quiera. Se cree el ladrón que son todos de su misma condición —le respondí, mientras me ponía el chaquetón y echaba mi mochila al hombro.

Salimos del hostal y pusimos rumbo a la estación, de donde salía nuestro tren media hora más tarde, pero íbamos bien, pues desde donde estábamos hasta llegar allí, no había ni cinco minutos andando. Por el camino, Perico fue contándonos que habían estado haciendo el tonto durante toda la noche con las chicas que se acercaron a nosotros, pues no pagaron absolutamente nada de lo que fueron consumiendo, y que, llegado el momento, en cuanto vieron a dos

tíos que les gustaron más que ellos, dijeron que iban al baño y no aparecieron más.

—Eso os pasa por ir de sobrados —les dijo Alfonso.

—Claro, como que ustedes habéis ligado mucho…

—Pues sí, chaval, que hemos ligado, y con dos bombones. La mía se llama Marta, con un cuerpo de escándalo, y graciosa como ella sola, además de bonita —le dijo Alfonso, y se quedó callado, pues no sabía si yo quería contar algo.

—Y yo he ligado con una diosa morena, Paula, que lo tiene todo. Ahora me queda esperar a que me llame, y como lo haga, pienso venir el fin de semana que viene otra vez, y la invitaré a que venga el próximo finde a Sevilla —dije yo.

—Claro, eran amigas y de veinte años, que estaban allí porque preferían eso a estar de marcha por la ciudad —dijo Felipe, creyéndose sabedor de todo.

—Pues, fíjate por donde que así fue. Yo le he dicho que sería solo cosa de una noche, pero si viene con su amiga a Sevilla, te aseguro que repetiré, si ella quiere, por supuesto —le dijo Alfonso, dejándolo callado.

Al montarnos en el tren, en cuanto me senté, me coloqué mis auriculares del móvil, puse música y cerré los ojos. Tenía un montón de cosas dando vueltas en mi cabeza, y no me apetecía seguir escuchando tonterías de esos dos, que se creían los más guais del mundo por haber estado toda la noche en la calle, bebiendo y alternando con unas y con otras.

No sé en qué momento me quedé dormido, pero sí que hice todo el viaje así, completamente dormido, hasta que Alfonso me dio un golpecito en el hombro para despertarme.

—Amigo, que ya estamos en Santa Justa —me dijo.

—Joder, me he quedado dormido y no me he dado ni cuenta —le dije, bostezando.

—Claro, ha sido mucho el ajetreo que has tenido esta noche —me respondió, riendo.

Bajamos del tren muertos de risas, dispuestos a coger el autobús para ir a casa. Todos vivíamos más o menos cerca, en el mismo barrio, por lo que cogíamos el mismo. No sé lo que Alfonso les había contado a los demás, pero no volvieron a hacer más broma sobre la noche del sábado.

—¿Qué os parece si vamos a desayunar antes de despedirnos? —preguntó Perico.

—Por mí, bien. Estoy que me muero de hambre, la verdad —dije.

—Pues, entonces, decidido, porque estos dos van a hacer lo que nosotros digamos —dijo, medio en broma, medio en serio.

—Oye, tú, que yo tengo criterio propio. Si voy a ir es porque, al igual que Alex, yo también he gastado mucha energía esta noche, y tengo hambre —le dijo Alfonso, mientras Felipe se reía a carcajadas por la discusión tan tonta que tenían los dos.

Nos bajamos en nuestra parada, ya que, en la esquina de la plaza del Altozano había un bar en el que se desayunaba de miedo, por nada y menos. Era el típico bar de barrio, al que también entraban muchos turistas, pero lo normal era que estuviera lleno de vecinos.

—Juan, ponme un café con leche y una tostada con jamón —le pedí al dueño, un hombre encantador que nos había visto crecer a todos.

—Ahora mismo, Alex. ¿El séquito también quiere lo mismo? —preguntó, pues siempre se dirigía a nosotros de ese modo. Para él, éramos Alex y el séquito.

—Sí, pero a mí ponme una leche con cacao, mejor, que el café no me deja dormir después —le dijo Felipe, que era el más especial para la comida y la bebida.

—Pues, marchando. Ahora mismo os lo traigo —nos dijo.

—Juan, que lo traiga mejor tu hija Macarena, que nos alegra la vista —le respondió Perico, para buscarle la lengua.

—Pues como no te envíe una foto… Mi hija se fue anoche al carnaval de Cádiz con las amigas, y está libre hasta el lunes por la tarde, que vuelven las tres —le contestó Juan.

—Joder, y nosotros que venimos de allí. Si lo llego a saber, la habría buscado y me hubiera quedado con ella hasta su vuelta…

—Atrévete a acercarte a ella y te quedas sin lo que cuelga entre tus piernas. Con lo mujeriego que eres tú, si piensas que te voy a recibir con las manos abiertas como mi yerno, lo llevas claro. Y no me cabrees más, que todavía te tomas el café con un ingrediente extra —le respondió Juan, como siempre.

Esta guerra que tenían entre los dos era constante, pues tanto Macarena, como Perico, sentían una atracción física el uno por el otro, pero Juan decía que, por encima de su cadáver, que no quería ver a su hija llorar por un espécimen como mi amigo.

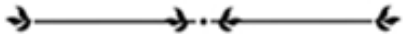
Desayunamos tranquilamente, y cuando estábamos a punto de marcharnos, entraron mis padres a desayunar, por lo que mientras que mis amigos se marchaban, yo continué allí con los dos. Mi madre, al verme esa sonrisa, supo que algo había pasado, y no dudó en hacerme el tercer grado.

—Tú has ligado —me dijo, nada más sentarse.

—Bueno, algo así —le dije, pues estaba mi padre delante.

—Me voy a la barra que tengo algo que hablar con Juan y así os dejo que habléis tranquilos —dijo mi padre, con una sonrisa en los labios.

Capítulo 7



Paula

Me cambié de ropa y me fui para mi casa, quedando con mi amiga que luego hablaríamos. En principio íbamos a bajar a ver el carrusel de coros, pero estábamos tan cansadas, que lo dejamos para el día siguiente, que era festivo.

Había metido la nota en el bolsillo de la mochila donde guardé el disfraz, pues no pensaba tirarlo, lo guardaría en mi armario con todo el cariño del mundo, pues representaba la felicidad que había sentido en una de las mejores noches de mi vida, por no decir la mejor.

—Menos mal que llegas, pensé que te quedabas allí a vivir — dijo mi madre, con mala cara.

—Mamá, es que, cuando llegamos de la fiesta, estuvimos un buen rato charlando, y cuando nos quedamos dormidas, era casi al amanecer —le respondí, pues en la vida le podría contar la verdad.

—Daría lo que no tengo por haber estado allí, mirando por un agujerito — dijo mi madre, y menos mal que me cogió de espaldas, porque se hubiera dado cuenta del sonrojo de mis mejillas.

—Pues hemos bailado, comido y bebido, pero no me mires así, que tan solo bebimos refrescos. Ya sabes que, a mí, el alcohol no me sienta bien. Si me tomo un sorbo de champán en Navidad y me entra fatiga y dolor de cabeza al día siguiente —le dije, y ahí no le mentí.

—Anda, dame esa mochila, que voy a poner la lavadora. No quiero que guardes ese disfraz sucio ni oliendo a sudor — dijo mi madre, y se la di, sin recordar que la nota iba en el bolsillo, guardada.

Entré a mi cuarto, me quité la ropa que llevaba y me puse algo cómodo para estar en casa, puesto que no pensaba salir en todo el día, y escuché como mi madre venía por el pasillo pegando gritos, y entonces, lo recordé.

—¡¿Se puede saber qué coño has hecho con tu vida?! —me preguntó, a grito limpio.

—No he hecho nada, que hablas como si hubiera matado a alguien —le dije, pero con la cabeza agachada, hasta que vi con la nota en su mano, y empezó a leerla en alto…

—*"Gracias por una noche maravillosa. Ojalá y volvamos a vernos algún día, que sea pronto, por favor. Ahí te dejo anotado mi número de teléfono, espero que lo guardes y me contactes cuando quieras. Un beso, nunca olvidaré lo importante que me has hecho sentir en tu vida, ser el primer hombre en la vida de una mujer, es una responsabilidad muy grande, espero haber cumplido con tus expectativas"* —leyó en voz alta, como si estuviera leyendo una sentencia judicial.

—He vivido como una chica de mi edad, aunque solo fuera por una noche —me atreví a responderle.

—No me esperaba que actuaras así, como tampoco me esperaba que Oliva, mi amiga, fuera tu cómplice. Ve rezando porque no te hayas quedado embarazada, porque como lo estés, te pongo en lo redondo de la calle, con una mano delante y otra detrás —me amenazó.

—No soy tan ingenua ni tan gilipollas como para no haber puesto medios. Si lo que pretendes que te diga es que lo siento o que me arrepiento de haberlo hecho, pues va a ser que no. No sé si lo volveré a ver o si podré ponerme en contacto con él, pero le agradeceré toda mi vida haberme dado la mejor noche de mi vida —le dije, harta ya de que me tratara como si fuera una niña de cinco años.

—Ahora lo veo, tú nunca serás como yo. Por mucho que lo he intentado, has terminado siendo una golfa, como todas las de tu edad, que se piensan que se van a comer el mundo y el mundo se las comen a ellas. En cuanto a lo que has dicho antes de ese tipo, si tiene tanto interés, que sea él quién te busque, hoy en día tenéis la tecnología a vuestro alcance —me dijo, y partió el papel.

En cada trocito de papel iba una parte de mi corazón, pues ni sabía mi apellido ni yo tenía redes sociales, pues ella no me lo permitía, decía que eso pervertía las mentes jóvenes y que ella no lo iba a permitir. Mi teléfono era de esos que venían capados para los niños, que tan solo permitía llamadas y mensajes de texto con WhatsApp.

Me encerré en mi cuarto dando un portazo, como en toda mi vida había dado. ¿Por qué no me dejaba vivir la vida como cualquier otra persona de veinte años? ¿Tan malo había sido para ella ser madre a los veinte años, que no me lo perdonaba, aun habiendo pasado ya tanto tiempo? Nunca fui una niña rebelde, siempre había hecho lo que ella quería, era como si no quisiera molestarla, y para ello, acataba todas sus órdenes.

Ni media hora más tarde, escuché los gritos de mi madre y de Oliva, estaban discutiendo por mi culpa, y eso era lo que menos quería, que me alejara también de mi única amiga, por eso, no dudé en salir.

—¡Déjala vivir, Mariana! No puedes castigarla por lo que hiciste tú, ni comportarte como lo hicieron tus padres —le gritaba Oliva.

—Ahora que soy madre, sé que mis padres hicieron lo que pensaron que era mejor para mí —respondió mi madre.

—¿Alejándote del hombre que amabas? ¿Crees que eso era lo mejor? Lo echaron y ni siquiera supo que estabas esperando una hija suya —dijo la madre de mi amiga.

—¿Mi padre nunca supo de mi existencia? ¿Él no se marchó por su propia voluntad? —dije, pues la historia que había oído durante toda mi vida, nada tenía que ver con esta versión.

—Eso no es asunto tuyo, vuelve a tu cuarto —me dijo mi madre, como si tuviera diez años y estuviera ante una conversación que no podía escuchar.

—No me pienso marchar, ya no tengo diez años, y quiero toda la verdad. Espero que Oliva me la cuente, pero me gustaría que fueras tú la que lo hicieras, y que, por una vez en tu vida, me trataras como a la adulta que soy —le dije, muy enfadada.

—Es mi historia, no le corresponde a nadie nada más que a mí —me respondió mi madre.

—Y, por ende, la mía también. Si tienes los datos de mi padre, quiero que me los facilites y, por supuesto, quiero que quites ahora mismo la restricción del banco sobre mi dinero, pues me pienso comprar un móvil en condiciones para intentar localizarlo —le dije, poniéndome en mi sitio, por una vez en la vida.

—De mí no sacarás nada, yo no pienso abrir la boca. Si quieres que haga eso, ahora mismo lo hago, pero a partir de este momento, no pienso costear tu alimentación ni nada que se le parezca. Si eres adulta para eso, lo eres para todo —me contestó, mientras Oliva la miraba como si estuviera hablando en chino.

—¿En serio le vas a negar a tu hija un plato de comida? ¿De verdad la vas a dejar sin saber sus orígenes? Porque te miro y no te reconozco, Mariana, te lo prometo. ¿Dónde se quedó esa niña dulce que eras en el pasado? —le preguntó Oliva, sin creer lo que había escuchado.

—Esa niña dulce se quedó en el paritorio cuando tuvo que hacerlo sola. Pero ahora, entiendo que mis padres vieron antes que yo que no tenía futuro junto a ese hombre —le dijo ella.

—¿Estás segura de eso? Me apuesto lo que quieras a que, si te lo pusieran delante, te tirarías a sus brazos sin dudarlo. Sigues enamorada de ese hombre como el primer día, a la vista está, que no has vuelto a rehacer tu vida —le contestaba Oliva, mientras yo parecía que estaba en un partido de tenis, alternando mi mirada de una a otra.

Mi madre guardó silencio y supe que llevaba sufriendo por ese hombre veinte años, pero eso, lejos de acobardarme, me dio las fuerzas suficientes para hacer lo que tenía pensado, buscarlo y ponerme frente a él. Miré a Oliva, que supo lo que le estaba preguntando con mi mirada.

—No me corresponde a mí, Paula, pero no dudes que, si cuando me vaya de aquí tu madre no te da los datos de tu padre, lo haré yo, junto a una foto de ellos dos, que mi amiga tiró cuando tus abuelos lo echaron como un perro, pero yo rescaté de la basura —me dijo, cogiendo su bolso y marchándose de mi casa.

Me quedé mirando a mi madre, que estaba frente al portátil, con la aplicación del banco abierta y quitando los límites de mi cuenta, tal y como le había pedido antes, pero sin ni siquiera mirarme.

—Ya tienes tu dinero disponible, espero que no lo despilfarres en tonterías —me dijo, e intentó levantarse.

—¿En serio no me vas a decir quién es mi padre? —le pregunté.

—Se llama Yotuel del Castillo, y es cubano. No te pienso decir nada más —me dijo, marchándose y dejándome allí con un mal sabor de boca.

Capítulo 8



Paula

Lo primero que hice fue ir a casa de Oliva y de Marta, pues necesitaba muchos más datos para empezar a buscarlo. Tenía que comprarme también un móvil algo más actualizado, porque con el que tenía no iba a ser capaz ni de escribir su nombre, pero ese día, al igual que el siguiente, era festivo y no había ningún comercio abierto.

—Amiga, mi madre tiene uno que no usa en el cajón, puedes ponerle tu tarjeta hasta que te compres uno nuevo —me dijo Marta, mientras Oliva se levantaba a buscarlo, junto a la foto de la que me habló.

—Toma, Paula. Es todo lo que tengo, poco más te puedo decir. Ahora mismo, podrá tener unos cuarenta y cinco años, más o menos. Es cubano, de la Habana, pero juró que no volvería allí a no ser que fuera de visita y siempre que le aseguraran que podía salir de nuevo, por lo que estoy convencida de que continúa en España —me dijo Oliva.

—Ojalá y lo pueda localizar, porque me muero de ganas de hablar con él, de que me cuente su versión, porque la que llevo escuchando toda mi vida no es más que una burda mentira —le dije a la madre de mi amiga.

—Él jamás supo de tu existencia, el problema fue tu abuelo, que jamás admitió que un hombre sin posibles se acercara a tu madre. También te digo que la quería con todo su ser, y que cuando lo separaron de ella sufrió mucho. Durante unos meses estuvo por aquí, esperando a que tu madre le dijera que se

había equivocado, que quería que volviera a su lado, pero cuando se dio cuenta de que eso no iba a suceder, nos dijo que se marchaba. Pesaba que, poniendo kilómetros de distancia, no tendría la oportunidad de verla junto a otro hombre, porque eso no lo iba a poder resistir —me explicó.

—No me puedo creer que mi madre fuera tan cobarde —dije, como a media voz.

—Vamos a cambiar de tema, y cuéntame que tal la noche del sábado. Conmigo no tienes que escatimar en detalles, porque ni mi hija lo hace. Yo no soy tu madre, pero quiero que me preguntes todo lo que quieras —me dijo Oliva, viendo que la conversación iba por unos derroteros que me dolían.

—No sé como definirla, la verdad… ¿Si te digo que fue perfecta estaría exagerando? Pues me parece que no, porque para mí lo fue —le dije, y ella supo todo lo que esa confesión implicaba.

—Pues, mientras que lo sea para ti, lo que piensen los demás te tiene que dar igual, pues ninguno de ellos te da de comer ni duerme a tu lado. Pero, cuéntame más. ¿Cómo te sentiste? —me preguntó, mirándome con amor.

Le conté todo lo que me había hecho sentir Alex, pero como mi madre había roto lo único que tenía para poder contactar con él, pues Marta no tenía tampoco el número de Alfonso.

Después de que mi amiga me preparara el móvil que me había dado su madre, que le pusiera mi tarjeta y que me abriera una cuenta en las redes sociales, me marché a mi casa, con la foto guardada en el bolso. No es que no pensara en Alex, porque continuaba en mis pensamientos, pero ahora, mi prioridad era encontrar a mi padre, entre otras cosas porque no tenía como localizarlo, ni siquiera sabía su apellido. Si ponía Alex Sevilla, me saldrían millones de personas.

Mi madre, en cuanto me escuchó hablar, se metió en su habitación y cerró la puerta. Con ese gesto me dejó claro que no se acercaría a mí, que me trataría con indiferencia, y eso me dolía más que nada, porque yo tan solo le pedía vivir como me correspondía por mi edad, no como si tuviera un problema de salud mental, que era como ella me trataba hasta ahora.

Si ella no quería hablarme, no sería yo la que la obligara a hacerlo, por lo que entré en la cocina, me preparé una tortilla de patatas, de la que le dejé la mitad en la cocina, y una ensalada. Si cuando me levantara al día siguiente no se la había comido, pues me prepararía un bocadillo con ella para llevarme al trabajo.

Al final, ni habíamos ido al carrusel de coros ni habíamos salido a ninguna parte, tan solo nos limitamos a buscar información sobre mi padre y anotarlo todo en una libreta, para empezar a buscarlo.

Me acosté sin ver a mi madre, y cuando me levanté, ya se había ido al trabajo, sin esperarme ni tomar un café conmigo, como solíamos hacer a diario. Me di una ducha rápida y me vestí con el uniforme de la empresa, saliendo de mi casa camino al trabajo. Por suerte para mí, podía ir andando, ya que no distaba mucha distancia de mi casa. Había salido el sol después de muchos días de lluvia, y apetecía notar el calor de los rayos en la cara, a pesar de que seguía haciendo muchísimo frío.

—Buenos días —dije al entrar, y todos mis compañeros me saludaron, excepto mi madre.

—¿Qué le pasa contigo? —me preguntó mi compañera de recepción.

—Que me he revelado. Ya estoy harta de mentiras y de que maneje mi vida como si fuera suya —le dije, sabiendo que mi madre estaba escuchando.

—Algún día te arrepentirás de no haberme hecho caso, pero entonces, a lo mejor será demasiado tarde —me dijo ella, con rabia, no con tristeza.

—Para una madre nunca es demasiado tarde. A lo mejor es que tú no te consideras así con respecto a mí, sino como mi dueña. Alguien me dijo que tú habías vivido tu vida como quisiste, cometiendo tus propios errores. Deja que yo cometa los míos —le dije, con lágrimas en los ojos, pero ella no dijo ni pío, cogió sus cosas y se marchó a la primera planta, dejándome allí sin importarle mi estado de nervios.

—Entra en el baño y límpiate los ojos, yo te cubro durante estos minutos —me dijo mi compañera, que sabía que yo necesitaba terminar de

desahogarme.

Cuando volví a mi puesto de trabajo ya me había quitado todo ese peso que llevaba encima. Si mi madre me trataba así no era mi culpa, pues intenté hacer siempre lo correcto, aunque no me gustara.

—He decidido que quiero volver a estudiar, pero sin dejar el trabajo —le dije a mi compañera.

—Pues haces muy bien, puedes hacerlo a distancia y cuadrar tus turnos para que no te pille en ningún examen —me respondió mi compañera.

—Tienes razón, no sabía cómo hacerlo, pero me has dado una buena idea —contesté, con una sonrisa en los labios.

La mañana pasó súper rápida. Ese día tenía turno partido, por lo que comería en la sala de descanso. Por supuesto, no había tocado la tortilla que yo le dejé, así como tampoco la ensalada, así que, me preparé un bocadillo y metí la ensalada en un táper. Ahora, en la máquina, me compraría un refresco.

Casi todos mis compañeros salían fuera a comer, pero yo estaba acostumbrada a no gastar dinero, por lo que solía llevarme la comida en estos días que tenía que quedarme. Iba a darle el primer bocado al bocadillo, cuando entró mi madre.

—Estos son los gastos mensuales de la casa, como vas a administrar tu dinero, lo pagaremos todo a medias —me dijo, y soltó un papel encima de la mesa.

—Nunca me he negado a nada, mamá, no entiendo por qué me tratas de esta manera —le respondí.

—Porque quieres buscar al hombre que más daño me hizo, y del que todavía no me he recuperado. Me he dejado la vida para que no tuvieras ninguna carencia, y me lo vas a pagar de esta forma…

—¿Piensas que lo hago por hurgar en tu herida? No digas más tonterías, mamá. Si lo hago es porque tengo la necesidad de que sepa que existo. Él

tampoco ha tenido la culpa de que tu fueras una cobarde —le respondí, furiosa.

—Veo que no voy a conseguir que entres en razón, por eso, creo que lo mejor es que nos tratemos como dos compañeras de piso, no como una madre y una hija —me dijo, y salió de la sala de descanso.

Me fijé en el papel y vi que los gastos mensuales eran seiscientos euros, pues la casa era de mis abuelos, así que no teníamos que pagar nada, a no ser que le diera por cobrarme alquiler, que ya no descartaba nada. Cuando saliera del trabajo pasaría por el cajero y le dejaría el dinero en un sobre encima de la mesa, a ver si así aprendía algo.

Capítulo 9



Alex

Habían pasado tres semanas desde que pasé la noche con Paula, y no había recibido ni un solo mensaje de ella. Ya no sabía qué pensar. Por un lado, mi cabeza decía que me había utilizado para perder la virginidad y que todo lo que vi en sus ojos era mentira. Pero, por otro, me negaba a pensar eso, pues la noté de lo más sincera, desde el primer momento.

—Lo mismo ha perdido el papel en el que le dejaste tu número, Alex, no tienes que ser tan tremendista —me decía mi madre, delante de una taza de chocolate caliente, pues ese día hacía un frío que pelaba.

—No sé, mamá. A veces pienso que fue un sueño, un espejismo. Si no llega a ser porque Alfonso vivió lo mismo que yo, pero con su amiga, pensaría que me lo había inventado, que eso nunca ocurrió —le contesté.

Aquel día en el bar, cuando nos quedamos los dos a solas, le conté todo con detalle, a pesar de que no me gustaba airear mi vida sexual o sentimental, pero necesitaba hacerlo y que mi madre me aconsejara.

Según ella, el que Paula hubiera decidido entregarme su virginidad era una señal clara de que sintió una fuerte conexión conmigo, porque, para una mujer, su primera vez es muy especial. Eso no significaba que se hubiera enamorado de mí, porque no le había dado tiempo de eso. En este momento, me arrepentía de no haberla despertado, de darle mi dirección o decirle mi apellido, para que me pudiera buscar por las redes. Entonces, algo se me ocurrió.

—Ahora vengo, mamá, tengo que preguntarle una cosa a Alfonso —le dije, y salí de allí, dejando a mi madre con la taza en la mano y una risa en los labios.

—¿Se está quemando algo y no me he enterado? —me preguntó, pero ya era tarde, porque me encontraba ya en el rellano de la escalera y no le pude contestar, aunque la escuché reír.

No esperé ni el ascensor, ni el del bloque de mi casa, ni del de mi amigo, ya que subí los escalones de tres en tres, hasta el quinto piso que vivía. Cuando me abrió la puerta, me encontró delante casi sin aliento.

—¿Ha pasado algo? Joder, pasa y siéntate, que te sirvo ahora mismo un vaso de agua —me dijo, haciéndome pasar al salón, donde me senté en el sofá a recobrar el aliento.

—Dime, por lo que tú más quieras, que tienes el apellido de Marta o que la sigues en redes sociales —le supliqué, sobre todo con la mirada.

—Joder, pues no había caído en eso. Lo cierto es que me lo dijo, pero no lo recuerdo, déjame pensar…

—Por tu madre, haz un esfuerzo por recordarlo. Si Paula ha perdido el papel, es la única manera que tengo de comprobarlo. Si la localizo y no quiere saber nada de mí, si no me contesta, podré seguir adelante con mi vida, pero mientras que no lo compruebe no podré hacerlo —le dije.

Estuvo un rato dándole vueltas a la cabeza, sin sacar nada en claro, hasta que, cuando ya había perdido todas las esperanzas, pegó un salto del sofá.

—Lo tengo, es Marta Rossety —me dijo —. Sabía que era un apellido italiano, pero no lo recordaba.

—Gracias, amigo, me estás salvando la vida. Vamos a buscarla por las redes —le dije, sacando mi móvil del bolsillo.

No me podía imaginar que hubiera tanta gente con ese nombre y el perfil privado, además de que tenían una foto en la que no se distinguía quienes

eran.

—¡La tengo! —exclamó Alfonso.

—Voy a mandarle una solicitud de amistad, cuando la acepte, le enviaré un mensaje a ver si me puede poner en contacto con Paula —le dije, y mi amigo hizo lo mismo.

—Mira que es guapa la jodida —me dijo, mirando la foto de una manera en la que nunca lo había visto mirar a una mujer.

—Amigo, veo que a ti también te dio fuerte —le dije, mientras él negaba con la cabeza.

—No te confundas, que no estoy enamorado, eso nunca ocurrirá, entre otras cosas porque no creo en el amor, ni eterno ni efímero. Creo en la atracción de dos personas y en los encuentros sexuales, en la química que puede surgir, nada más —me dijo.

—Cuando llegue la mujer idónea, tendrás que tragarte esas palabras —le dije, con una sonrisa y negando con la cabeza.

—Eso no lo verán tus ojos —me respondió.

Casi sin darnos cuenta había llegado la hora de comer y sabía que mi madre había hecho unas patatas guisadas con chocos que resucitaban a un muerto, por lo que no dudé en invitarlo a mi casa.

—Venga, Alfonsito, que la señora Reyes ha cocinado hoy tu plato favorito, vamos a por un buen táper y nos lo comemos en mi casa. Luego, si quieres, podemos salir a tomar una copita, por la noche —le dije, y mi amigo me miró con una sonrisa.

—Ve abriendo la puerta que desde aquí lo estoy oliendo —me respondió.

Salimos de su casa y fuimos hasta la de mi madre, que se negó a que nos fuéramos a mi casa a comer, pues ya tenía puesta hasta la mesa para cuatro.

Ella me conocía mejor que nadie, y sabía que volvería con mi amigo junto a mí en cuanto recordara lo que estaba cocinando.

—Anda, sentaos que se enfría el guiso y se calienta la cerveza —dijo mi padre, pues era algo que solía decir muchas veces en estos casos.

—Hijo, pues se coge otra de la nevera y se pone la comida en el fuego. Desde luego, no lo he visto más tremendista que tú. ¿A quién va a salir tu hijo? —dijo mi madre, negando con la cabeza.

—Por cierto, Reyes, tu hijo ha conseguido localizar a la amiga de la gaditana, y ha sido gracias a mí —le dijo Alfonso, con toda su intención.

—Nada más que por eso, para ti, ración doble. A ver si logra dar con esa muchacha y le cambia la cara esa de acelga que me lleva —le dijo mi madre, mientras los dos rompían en carcajadas.

—Gracias, mamá, es un placer escuchar de la boca de una madre que tienes cara de acelga —le respondí.

—Ay, mi niño, pero para mí, siempre serás la acelga más fresca y apetitosa —soltó ella, como si fuera un piropo, y ahí sí que reímos todos.

Estábamos con los postres cuando me vibró el teléfono, era la notificación de que Marta había aceptado mi solicitud de amistad, y un cosquilleo se apoderó de mi estómago, de manera que no pude terminármelo.

—Marta me ha aceptado, voy a escribirle un mensaje —dije, y me gané la mirada reprobatoria de mi madre.

—Sabes que nunca te he impuesto nada, Alex, pero creo que esa muchacha no se va a mover de ahí, por lo que puede esperar a que terminemos la comida. No me gustan los móviles en la mesa, mucho menos cuando estamos hablando en familia —me dijo mi madre, y tenía razón.

—Es cierto, mamá, y lo siento, pero no me puedo a arriesgar a que Paula le diga que me bloquee y no poder hablar con ella. Por eso, y como yo ya he terminado, me voy al salón —le dije, levantándome de la mesa.

Me senté en el sofá del salón con el móvil entre las manos y sin saber como empezar ese mensaje. Por una parte, quería ir directo al grano, y saber por qué Paula no me había escrito. Pero, por otra, no quería que se sintiera utilizada. En ello estaba, cuando me entró un mensaje de ella, rompiendo el hielo, y no os podéis imaginar lo que le agradecí al cielo que eso hubiera ocurrido.

Marta Rossety

Hola, amigo, ¿qué tal todo? Me alegro de que me hayas encontrado por las redes, pues tenemos mucho de lo que hablar. Si te parece bien, te paso mi teléfono y lo podemos hablar por voz, porque no me gusta nada el tema de los mensajes.

—Alfonso, ven si has terminado —llamé a mi amigo, que ya entraba por la puerta del salón, junto a mi madre.

—¿Has hablado con ella? ¿Le has escrito? —me preguntó él, ante la atenta mirada de mi madre. Me daba igual que ella estuviera delante, porque al final se lo iba a contar, así me ahorraba tener que decírselo más tarde.

—Me ha escrito y me ha dado su número de teléfono. ¿La llamo yo o lo haces tú? —le pregunté.

—No, llámala tú. Si, una vez que lo hagas, ella quiere hablar conmigo, lo haré —me contestó.

Respiré hondo, pues no sabía lo que me iba a encontrar, y marqué su número. Lo cogió al quinto tono, y ya estaba empezando a desesperarme.

—¿Dígame? —preguntó, y no me salía ni la voz.

—Marta, buenas tardes, soy Alex —le dije.

Capítulo 10



Paula

Cuando Marta me dijo que Alex y Alfonso le habían solicitado amistad por las redes sociales, me temblaron hasta las pestañas, pero no por ello tuve miedo, sino incertidumbre por saber lo que querían. Yo me acaba de abrir las redes, y no tenía casi amigos, por lo que era lógico que la hubieran localizado antes a ella que, a mí, además de que nosotros no hablamos de apellidos ni nada que nos pudiera identificar.

—Acéptalas y escríbeles a ver —le dije.

—Voy a enviarle un mensaje, le daré mi número de teléfono, así será mejor —me contestó.

Marta Rossety

Hola, amigo, ¿qué tal todo? Me alegro de que me hayas encontrado por las redes, pues tenemos mucho de lo que hablar. Si te parece bien, te paso mi teléfono y lo podemos hablar por voz, porque no me gusta nada el tema de los mensajes.

—Ahora tan solo nos queda esperar a que lo lea y ver si me llama o no —me dijo mi amiga.

Dejamos el móvil encima de la mesa, y nos pusimos con el ordenador, pues ya habíamos reducido la lista de Yotuel del Castillo a tan solo cinco

hombres, pues fuimos quitando por localidad de nacimiento, por edad y por rasgos, ya que no nos cuadraban con la foto que teníamos, a pesar de que habían pasado más de veinte años.

Cuando estábamos inmersas en la búsqueda, nos dimos cuenta de que el teléfono de Marta estaba sonando, y se levantó a cogerlo.

—¿Dígame? —contestó Marta, esperando a que la otra persona hablara, pues era un número que no tenía guardado en la agenda, aunque suponía de quién se podría tratar.

—Marta, buenas tardes, soy Alex —le dijo él al otro lado de la línea.

—Hombre, Alex, ¿qué tal todo? Me ha sorprendido mucho recibir vuestra solicitud de amistad —le dijo ella.

—Mira, Marta, no soy de irme por las ramas. Si te he buscado por aquí es porque necesito conocer el motivo por el que Paula no se ha puesto en contacto conmigo, cuando le dejé mi número de teléfono —le dijo Alex, un tanto agobiado.

—Eso no soy yo quién te lo tiene que contar, pero estás de suerte, porque tengo a Paula a mi lado. Si te parece bien, te paso con ella —le contestó mi amiga.

—¿Me lo dices en serio? —le preguntó él, mientras ella me pasaba el teléfono.

—Hola, Alex, soy Paula. ¿Qué tal te encuentras? —le dije, y lo escuché suspirar. Escuchar de nuevo su voz, aunque fuera a través del aparato, me hacía estremecer.

—No sé ni que decirte. ¿Me pasas tu número de teléfono y te llamo al tuyo? Alfonso quiere hablar con Marta, si ella quiere, así le dejo la línea libre —me dijo, y no dudé en dárselo, cortó la llamada y sonó mi teléfono, al igual que lo hizo también el de mi amiga, pero desde otro número.

—Hola —le dije, cortada por la situación.

—Hola, preciosa. ¿Me puedes explicar el motivo por el que no te has puesto en contacto conmigo? Necesito saberlo, porque me estoy volviendo loco haciendo suposiciones —me dijo.

—Por supuesto que sí, y entendería que hubieras pasado página, porque tan solo hemos tenido un encuentro…

—No digas tonterías, si hubiera pasado página no estaría preguntándote nada —me dijo, como si fuera algo evidente.

Cogí aire, y le conté todo lo que me había sucedido, desde el enfrentamiento de mi madre hasta el momento en el que partió el papel en el que tenía anotado el número.

—Pero ahora que ya lo tengo, no pienso dejar que te alejes de mí —me dijo, después de suspirar por lo que le había contado.

—Yo le he visto el lado positivo a todo esto, que ahora mismo soy dueña de mi vida. Me duele que mi madre no me entienda ni me acompañe en mis decisiones, no voy a decir que no, pero no voy a permitir que siga dirigiendo mi vida —le conté.

—¿Qué te parece si voy a verte este fin de semana y lo pasamos juntos? —me preguntó, algo temeroso en su propuesta.

—Me parece una idea fantástica. Buscaré un hotelito que no salga demasiado caro, porque tampoco me quiero gastar ahora todo el dinero ahorrado de golpe —le dije, pues no quería mentirle.

—Eso me lo dejas a mí, que yo me encargo. Nos vemos el viernes por la tarde, pero no dudes que, desde aquí hasta el viernes, te llamaré a diario, para que no te olvides de mí —me dijo, y se me doblaron las rodillas.

—Si eso no ha pasado ya, no creo que pase en estos días —le dije.

Cortamos la llamada después de un buen rato, en el que nos contamos todo lo que habíamos hecho en estos días. Hasta ahora había tirado con el móvil que me había dejado Oliva, pero desde ya necesitaba uno nuevo, con el que

poder hacer videollamadas de calidad, porque pensaba proponérselo a Alex en cuanto tuviera ocasión.

Mi sonrisa delataba lo feliz que me había hecho esa llamada, al igual que a mi amiga. Estábamos hablando de ello, justo cuando entraron Oliva y Armando, el hombre que conoció en esa fiesta, que vivía en un pueblo cercano y que pasaba con ella todos los fines de semana desde entonces.

Era un hombre de lo más simpático y educado, que la trataba como a una reina. Cuando los veía a los dos me preguntaba por qué mi madre no podía tener la misma suerte, por qué se negaba a darle la oportunidad a alguien. En el trabajo, José, el jefe de contabilidad, se le había insinuado varias veces, e incluso le había dicho de invitarla a cenar, pero ella siempre encontraba una excusa para declinar su invitación.

—¿Y esas caras? ¿Os habéis echado novios? —nos preguntó Oliva, bromeando.

—Yo no sé Paula en qué habrá quedado, pero el viernes por la tarde viene Alfonso a verme —dijo Marta, sonriente.

—Pues Alex también viene ese día —le dije.

—Si queréis, podéis quedaros aquí. Yo el fin de semana que viene me marcho con Armando a la sierra, ahora que la lluvia me lo permite —nos dijo Oliva.

—Yo prefiero quedar fuera de aquí, no me gustaría que tuvieras otro enfrentamiento con mi madre por mi culpa, pero te lo agradezco igual —le dije.

—Mamá, pues yo creo que sí que me voy a quedar en casa. Le enviaré ahora un mensaje a Alfonso para que no busque hotel —le dijo Marta, que no tardó ni dos minutos en hacerlo.

—Pero aclárale que sois solo vosotros, por favor —le dije a mi amiga, para que lo tuviera claro.

—Ya lo he hecho, has llegado tarde —me contestó, sacándome la lengua.

—Bueno, chicas, hemos venido para invitaros a merendar en la pastelería nueva que han abierto, la de los gofres con chocolate —nos dijo Armando.

—Ay, papuchi, eso ni se pregunta —le dijo Marta, que lo llamaba así de cachondeo.

—Me siento como el padre de Julio Iglesias —contestó el otro, siguiéndole el juego.

Salimos los cuatro de la casa, y pusimos rumbo a la pastelería, cuando me crucé con mi madre. Oliva, que la conocía demasiado bien, no dudó en pararla.

—Mariana, ¿dónde vas con tanta prisa? —le preguntó.

—Tengo cosas que hacer —le contestó, en un tono de lo más borde.

—Pues las dejas para luego. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir en este plan? Venga, vente con nosotros a merendar y habla con tu hija. Lo estáis pasando las dos muy mal, cuando con una charla se podría solucionar —le dijo Oliva.

—Lo que tenga que hablar o no con mi hija, no lo voy a hacer delante de gente extraña. Ahora, si me perdonas, me están esperando —dijo, cuando todos sabíamos que era mentira, y nos dejó allí con toda la cara partida, como se suele decir.

—No lo intentes más, Oliva, ya ves que no se baja del burro. Lo he intentado de todas las maneras habidas y por haber, lo único que dice es que, si sigo buscando a mi padre y queriendo tener relación con él, ella sobra en mi vida —le dije, pues fue lo último que me dijo cuando hablamos.

—¿Qué vas a hacer, Paula? —me preguntó Armando.

—Buscarlo, porque, tanto él como yo, hemos sido unas víctimas de mis abuelos. Necesito decirle que soy su hija, y si no me quiere ver, pues me

quedaré sin ninguno de los dos, pero no me puedo quedar con la incertidumbre de lo que pasaría si me conociera —le dije, pues era lo más lógico.

—Haces bien, Paula. Verás como, en cuanto que tu madre recapacite, se dará cuenta de que tienes razón y todo volverá a su cauce —me dijo, dejándome un beso en la cabeza.

—Eh, eh, amiga, que tú tienes posibilidad de encontrar a tu padre, no me vayas a quitar al mío postizo —me dijo Marta, para aliviar la tensión, y soltamos una carcajada.

Capítulo 11



Alex

No os podéis imaginar la tranquilidad que me entró por el cuerpo cuando Paula me explicó los motivos por los que no se había puesto en contacto conmigo. En cuanto colgué la llamada, me puse a buscar un hotel, ya que, aunque Alfonso me dijo que ellos se quedarían en casa de Marta, yo sabía que Paula no se encontraría a gusto.

—He encontrado uno que parece bonito y limpio, y está en el centro —le dije a mi amigo, mostrándole la pantalla del ordenador.

—Pues sí, y tiene unas buenas reseñas, a pesar de no ser demasiado caro. No lo dudes, reserva para el fin de semana, antes de que te quedes sin habitación —me contestó Alfonso.

Eso hice, reservé habitación doble, y me asignaron una preciosa. No era demasiado grande, pero para lo que la queríamos estaba súper bien. Contaba con una cama de matrimonio, un balcón a la calle, y un cuarto de baño completo integrado en la habitación.

En cuanto lo tuve todo listo, le envié un mensaje a Paula, para que no tuviera que buscar ella nada. Tenía muchísimas ganas de que llegara el viernes para volver a tenerla cerca, para poder besarla como quería desde el minuto uno en el que me separé de su lado.

Alex: *Ya he reservado habitación para todo el fin de semana. Lo he hecho en el hotel que está en la calle de detrás de la plaza de Candelaria, espero no haber metido la pata.*

Paula: *Pues te ha debido costar un pico, porque ese apartahotel está genial, además de limpio y cuidado. Estoy deseando que llegue el viernes para poder volver a verte.*

Alex: *Anda que yo. Ve poniéndote labial hidratante, porque se te van a quedar los labios resecos de la cantidad de besos que te pienso dar.*

Así nos mantuvimos durante un buen rato, parecíamos dos niños de quince años, y no pude reprimir una carcajada al analizar la situación. Mientras, mi madre, que se encontraba tendiendo la ropa y me escuchó, empezó a reír conmigo.

—Ojalá y conozca pronto a esa chica que te ha devuelto la sonrisa y la felicidad —me dijo, por la ventana.

—Muy pronto, mamá, porque pienso proponerle que pase el fin de semana que viene aquí, junto a mí, en mi casa. No sé si lo conseguiré, porque su relación con su madre es un poquito complicada. La trata como si tuviera cinco años, no como la mujer adulta que es. Además, es muy madura, es como una versión mía, pero en mujer —le conté a mi madre mis planes.

—Entra en casa y vamos a tomarnos un cafelito juntos, mientras me cuentas todo —me dijo, y ni me lo pensé, tal y como estaba, en pijama y batín, cogí mis llaves y salí de mi casa para ir a la de mi madre.

Cuando entré, ya tenía ella todo preparado encima de la mesa. Siempre que hacía eso me preguntaba qué tipo de poderes tenía mi madre para hacerlo, porque no habían pasado ni dos minutos.

Me encantaban esos ratos que pasábamos juntos, como si fuéramos dos amigos íntimos, contándonos nuestras confidencias, porque no solo yo era el que me confesaba con ella, que al contrario también ocurría, y muchas veces. Mi padre había bajado a comprar el pan, porque ese era su cometido durante los fines de semana.

—¿Esta noche vas a salir? —me preguntó mi madre.

—Sí, hemos quedado para ir a cenar y tomar una copa, pero no me pienso recoger tarde —le expliqué a mi madre.

—Miedo me dais cuando decís eso, porque, justo esos días, son los que venís con churros para desayunar —me contestó ella, y yo solté una carcajada, porque tenía razón en lo que me había dicho.

—Bueno, entonces, mejor no digo nada —le respondí.

Cuando me di cuenta, ya eran más de las ocho de la tarde, por lo que me despedí de mi madre y volví a mi casa, donde tomé una ducha y empecé a vestirme, ya que Alfonso me esperaba en el restaurante del puente a las nueve y media, y no me gustaba llegar tarde. Él había sido el encargado de contactar con el resto de nuestros amigos, así que no estaba seguro de si estarían o tendrían otros planes.

—Perdón por el retraso, pero fui a casa de mi madre a tomar un café y se me fue el santo al cielo —les dije, porque sí, ahí estaban todos.

—Pero si son las nueve y media en punto, qué manía tienes con la puntualidad, ya llega a ser enfermizo —me dijo Perico, negando con la cabeza.

—Venga, pasemos dentro, que tenemos la reserva hecha desde esta mañana —contestó Alfonso.

Estábamos cenando, tranquilamente, hablando de todo un poco, cuando Perico soltó la bomba, algo que no esperábamos, pero que tampoco nos importó, la verdad.

—Chicos, tenemos algo que contaros —nos dijo, mirando a Felipe de una manera que nunca habíamos visto.

—Pues, vosotros diréis —respondí yo, anhelante por lo que nos iban a contar.

—Anoche, en mi casa, y después de bebernos una botella de vino cada uno, Felipe y yo nos besamos. Lo que empezó como una broma, fue creciendo de intensidad, y terminamos en la cama. Nos hemos dado cuenta de algo que, aunque intuíamos, decidimos ignorar… —empezó Perico.

—Estamos enamorados el uno del otro, y hemos decidido darnos una oportunidad. No es que cuando hemos estado con mujeres no hayamos disfrutado, pero esto nos supera. Pensamos que ambos somos bisexuales, porque nuestros sentimientos han sido de lo más sinceros —continuó Felipe hablando.

—Chicos, pues si eso es lo que os hace felices, y me atrevo a hablar por la boca de Alfonso también, para nosotros no supone ningún problema, así que, adelante y sin miedo —les dije, y noté la tranquilidad en sus rostros.

Continuamos con la cena, mientras Alfonso y yo le contábamos nuestros planes para el siguiente fin de semana, en el que nos volveríamos a Cádiz para estar con las chicas. Se alegraron muchísimo por nosotros, por los dos, pero sobre todo por mí, ya que sabían que lo había pasado realmente mal cuando Claudia me dejó.

—Venga, vamos a bebernos la noche, porque comérnosla ya nos la hemos comido —dijo Felipe.

—Algunos, más que otros… —respondió Alfonso, con mucha gracia.

—Y esos otros se la van a comer el fin de semana que viene —dijo Perico, siguiendo con la broma.

—El fin de semana que viene, Alex y yo, vamos a terminar empachados, desde ya te lo adelanto —contestó mi amigo, y todos soltamos una carcajada.

Entramos en la discoteca a la que solíamos acudir cuando salíamos, y nos pedimos una copa en la barra. Entre bromas y risas, se acercaron unas chicas a nosotros, como solía pasar, sin pecar de petulante, pero es que era así. Jamás me tuve que poner manos a la obra para entrarle a una chica, solían ser ellas las que me entraban a mí.

—Lo siento, chicas, pero estos dos tienen novias y nosotros somos pareja —les dijo Perico a las chicas.

—¿Estos dos con novia y ustedes pareja? Eso se lo podrás contar a quién no os conozca, pero no a mí —se escuchó la voz de la última persona con la que quería encontrarme en estos momentos, Claudia.

—Pues piensa lo que quieras —le contestó Felipe.

—Pienso la realidad. Mira, Alfonso no se echaría novia en la vida, porque no cree en el amor. Perico es el más mujeriego que he conocido en mi vida, y Alex continúa enamorado de mí. De ti no digo nada porque no me dio tiempo a conocerte, aunque pinta de gay tampoco es que tengas —continuó ella.

—Pues te has equivocado en todo, empezando por mí y terminando por tu visión sobre Felipe —le dije, como enfadado.

—Te aseguro que, si ahora mismo te doy un beso, tú y yo terminamos en la cama. Si no hay más que verte, lo nervioso que te pones en cuanto me acerco a ti —dijo Claudia, soltando una carcajada.

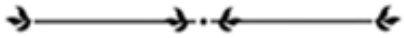
—Chicos, me voy, no me apetece seguir aquí —les dije, bebiéndome lo que me quedaba de copa de un solo trago.

—No, no te preocupes, que ya me marcho yo. Tan solo me acerqué a saludar —dijo, y se dio media vuelta para salir.

Se me quedó un mal cuerpo que no os podéis imaginar. Algo se removió dentro de mí, pero no sabía identificar ese sentimiento, no os podría decir si fue la impresión de volver a verla, que todavía quedaban brasas en mi interior o que era rabia por todo lo que habíamos vivido y que ella se encargó de destruir, pero no fui el mismo que entró en esa discoteca durante el tiempo que permanecimos en ella.

—Vamos, Alex, ni siquiera te lo plantees, piensa en Paula —me dijo Alfonso, como si estuviera leyendo mi mente.

Capítulo 12



Paula

Estaba deseosa de que llegara el viernes por la tarde, pero, mientras tanto, me centré en seguir cerrando el cerco en torno a mi padre. Ya lo habíamos reducido a cinco, dos de ellos en Madrid, uno en Córdoba, uno en Barcelona y otro en Sevilla.

Ojalá y fuera alguno de los de Andalucía, por eso de tenerlo más cerca. Con respecto a la relación con mi madre, no había habido ningún cambio. Ella seguía ignorándome y mirándome con rencor, y yo seguía sin hacerle aprecio a esos desprecios, valga la redundancia.

—Deberías enviarles la foto a los cinco, y así ver si alguno se reconoce, porque según las fotos que hemos visto en sus perfiles, puede ser cualquiera de ellos, pues tienen casi los mismos rasgos —me dijo Marta, que ese día había ido a mi casa.

—Ya, pero tampoco quiero ser tan directa, puede que tengan familia, que hayan rehecho su vida, y sería una putada para el que sea —le contesté.

—Pero no hace falta que le digas nada. Tan solo envía la foto y ponles: "¿te reconoces en esta foto?" o algo parecido. Así, si alguno se reconoce, te va a contestar y sabrás que es ese —Marta me explicaba la manera de hacerlo.

—Tienes razón, con eso no lo comprometo a nada. Si ninguno me contesta, o lo hacen todos de forma negativa, dejaré de seguir buscando —le dije, pues

la cosa empezaba a saturarme de una manera bestial.

Estaba segura de que mi madre sabía mucho más de lo que me había contado sobre mi padre, pero en su afán porque fracasara en mi intento, prefería mantenerse callada, y eso era una de las cosas que más me dolía. Mi padre no había tenido opción a elegir si quería ayudarla en mi crianza y educación, por lo que no entendía esa inquina que sentía por él.

Envié a los cinco esa foto, preguntándoles si se reconocían en ella. Si era así, que se pusiera en contacto conmigo el que fuera. Pensé en dejarles mi número de teléfono, pero, al final, decliné esa opción, pues, tal y como estaba la vida hoy en día, quién me decía a mí que no era un impostor y tenía otras intenciones.

—He pensado en volver a estudiar el curso que viene. En junio me voy a presentar al acceso a la universidad, quiero estudiar algo relacionado con los números o con los idiomas —le conté a mi amiga.

—¿Y vas a dejar el trabajo? Porque sería lo único que faltaría para que tu madre terminara de hacerte la cruz —me dijo Marta.

—Para nada, estudiaré por la tarde y trabajaré por las mañanas. Lo haré a distancia y cuando llegue la época de exámenes, como lo sabemos con tiempo, cambiaré mis turnos para que no me coincida con ninguno. Mi compañera ya lo sabe y me ha dicho que ella no pondrá ningún inconveniente —le expliqué.

Estábamos hablando de ello, cuando me llegó una notificación de las redes sociales, y el miedo se apoderó de mí. Miré a Marta, y no me salían las palabras, continué con el teléfono en la mano y sin poder moverme.

—¡Trae, coño! ¡Qué no es tiempo de hacer el tonto! —me dijo mi amiga, quitándome el móvil de las manos.

Abrió el mensaje y por la sonrisa que puso, supe que el resultado había sido positivo. Cuando le dio la vuelta al móvil y pude ver el mensaje, dos lagrimones se me cayeron al leer lo que ponía.

Yotuel del Castillo

Hola, Paula. Por supuesto que me reconozco en esa foto. Es en Cádiz, en el portal donde vivía el amor de mi vida, una mujer a la que nunca he podido olvidar. Mariana, mi Mariana, de la que me separaron sin razón y con la que dejé mi corazón. ¿La conoces? ¿Le ha pasado algo? Aquí te dejo mi número de teléfono, si tienes algo que ver con ella, me gustaría hablar contigo. Quedo a la espera de tu llamada o de tu mensaje de respuesta. Un saludo.

—Él tampoco la ha podido olvidar… —le dije a Marta.

—No hagas eso que se te está pasando por la cabeza ahora mismo. Primero, habla con él, cuéntale quién eres, y espera antes de mover ficha en ese sentido —me aconsejó mi amiga, y tenía razón.

—No puedo llamarlo y decirle que soy su hija, me gustaría que eso se lo pudiera decir cara a cara, y ver su reacción, una cosa así no se puede disimular.

—Pues es tan sencillo como quedar con él. Tampoco está tan lejos, que vive en Sevilla, hija —me contestó ella.

Cogí el móvil, guardé el número en la agenda y lo llamé. No tardó ni tres tonos en responder a la llamada, y eso me gustó, pues parecía que estaba esperando a que yo marcara su número.

—Hola, aquí Yotuel —dijo, con un acento mitad cubano mitad andaluz que me hizo mucha gracia.

—Hola, Yotuel. Soy Paula —le dije, sin saber cómo continuar.

—Paula… ¿Cuál es la razón por la que me has enviado esa foto? —me preguntó.

—Me gustaría hablar contigo, pero no a través de la línea de teléfono, sino cara a cara, Yotuel. Tengo mucho que contarte. ¿Cuándo te vendría bien quedar conmigo? No sé si tienes familia, y te garantizo que mi intención no es importunarte ni nada parecido…

—Frena, frena, Paula. No tengo pareja, si es eso a lo que te refieres. Pues, tendría que ver el día que estoy libre para poder ir hasta Cádiz, porque supongo que es allí donde vives, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, pero si sigues en Sevilla, no me importaría desplazarme hasta allí —le dije, casi sin pensar.

—No lo podría permitir. Tengo libre el fin de semana que viene, no el de esta semana, este lo tengo hasta arriba de trabajo, ya que tengo dos turnos dobles en el hospital —me dijo, y me creó curiosidad.

—¿A qué te dedicas? Si no es mucha la pregunta, es que me ha generado curiosidad, pero si no quieres contestar, no te preocupes —le pregunté, arrepintiéndome al instante de haberlo preguntado.

—Para nada. Soy médico, pediatra para ser más concreto. Cuando los padres de Mariana me dijeron que jamás la dejarían seguir en una relación con un mindundi sin futuro. En ese momento, me dije a mí mismo que tenía que darles un guantazo sin mano, como se dice aquí, en Andalucía, y me puse a estudiar por la noche, mientras que durante el día trabajaba en lo que me salía. Me costó mucho esfuerzo y muchas horas sin dormir, pero lo conseguí —me contó.

—¿No tuviste nunca la tentación de volver aquí y darles con el título en la cara a esos señores? —le pregunté, pues me estaba mordiendo la lengua para no decir nada más.

—Pues sí, pero entonces comprendí que, si Mariana no me había buscado, si no había hecho nada por mí, no merecía la pena que yo me rebajara más —me contestó, y lo entendí, por supuesto que sí.

—Yotuel, entonces, ¿te importaría quedar conmigo el sábado de la semana que viene? —le pregunté, temerosa de que me dijera que se lo había pensado mejor.

—Por supuesto que iré. El sábado estaré esperándote en la puerta del ayuntamiento a las diez de la mañana. ¿Te viene bien? —me preguntó.

—Allí estaré, y muchas gracias por contestar a mi mensaje, no te puedes imaginar lo importante que es eso para mí —le dije, despidiéndome de él.

Iba a explicarle todo a mi amiga, cuando escuché la voz de mi madre, pero no habló con desprecio, sino con dolor, como si yo hubiese hecho algo que ella no tuvo cojones de hacer.

—Veo que lo has encontrado y que has quedado con él — dijo mi madre.

—Sí, y también sé que no te ha podido olvidar. Mamá, ¿por qué no le das otra oportunidad? ¿Por qué no te la das a ti misma? Tienes derecho a ser feliz, y Yotuel ya no es el hombre que era… —intenté hacerla entrar en razón.

—Por ahora, me voy a conformar con que te conozca, con que sepa quién eres, luego, ya veremos si me puedo tomar un café con él —me dijo, pero veía un dolor en sus ojos que no había visto nunca.

—No quiero quitarte méritos, mamá. Pero entiéndeme, todo lo que me habéis contado han sido mentiras tras mentiras, y tengo, tenemos, derecho a saber la verdad, tanto él como yo —le respondí.

—Me duele como nada en el mundo, Paula, pero he entendido que no puedo hacer que vivas tu vida como yo quiero, sino como tú quieres. Pero, el que hayas buscado a tu padre, eso es como si me hubieras arrancado el corazón y lo hubieras pisoteado. Sé que fue mi culpa, y eso no me dejó dormir durante mucho tiempo. Pero, justo cuando empiezo a respirar y asimilar mi error, vuelve a mi vida. No sé si seré capaz de sufrir otro rechazo, por eso prefiero quedarme al margen de todo —me dijo, y no pude más que abrazarla, porque me dio una pena horrible.

Capítulo 13



Alex

Por fin había llegado el día y ya estábamos montados en mi coche. Ese día decidimos irnos así, pues los horarios del tren no me cuadraban con los del trabajo, y así llegaríamos en una hora y poco. El hotel que había reservado me aseguraba una plaza de aparcamiento en el garaje que estaba cerca.

—¿Has avisado a Paula de que vamos de camino? —me preguntó Alfonso.

—Pues, la verdad es que no. Pensaba avisarla cuando ya estuviéramos allí —le dije.

—En plan sorpresa, supongo, porque vamos a llegar casi tres horas antes de lo que teníamos previsto —me dijo, y asentí con la cabeza.

Habíamos hablado todos los días desde que lo hicimos la primera vez, alguna que otra en videollamada, incluso. Me contó que había encontrado a su padre, y que tenía muchas ganas de hablar con él cara a cara, pero no entró en detalles. La mayoría de las conversaciones se centraban en nosotros, en cómo lo íbamos a hacer si todo nos iba bien y la cosa iba a más entre los dos. No llegamos a nada en concreto, pero estaba completamente seguro de que encontraríamos la manera de que funcionara.

Casi sin darnos cuenta, ya estábamos cruzando el puente de la Pepa, y empecé a ponerme nervioso, tanto que casi me equivoco de camino, ante la risa de Alfonso. Perico y Felipe decidieron que, en esta ocasión, no nos

acompañarían, que lo dejaban para la próxima, pues entendían que queríamos estar a solas con nuestras chicas. ¡Qué bien sonaba eso de nuestras chicas!

En cuanto dejamos el coche aparcado, cogí el móvil y la llamé. No me contestó, y eso me resultó extraño, pero pensé que estaría ocupada. Al minuto, recibí una llamada suya.

—Dime, Alex, que me has cogido en la ducha —me dijo, y la noté como acelerada.

—¿Te pasa algo? Te noto un poco nerviosa —le contesté.

—Lo que me notas es que, en cuanto he escuchado el teléfono, he salido de la ducha volando, me he resbalado y he dado con el culo en la alfombra de cuarto de baño. Pero, antes de que te preocupes, tengo que decirte que estoy bien —me dijo, y solté una carcajada, imaginándome la situación.

—Mujer, te lo podías haber tomado con más calma —le dije, sin poder parar de reír.

—Desde luego… me alegro a contribuir a tu felicidad. ¿Ya habéis salido para acá? —me preguntó, pero notaba como se iba riendo.

—Ya estamos en Cádiz. Alfonso va de camino a casa de Marta. ¿Dónde nos vemos nosotros? —le pregunté, pues no sabía si quería que nos viéramos directamente en el hotel o en otra parte.

—Me visto, cojo la mochila, que ya la tengo preparada, y nos vemos en casa de Marta. ¿Te parece bien? —me dijo, y sonreí a través del teléfono.

—Me parece perfecto. Nos vemos en un ratito, que espero que sea pequeño, preciosa. Estoy loco por verte y darte un abrazo —le dije, cuando lo cierto era que me moría, pero por besarla y tenerla entre mis brazos de nuevo.

Cogimos nuestras mochilas y nos marchamos hacia la dirección de Marta. Nos acordábamos levemente del camino, pero por si acaso nos perdíamos, ella se encargó de enviarnos la ubicación exacta. Chica previsora.

Cuando llegamos allí, ya estaba Paula, con el pelo mojado y vestida con unos leggins negros y una sudadera, así como unas deportivas. Os prometo que, si con ese disfraz me gustó una barbaridad, verla así, tan informal, sin una gota de maquillaje, lo hizo todavía más.

No me pude resistir, y cuando la tuve a mi alcance, la tomé de la mano y la jalé hasta situarla pegada a mi cuerpo, la miré a los ojos, le acaricié la mejilla y la besé como estaba deseando hacerlo. Todo a nuestro alrededor se desvaneció, era como si solo estuviéramos nosotros dos, como si Marta y Alfonso hubieran desaparecido del mapa. Por suerte, mi amigo habló, porque, de lo contrario, la hubiera subido a la mesa y la hubiera hecho mía en ese mismo momento.

—Si queréis, os dejamos a solas —dijo Alfonso.

—No va a hacer falta, nosotros ya nos vamos. Mañana hablamos, porque esta noche no creo que salgamos de la cama —le contesté, haciendo que Paula se sonrojara una barbaridad.

—Pues nada, ya hablamos, porque creo que nosotros tampoco nos vamos a mover de aquí —me respondió.

Nos despedimos de ellos y salimos rumbo al hotel, íbamos abrazados, y al doblar la esquina, noté que se tensaba, pero no sabía el motivo.

—¿Qué te ocurre, Paula? —le dije, mientras ella se quedaba mirando a una mujer, más o menos de la edad de Oliva, la madre de Marta, y supuse de quién se trataba.

—Es mi madre…

—Vamos a saludarla, quiero que me conozca, que vea que voy en serio contigo —le dije, sin darle opción a nada, pues cuando quiso darse cuenta, ya estábamos delante de ella.

—Mamá, me gustaría que conocieras a Alex —le dijo, como a media voz.

—Sabes mi manera de pensar, cuando tengáis la fecha de la boda, entonces me lo presentas —le respondió, y nos esquivó, dejándonos allí con la palabra en la boca, pero no desistí y la frené.

—Señora, no sé lo que tiene en mi contra o en contra de su hija, pero me parece que no darme ni siquiera la oportunidad de conocerme, aunque sea como un amigo, dice mucho de la persona que es usted, que no ve la felicidad de su hija. A pesar de todo, y como estoy enamorado de Paula, no lo tendré en cuenta y me presentaré yo. Soy Alex, el novio de su hija —le dije, y ahora fue ella la que se quedó sin palabras.

—Hola, yo soy Mariana. Te pido disculpas, pero no estoy acostumbrada a esto y me cuesta horrores no actuar como lo haría siempre. Deduzco que no vendrás a dormir esta noche, tan solo te voy a pedir que toméis precauciones. Dicho esto, buenas tardes —y se marchó.

—Pensé que nos iba a cruzar la cara cuando has hecho eso —me dijo Paula, que no sabía si reír o llorar.

—Tu madre es de esas a las que, para que te tome en serio, tienes que plantarle cara. Pero ahora, dejemos que siga su camino y volvamos nosotros al nuestro. Mañana, si te apetece, la llamamos y la invitamos a comer. Si no te parece bien, pues comemos nosotros solos —le dije, y ella asintió con la cabeza.

El camino era relativamente corto, pero nosotros lo hicimos algo más largo. Primero, porque íbamos más lento de lo normal y, en segundo lugar, porque, en cuanto que encontrábamos un rinconcito en el que meternos, nos metíamos a besarnos como si tuviéramos quince años y no quisiéramos que nos descubrieran nuestros padres.

Después de mucho rato, al fin llegamos a la puerta del hotel. Me habían enviado, tanto la clave para abrir la puerta como la de la habitación, pues todo iba así, con códigos para abrir las puertas. Entramos en el recinto y subimos a la segunda planta, que era donde se encontraba la habitación que habíamos reservado.

Una vez que nos encontrábamos en el interior de la habitación, pusimos nuestras mochilas en el armario, sacamos la ropa para que no se arrugara y no nos hizo falta nada más que mirarnos a los ojos para que el fuego se desatara de nuevo entre nosotros.

Lo que empezó con un beso lento y dulce, se fue tornando, poco a poco, en uno más pasional, que hizo que la sangre nos hirviera en las venas. Con mucha premura nos fuimos despojando de la ropa. Era como un baile ensayado por los dos, como si hubiéramos estado planeando este momento al minuto y lo hubiéramos conseguido. Como si tuviéramos el viento en contra y, a pesar de todo, nuestros cuerpos hubieran encontrado el refugio que necesitaban para ser felices.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida. Cada día me alegro más de haber ido a esa fiesta —le dije, mientras besaba su cuello y le daba pequeños mordiscos en el lóbulo de su oreja.

—Tú sí que has sido lo mejor para mí, no solo en el plano sentimental, sino también en mi vida. Me has hecho luchar por algo que creía que no iba a conseguir nunca, y lo he conseguido —me respondió.

Nos volvimos a sumir en nuestros besos, hasta que ambos estuvimos, completamente desnudos en la cama, mi cuerpo sobre el suyo, y dejando un reguero de besos a lo largo de él, que evidenciaba el estado en el que estaba y lo que me hacía sentir.

Paula hizo lo mismo, y supe que era ella, que no tenía que seguir buscando, porque tenía delante a la mujer de mi vida, la que me haría feliz durante el resto de mis días.

Capítulo 14



Paula

Si la primera vez fue especial, esta segunda, estaba siendo espectacular. Con cada caricia que me hacía, me sentía importante, valorada y deseada. Sabía que él era mayor que yo, sabía que tenía una experiencia que yo no poseía, pero lejos de que me hiciera sentir mal, me hacía notar lo importante que era para él.

Habíamos terminado el tercer asalto, y nos moríamos de hambre, por lo que, cogí el móvil e hice un pedido a una pizzería que me encantaba y que sabía que a Alex también le iba a gustar. Media hora más tarde, recibí un mensaje que me indicaba que el repartidor estaba en la puerta del hotel, por lo que Alex se puso un pantalón, una camiseta y bajó por la comida.

—No quiero que te vistas, quiero que comamos los dos desnudos —me dijo, y me pareció una situación de lo más sensual, a pesar de que la vergüenza se apoderó de mí.

—Pues tú te has vestido —le dije, para buscarle la lengua.

—Hombre, no pretenderás que baje al portal desnudo, me podrían secuestrar de otras habitaciones y perderte todo lo que queda de fin de semana —me contestó, y no pude evitar soltar una carcajada que resonó en toda la habitación.

Cogió su cartera, lo que él no sabía es que ya había pagado yo, pero no le dije nada, para que no empezara con su retahíla de que eso era asunto suyo, como pasó con la reserva del hotel.

—No me habías dicho que ya estaba pagado, ahora te hago un bizum —me dijo, cuando entró en la habitación, donde estaba la calefacción puesta, para que no tuviéramos frío.

—Como hagas eso, me visto y me marcho, así que tú verás lo que te conviene —le contesté, e hizo un gesto como que se ponía una cremallera en la boca, causándome una risa que me salió de lo más adentro de mi cuerpo.

Vi como se iba desnudando y un calor me invadió por todo el cuerpo. Él, que lo había notado, me miró con una sonrisa lobuna y de lo más pícara. Puso las cajas de la pizza encima de la mesa que había en la habitación, junto al microondas.

—Creo que te apetece comer otro tipo de pizza en este momento —me dijo, y se tiró encima de mí.

—Sí, no creo que se enfríe la comida, pero si lo hace, siempre podemos calentarla en el microondas —le dije, sintiendo su boca por mi cuello.

No nos hizo falta preliminares ni nada parecido, pues con solo mirarnos, ambos estábamos de lo más encendidos. Esta vez quería ser yo la que llevara la voz cantante, por lo que invertí las posiciones, quedándome encima. Fui bajando con mi boca, con mis besos, por todo su pecho, hasta que llegué a esa V tan marcada que me volvía loca.

Alex se anticipó a lo que yo pensaba hacer, pero a pesar de sus muchos intentos para que no lo hiciera, no lo consiguió, y en pocos minutos estaba degustando su sexo a placer, dándole lametones desde su base hasta la punta, para terminar por meterla en mi boca.

—No sigas, por favor, porque no respondo —me dijo.

—No tienes que responder, tan solo tienes que disfrutarlo —le contesté.

Cuando estaba con él me salía un atrevimiento que no sabía que tenía. Es como si mi lado más sexy saliera a la luz, como si la mujer que habitaba en mi interior no tuviera reparos en que él la viera.

En el momento en el que noté que se iba a correr, paré, y no porque me diera asco o algo por el estilo, sino porque sabía que él quería terminar en otro sitio. Eso lo dejaría para cuando estuviéramos en la ducha. Me situé a horcajadas encima de su cuerpo, con una pierna a cada lado de sus caderas, cogí su miembro con mi mano y me dejé caer sobre él. Lo cabalgué como nunca lo había hecho, como sabía que a él le gustaba, hasta que ambos alcanzamos el orgasmo, al unísono.

Se quitó el preservativo que se había puesto antes y se levantó para ir al baño, donde se aseó y trajo una toalla húmeda para limpiarme a mí también. Ese gesto tan íntimo, tan especial, me llegó al alma. ¿Sería él el hombre de mi vida? ¿Podría formar mi vida y mi futuro junto a él? Eso, tan solo el tiempo lo diría, pero, de momento, quería disfrutar de todo lo que me estaba sucediendo.

La noche fue tan especial como el día, no nos cansábamos de unir nuestros cuerpos, de fundirnos en uno, y al despertar, el simple hecho de notar sus brazos alrededor de mi cintura me gustó sobremanera.

—Creo que será mejor que nos levantemos y nos demos una ducha para salir a pasear y a comer juntos, ¿no te parece? — dijo Alex, con la voz ronca por el sueño.

—Sí, porque como sigamos aquí, no vamos a ver la luz del sol nada más que cuando entre por la ventana —le dije.

—¿Has pensado si vas a invitar a tu madre a comer con nosotros? —me preguntó.

—Se lo voy a decir, pero desde ya te digo que no va a querer. No te lo tomes a mal, de verdad, no es por ti, es que las cosas entre nosotras están muy tensas desde hace un tiempo —le expliqué, intentando justificar la actitud de mi madre.

Tal y como pensaba, en cuanto la llamé me dijo que, si era para que fuera con nosotros a cualquier sitio, no pensaba moverse de su casa. Le dije que, si a ella le apetecía, comprábamos la comida y nos íbamos allí, con ella, pero también se opuso a esa opción.

—No pienso formar parte de eso. Si te quieres estrellar, hazlo tú sola, yo no estaré ahí para ayudarte a juntar tus pedazos. Yo tuve que hacerlo sola, y no me fue nada mal —me dijo, haciendo ver la poca empatía que sentía.

—¿Sabes, mamá? A veces pienso que me haces responsable de todo lo que pasó en tu vida, pero yo no pedí venir al mundo…

—Paula, yo…

No la dejé terminar, le colgué sin escucharla, ya estaba harta de todo, empezando por la manera en la que tenía de tratarme y el desprecio con el que hacía referencia a mi vida y a lo que hacía con ella.

—Lo siento, preciosa. Si lo llego a saber, no te habría animado a que la llamaras. Mi intención era acercarte a ella un poco más, pero creo que ha resultado todo lo contrario —me dijo Alex, que me abrazó y limpió unas lágrimas que no sabía que estaba soltando.

—No te culpes, con ella todo es igual. Si no se hace lo que ella dice y como ella lo dice, ya no sigue hablando —le dije.

—Venga, voy a llamar a Alfonso por si se unen a nosotros —me dijo, y fue a coger su móvil mientras yo terminaba de vestirme.

Ellos sí que se apuntaron enseguida. Nos fuimos a la plaza de las Flores, a un freidor de pescado muy famoso en la ciudad, y no tuvimos que esperar mucho, pues enseguida nos llevaron a una mesa.

—Me encanta comer aquí —dijo Alfonso.

—Es que, el toque que le dan aquí a la fritura del pescado, no se lo dan en ningún otro sitio, por muy famoso que sea —le contestó Alex.

—Y ese encanto de comer en cartuchos de papel, eso es especial —dijo Marta.

Compramos el pescado en el freidor para llevárnoslo a la mesa, mientras Alfonso y Marta pedían las bebidas y dos platos de arroz a la marinera para compartir. Por supuesto, no nos dejaron pagar nada, decían que nuestras carteras estaban secuestradas durante todo el fin de semana.

Estuvimos hablando de ir a dar un paseo por la parte de la playa, aprovechando el buen tiempo que estaba haciendo esos días. Alex decía que estaba antojado de comerse un helado, y lo llevé hasta mi heladería favorita, que estaba situada en la plaza de San Francisco.

—Yo quiero uno de tarta de selva negra con cereza, en cucurucho de chocolate —le dije a la chica que atendía.

—Joder, eso tiene muy buena pinta… Yo también quiero uno de esos —dijo Alfonso.

—Para mí, uno de pistacho —dijo Marta.

—Yo no sé qué pedir. El que ha pedido Paula está descartado, ¿por qué? Pues porque lo pienso probar de ella, el de pistacho no me gusta mucho, pero también lo probaré, así que, ponme uno de Málaga Virgen con pasas —dijo Alex, y todos nos reímos.

Nos sentamos en la plaza de Mina a comérnoslos tranquilamente, y en ese momento, vi como mi madre pasaba de largo, como si no me conociera, y eso me dolió, pero Alex me dio un beso que me hizo sentir que estaba conmigo.

Capítulo 15



Alex

Ese fin de semana había pasado demasiado rápido para mi gusto. La despedida fue algo "traumática". Lo pongo entre comillas para que me entendáis, quizás no era esa la palabra exacta, pero es que nos costó muchísimo separarnos, y alargamos durante todo el tiempo que pudimos.

—Contra todo pronóstico, me siento muy a gusto con Marta, y la conexión que tenemos es espectacular —me dijo Alfonso en el camino de vuelta a casa.

—Sabía que era así. Sé que no tienes en mente tener una relación sentimental con nadie, pero te auguro un futuro muy bonito junto a ella —le respondí.

—De momento, miremos el presente, que el futuro es muy incierto —me respondió.

Llegamos a Sevilla, lo dejé en la esquina de su calle, y me fui a buscar aparcamiento. Entresemana no solía coger el coche, puesto que el banco en el que trabajaba estaba en la esquina de mi casa, y los fines de semana, si no salía de mi ciudad, tampoco lo cogía. Aparqué cerca de mi casa, fue una suerte, pues esa zona suele estar bastante concurrida de coches, y subí. Mi madre, en el momento en el que me escuchó salir del ascensor, abrió la puerta.

—Entra ahora mismo y cuéntame todo, que llevo todo el fin de semana mordiéndome las uñas por saber cómo ha ido todo — dijo mi madre, con una

sonrisa de lo más pícara.

—Joder, mamá, no me has dejado ni soltar la mochila. Dame un segundo que deje esto en mi casa y ahora entro —le dije, negando con la cabeza.

—De eso nada, yo entro contigo y me vas contando. Avisa a esa chica de que ya has llegado —me dijo.

—Ya le he enviado un mensaje en cuanto he aparcado, la llamaré más tarde, cuando me quede solo y tranquilo —le dije, mirándola, mientras ella me sonreía.

—Deduzco que todo ha ido perfecto, ¿no? —me preguntó.

—Más que perfecto, mamá. Si no fuera porque su madre tiene cero empatía con ella, habríamos pasado un fin de semana de diez.

Le conté a mi madre todo, sin entrar en detalles de nuestros encuentros sexuales, por supuesto, así como su madre nos había tratado las veces en las que nos la habíamos cruzado.

—Hijo, a veces las madres nos creemos las dueñas de vuestras vidas, pero, más tarde o más temprano, se dará cuenta de lo equivocada que está —me dijo, y supe que tenía razón.

Me despedí de ella, pero cuando quise darme cuenta, eran más de las once de la noche, y ya no llamé a Paula, que debía estar descansando, ya que al día siguiente tenía turno de mañana, como era habitual en ella. Ya la llamaría al mediodía, cuando saliera del trabajo.

Me di una ducha y me metí en la cama, sin poder quitarme de la cabeza los momentos tan bonitos que había vivido con Paula durante todo el fin de semana. Le dije que viniera a Sevilla el fin de semana próximo, pero me dijo que no podía, que había quedado con su padre, que vendría a verla y le diría quién era.

En un principio estuve tentado de decirle que yo iría a Cádiz de nuevo, pero entendí que era un momento muy íntimo entre los dos, y que yo no

pintaba nada allí, así que dejamos su visita para el fin de semana siguiente. Este lo quería pasar en casa, en plan tranquilo. Si mis amigos querían unirse a mi plan, perfecto, pediríamos comida a domicilio y jugaríamos a algún juego de mesa. Si no era así, pues vería alguna serie o alguna película de esas que hay en las plataformas digitales.

Esa mañana amaneció de nuevo con lluvia. Se estaba acercando la Semana Santa, y esto era lo más habitual, aunque tanta agua ya nos estaba empezando a cansar, nosotros no estábamos acostumbrados a este clima, nos iban a salir escamas como siguiera lloviendo.

—Buenos días —les dije a mis compañeros, cuando entré en mi sucursal.

—Uy, muy contento vienes tú hoy. ¿Qué has hecho este fin de semana, Alejandrito? —me preguntó una de mis compañeras.

—Pasarlo con la mujer de mi vida, Almudena —le contesté, riendo, cuando la escuché detrás de mí.

—Dudo mucho que sea la mujer de tu vida, porque esa siempre he sido yo —dijo Claudia, con mucha altivez.

—Pues siento decirte que no, que lo que siento por Paula, no tiene nada que ver con lo que viví contigo —le respondí.

—Eso es al principio, en cuanto pase un tiempo, verás que nada es como era cuando estabas conmigo. Además, si quieres, te lo demuestro, ven conmigo a cenar esta noche y veremos si eres tan fuerte como para guardarle fidelidad a esa tal, Paula —me dijo, y algo en mi interior me dijo que fuera, que se lo demostrara.

—¿Sabes qué? Acepto la apuesta. Ahora, te aconsejo que tengas cargado el *Satisfayer*, porque de mí no vas a conseguir nada —le dije, ante la atenta mirada de mis dos compañeros.

Ella se fue para la caja y yo para mi mesa, desde donde pude ver como ambos negaban con la cabeza. Tanto Almudena como Javier vivieron conmigo todo el tema del abandono de Claudia, y sabía que no estaban conformes con

mi decisión. Quedamos en vernos en un restaurante del paseo de Colón a las nueve de la noche, y pensaba ir, por supuesto que sí, para demostrarle que no me iba a intimidar ni conseguir lo que ella pretendía.

—Ahora que estás feliz, la vas a cagar con esa cena, te lo aseguro, Alex —me dijo Javier.

—Te aseguro que no, Javi —le respondí.

—Pues yo estoy de acuerdo con él. No porque vayas a hacer nada, sino porque puede llegar a oídos de esa otra chica y no tomárselo bien. Si hubierais terminado en buenos términos, si fuerais amigos, no sería nada extraordinario que salieras a cenar, pero sabiendo lo que ella pretende, yo no lo veo bien —me argumentó Almudena.

—No tiene por qué enterarse, ni siquiera vive en esta ciudad —le contesté.

Terminé mi jornada laboral y en cuanto llegué a mi casa, llamé a Paula, mientras calentaba la comida que mi madre me había dejado el día anterior. No es que yo no supiera cocinar, que sí sabía, y de hecho me encantaba meterme entre fogones, pero es que ella decía que no sabía cocinar para dos, que estaba acostumbrada a hacerlo para tres personas, y no iba a tirarla.

—Hola preciosa. ¿Ya has terminado de trabajar? —le pregunté.

—¡Qué va, hoy me toca doblar turno, como todos los lunes! Estoy en la sala de descanso calentando la comida para no tener que bajar a la cafetería —me contestó.

—Es verdad, olvidaba que los lunes trabajas a turno partido. Bueno, has entrado más tarde, con lo cual has podido dormir un poquito más —le dije.

—Tampoco te creas que tanto, que tan solo entro una hora y media más tarde. Además de que, estas horas que me quedan en el trabajo se me hacen eternas, porque suele venir menos gente que por la mañana —me respondió.

—¿Qué tal todo con tu madre? ¿Ha habido algún acercamiento?

—Pues, siendo sincera, no lo sé. Es como si me diera una de cal y otra de arena. Como si me quisiera tener cerca, pero no involucrarse en mi vida, me está volviendo loca —me contó.

—Deja que las cosas fluyan, Paula. El tiempo pondrá todo en su sitio —le aconsejé.

—Bueno, cariño, te tengo que dejar que, si no, no me da tiempo de comer antes de volver al trabajo —me dijo, y ese cariño me supo a gloria.

—Yo también voy a comer, aunque yo no tengo prisa por hacerlo, pues ya no voy a salir más hasta mañana —no sé por qué dije esa mentira, cuando lo lógico hubiera sido que le dijera la verdad.

No lo haría ahora, lo haría después, cuando hablara con ella por la noche. Le contaría que me había llamado para hablar, y quedamos para cenar y ponernos al día, le haría saber que éramos amigos y que no tenía la mayor importancia.

Tampoco le dije nada ni a mi madre ni a mis amigos, pues pondrían el grito en el cielo. Cuando se fue acercando la hora en la que habíamos quedado, me di una ducha, me cambié de ropa, y salí de camino al restaurante. Pensaba irme dando un paseo, pero como empezó a llover, decidí tomar un taxi y que me llevara hasta allí.

—Pensé que me ibas a dejar tirada, que no tendrías el valor suficiente —me dijo, en cuanto me vio llegar.

—Pues ya ves que no, no tenía por qué quedarme en mi casa, no tengo nada que temer —le dije.

Entramos en el restaurante y pedimos una mesa. Al ser entresemana no tuvimos problema por no haber hecho reserva, y nos acomodaron pronto.

Capítulo 16



Paula

Cuando corté la llamada con Alex, me senté a terminar de comer, pues iba ya con el tiempo justo. En ese momento, entró mi madre, que también tenía turno partido ese día, sacó el táper y lo metió en el microondas para calentarlo. Tenía la impresión de que me quería decir algo, pero no la iba a forzar, porque en ella eso no funcionaba, necesitaba su espacio y su tiempo, y no iba a ser yo la que lo jodiera con prisas.

—Paula, quiero pedirte disculpas por lo del otro día, y me gustaría que la próxima vez que venga, conocer a ese chico e invitarlo a comer — dijo mi madre.

—Me alegra eso, mamá. Te prometo que es un buen chico y que te va a gustar. Pero no tienes que pedir disculpas, era lo que sentías en ese momento, y nadie te podía decir nada, ni yo ni nadie —le respondí.

—Pero fui muy grosera. Te prometo que, a partir de ahora, intentaré comportarme de otra manera, contigo y con los demás. Parece que estoy enfadada con el mundo, cuando realmente la culpa de todo lo que me pasó fue mía, que no tuve los cojones de enfrentarme a mis padres, como has hecho tú —me dijo.

Estuvimos toda la comida hablando de eso, de como me pedía un poquito de comprensión y paciencia con su intento de cambio, y como me suplicó que,

cada vez que hiciera algo que me molestara, no dudara en decírselo y en ayudarla a entenderme, pues, hasta ahora, no se había preocupado de eso.

El resto de la tarde transcurrió tan aburrida como todos los lunes, por eso, aprovechaba y me ponía a leer en mi libro electrónico, que dejaba cuando tenía que atender a alguien que entraba, pero en toda la tarde no atendí más que a una persona.

—Paula, ¿nos vamos juntas o has quedado con Marta? —me preguntó mi madre, cuando ya terminaba nuestra jornada laboral.

—Claro, no he quedado con nadie. Estoy agotada, solo me apetece llegar a casa, darme una ducha y ponerme el pijama, mucho más viendo como se ha puesto la tarde —le respondí, porque llovía a mares y se había levantado un viento que daba miedo verlo.

—Pues venga, coge tu bolso y vámonos ya, ahora que parece que llueve un poco menos —me contestó.

Salimos cogidas del brazo, en mi vida había ido con mi madre así, y ese cambio que estaba haciendo, y que para ella era un gran esfuerzo, me estaba encantando. Nos reímos muchísimo por el camino porque, a pesar de que ambas llegamos a casa chorreando por las veces que el paraguas se volvía, cuando el viento nos llevaba en volandas, no pudimos reprimir la risa.

Tal y como tenía pensado, entré en casa y me fui directa a la ducha. Metí el uniforme en la lavadora, pues ese no me lo podría poner al día siguiente, me puse mi pijama gordito, y me tumbé en el sofá. Mi madre hizo lo mismo y, llegado el momento de la cena, a ninguna nos apetecía cocinar.

—Como ha dejado de llover, voy a pedir algo de cena a domicilio. ¿Qué te apetece? —le pregunté, pues los días que el tiempo estaba muy feo no pedía a domicilio, mi vagancia no iba a ser cómplice de que a cualquier persona le pasara algo.

—¿Comida italiana? ¿O mejor una hamburguesa? —me preguntó ella.

—Me apetece un sándwich de pollo, a ti, ¿qué te pido? —le dije, pues iba a pedir a una de las hamburgueserías más famosas de la ciudad.

—A mí, también, ahora que lo has dicho me han venido las ganas. Y unas patatas fritas con mayonesa, pero pago yo —me respondió ella.

—Lo siento, pero ya está pagado —le dije, mostrándole la aplicación con el pedido.

Mi madre me preguntó si había visto ya a mi padre, si había tenido la oportunidad de decirle quién era yo, y le conté las conversaciones que había tenido con él y como habíamos quedado el sábado para vernos.

—Mamá, deberías venir conmigo y hablar con él —le dije.

—En esta primera ocasión, no creo que sea oportuno. Si él decide volver a verte otra vez, entonces, me insuflaré de valor, e iré contigo —me contestó.

Recogimos los envases y nos fuimos a la cama, pues ambas estábamos muy cansadas. Cuando me acosté, y viendo que Alex no me había llamado, lo hice yo, sin obtener respuesta, por lo que pensé que estaría en la ducha o en casa de su madre y había olvidado su teléfono, así que le envié un mensaje.

Paula: *Estoy llamando y no me coges el móvil, no sé si es que estás durmiendo ya u ocupado. Yo me voy a la cama, ya que estoy muerta. Mañana hablamos. Qué descanses, un beso.*

Me extrañó que no le entrara el mensaje, y pensé que se habría quedado sin batería, por lo que, apagué la luz, y me quedé dormida enseguida. A la mañana siguiente, lo primero que hice fue coger el móvil para ver si me había contestado o llamado, pues, por la noche, ponía el teléfono en silencio.

Alex: *Buenos días, preciosa y perdona por no haberte llamado anoche, pero me encontré con mi ex, y me lio para ir a cenar, pero en plan de amigos, que te quede claro, que no quiero malas interpretaciones. Luego te llamo y te cuento todo. Un beso.*

El mensaje llegó pasadas las cinco de la mañana, por lo que no creo que fuera la hora en la que se levantó, sino la que llegó a su casa. No me molestaba que hubiera salido, lo que me molestó fue que teníamos una rutina, que para mí era muy importante.

No quise que mi madre notara nada de lo que me estaba pasando, así que, puse mi mejor sonrisa y salí de mi habitación. Por suerte, o quizás porque no me conocía lo suficiente, mi madre no se dio cuenta de nada, por lo que pudimos seguir con nuestra rutina de siempre.

La que sí que lo notó fue mi compañera del trabajo, que nada más verme llegar, me miró con un gesto interrogante, que le devolví diciéndole que luego le contaba.

—Paula, nos vemos a la salida. Que tengáis una buena jornada —nos dijo mi madre, ante la mirada atónita de mi compañera.

—¿Quién es esta y qué has hecho con tu madre? —me preguntó, y solté una carcajada.

—Aunque no te lo creas, es la misma, salvo que está intentando cambiar. No te puedes imaginar el esfuerzo que es para ella, pero, poco a poco, estoy segura de que lo va a conseguir —le dije.

—Bueno, dejando eso a un lado, ¿por qué traes esa cara? Y no me digas que no te ha pasado nada, porque está claro que sí, y que una discusión con tu madre no ha sido, por lo que he podido ver —me dijo.

Le conté todo lo que me había dicho Alex en ese mensaje, y la hora a la que me contestó. Le abrí mi corazón, pregunté mis dudas, mis anhelos, pues, para mí, era mi primera relación, y no sabía si era normal como me sentía o no.

—Amiga, no adelantes acontecimientos, por favor. Quizás es cierto y es solo una ex que se ha convertido en amiga, si es así, no tendría la menor importancia —me dijo mi compañera.

—No sé, tengo una sensación muy fea. Pero, como tú dices, esperaré a hablar con él y que me cuente todo. Según lo que escuche, así haré —le dije.

Volvimos al trabajo y durante toda la mañana, no recibí por parte de Alex ni una sola llamada o mensaje, tal y como me tenía acostumbrada. Normalmente, cuando salía a desayunar, me enviaba un mensajito preguntándome como iba todo, y hoy no lo había hecho.

Me centré en el trabajo, pues el jefe me había pedido si podía echarle un vistazo al material que había que pedir y si lo veía correcto, enviara el pedido y, si hacía falta algo más, pues que lo añadiera.

Fui departamento por departamento, por si alguno de ellos tenía algo más que añadir y entre eso y enviarle el pedido al proveedor, se me fue la jornada laboral.

—He pensado que podemos ir a comer juntas a alguna parte —me dijo mi madre.

—Pues te lo agradezco, porque me duele la cabeza un montón y no tengo ganas de meterme ahora en la cocina, que hoy me toca a mí —le respondí.

—Venga, pues comamos en la marisquería de la plaza de San Juan de Dios, que dicen que se come muy bien. Y así, también, me cuentas que te tiene con esa cara de preocupación —me dijo, dejándome completamente sorprendida, porque yo pensaba que no se había dado cuenta de nada, cuando no había sido así.

Capítulo 17



Alex

Lo que empezó siendo una tensión completamente palpable entre Claudia y yo, se fue convirtiendo, poco a poco en complicidad, en conversaciones sin sentido que nos hizo reír a carcajadas. Por un momento, pensé que cuando éramos pareja, pues la dinámica era la misma.

—Tu teléfono está sonando —me dijo, y miré el reloj. Cuando vi la hora que era, supe que sería Paula, y decidí no contestar.

—Ya hablaré después con quien haya sido —le respondí.

—¿Te apetece que tomemos una copa en mi casa? —me preguntó.

—Pues mira, sí. Pero si lo que estás planeando es llevarme a la cama, desde ya te digo que no —contesté, pero sin mucho convencimiento, la verdad.

—Bueno, empecemos por una copa y ya se verá lo que ocurre —me dijo, medio sonriente.

Sé que tenía que haberle dicho que no. Sé que debería de haberme ido para mi casa y llamar a Paula, tal y como había hecho todas y cada una de las noches desde que estábamos juntos, pero era como si mi sentido estuviera nublado por la presencia de Claudia.

—Bueno, ¿me vas a contar que has hecho durante todo este tiempo? —le pregunté.

—¿Desde qué no estamos juntos, quieres decir? —me preguntó, y asentí con la cabeza —Pues mira, he estado conociendo Europa, trabajando en una empresa de carácter internacional. He probado a hombres de todas las regiones, pero me quedo con los españoles, en concreto con uno —me dijo, y se puso de lo más melosa.

Empecé a ponerme nervioso, y cuando quise darme cuenta, nos estábamos besando de una manera brutal. No voy a decir que no me excité, porque estaría mintiendo, pero sí que, en un momento determinado, la imagen de Paula apareció ante mis ojos, y no tuve el valor de continuar.

—Para, para, no me voy a acostar contigo, lo siento, pero no pienso hacerle a nadie lo que no quiero que me hagan a mí —le dije.

—No seas ingenuo, Alex. Está claro que esa mujer no te va a guardar fidelidad, mucho menos estando tan lejos. Ni ella se va a enterar que tú estás conmigo ni tú te vas a enterar quién está con ella —me dijo, riendo a carcajadas.

Volví a recordar todo el dolor que me había causado, y que yo había estado a punto de hacer lo mismo con Paula. Cogí mi chaqueta y salí de allí como las balas, no era cobardía, era sentido común.

Saqué mi móvil del bolsillo, y vi que eran casi las cinco de la mañana. Tenía una llamada perdida de Paula, y un mensaje. En ese instante me arrepentí enormemente de no haberle contestado, de no centrarme en lo realmente importante, que era ella y nuestra relación.

Me metí en la aplicación para leer su mensaje, con un nudo en el pecho, pues no sabía ni que le iba a contestar, no tenía ni la más mínima idea del tono que emplear, pues le había mentido, y no sabía cómo se lo iba a tomar.

Paula: *Estoy llamando y no me coges el móvil, no sé si es que estás durmiendo ya u ocupado. Yo me voy a la cama ya, que estoy muerta, mañana hablamos. Qué descanses, un beso.*

Me sentía como si la hubiera traicionado, y en el fondo, aunque nada más que había sido un beso, lo había hecho. Cogí una bocanada de aire y me puse a escribir la contestación.

Alex: *Buenos días, preciosa y perdona por no haberte llamado anoche, pero me encontré con mi ex, y me lio para ir a cenar, pero en plan de amigos, que te quede claro, que no quiero malas interpretaciones. Luego te llamo y te cuento todo. Un beso.*

Tenía claro que Paula jamás haría lo que me había dicho Claudia, todo lo contrario que ella, de la que luego me enteré de que se había acostado con dos hombres más mientras todavía estaba conmigo.

Viendo la hora que era, ni siquiera me acosté, entre otras cosas porque no iba a conseguir coger el sueño y si lo hacía, en un par de horas sonaría el despertador, y sería todavía peor para mí, pues cuando eso ocurría me levantaba de mal humor.

Me di una ducha caliente, me vestí con la ropa del trabajo y salí de camino al banco. Iba media hora antes, por lo que entré en la cafetería que había al lado y pedí un desayuno completo. No tenía hambre, pero sabía que, como no tomara café y comiera algo, terminaría dormido encima de la mesa y con un tremendo dolor de cabeza.

—Uy, esa carita dice todo lo contrario de la que traías ayer. Tan solo espero que no hayas sido capaz de traicionar a tu chica —me dijo Almudena, en cuanto me vio entrar en el banco.

—Pues no sé qué decirte, Almudena. Pero vamos, si lo que piensas es que me acosté con Claudia, ya te digo que no —le dije.

—No hace falta acostarse con otro para traicionar a tu pareja, Alex. A veces, un simple beso duele más que un polvo —me respondió ella, que lo había pasado con su chico. Aunque pudieron sortear esa crisis, ese dolor todavía continuaba en su corazón.

No le contesté, le di el último sorbo al café que me quedaba en la taza, y salí de camino a la sucursal bancaria. Durante toda la mañana estuve dándole

vueltas a todo lo sucedido: si debiera decírselo a Paula en primer lugar o, por el contrario, tenía que contárselo primero a mis amigos y esperar sus consejos.

Como no lo tenía claro, no llamé a Paula como solía hacer mientras me tomaba un café a media mañana, es que ni siquiera salí, pues no me apetecía nada verle la cara a Almudena y a Javier, y escuchar sus sermones, ya tendría tiempo para hacerlo más tarde.

—Alex, necesito que vayas a la notaría a firmar una hipoteca que acaban de aprobar, porque el notario no tiene otra cita y me cuadra con una reunión de la zona —me dijo el director del banco, y vi el cielo abierto para salir de allí, pues me estaba ahogando.

—Perfecto, pero ya no vuelvo. Si termino antes, me marcho a casa, y si termino después, no pongo las horas extras —le dije a mi jefe directo.

—Eres único, chaval —me contestó él, riendo.

Recogí mis cosas, cogí la documentación que me había dado mi jefe y salí de la sucursal intentando no cruzarme con ninguno de los dos, y lo conseguí, pues ambos estaban en una videollamada con un cliente de empresa, que era su departamento.

La gestión no me llevó más de media hora, por lo que me fui directo a mi casa, me tomaría una taza de caldo y me acostaría a dormir un rato. Por la tarde, cuando me despertara, hablaría con Paula, tenía decidido contarle todo, tanto lo bueno como lo malo, no quería que empezáramos nuestra relación con mentiras.

—Ahora, ¿entras y sales de manera sigilosa, como un ladrón? Pues, si haces eso, es porque tienes algo que temer —me dijo mi madre, con las manos en jarras al abrir su puerta.

—Mamá, me duele mucho la cabeza, luego hablamos —intenté quitármela de encima, pero no lo conseguí.

—¿Ahora se llama así? En mis tiempos se llamaba cargo de conciencia. Y no te creas que hablo por hablar, que he tenido la desgracia de verla esta

misma mañana —me dijo, y supe que Claudia le habría dicho lo que le diera la gana.

—No sé, qué te ha contado, pero entre ella y yo no ha pasado nada —me defendí.

—Mira, cuando estés dispuesto a decirme la verdad, me llamas y nos tomamos un café. No te diré lo que tienes o no que hacer, porque es tu vida, pero sí te digo que, si una mujer te engaña una vez, no es tu culpa, pero si lo hace por segunda vez, entonces, ya sí que el culpable eres tú —me dijo, y cerró la puerta en mis narices.

Entré en mi casa, reflexionando sobre esa sentencia que había pronunciado mi madre. Sabía que tenía razón, pero no iba a caer en sus redes, no otra vez. No era cuestión de evitarla, sino de ponerla en su sitio y de que me dejara en paz.

En la encimera había un táper con lentejas que había hecho mi madre, y que a mí me encantaban, así que, las puse a calentar mientras me cambiaba de ropa y me daba una ducha rápida. Cuando salí, un olor exquisito se había colado por todo el piso, y me entró un hambre descomunal, así que puse la mesa y me saqué un buen plato.

Después de eso, necesitaba dormir un poco, así que me eché en el sofá, con la televisión de fondo, y me quedé frito al instante, cuando me despertara, en primer lugar, hablaría con Paula, y en segundo, con mi madre.

Capítulo 18



Paula

Me senté a comer con mi madre en el restaurante en el que teníamos previsto hacerlo y, nada más vino el camarero a cogernos la comanda, mi madre me miró con una mezcla de preocupación e interés por saber lo que me pasaba. Nunca, en toda mi vida, la había visto mirarme así, ya que, hasta hace unos días, lo hacía con altivez y prepotencia, como si ella fuera la jefa y yo una simple empleada a la que corregir y enseñar como vivir su vida.

—Sé que no tienes la suficiente confianza conmigo para contarme tus cosas, y yo he sido la culpable, pues siempre he cultivado la desconfianza entre nosotras, pero quiero que sepas que estoy aquí para escucharte y que intentaré no juzgarte y aconsejarte lo mejor que pueda — dijo mi madre, cogiendo mis manos.

—No es eso, mamá. Además, la culpa no ha sido solo tuya, que yo he tenido mucho que ver también. Es que, no sé como tomarme algo que ha ocurrido. Y, antes de sacar conclusiones, me gustaría escuchar la historia entera —le conté.

—No sé qué es lo que ha pasado, pero supongo que será con Alex. Yo tan solo te voy a dar un consejo, escucha a tu chico, pero no lo hagas con los oídos, hazlo con el corazón y, si después de escucharlo todo, tu alma dice que no es para tanto, sigue su dictado. Con esto no estoy diciendo que tengas que aguantar cuernos ni nada parecido, ojo, que lo que intento decirte es que, la mayoría de las veces, vemos fantasmas donde no los hay —me aconsejó.

Le conté muy por encima lo que había sucedido, no porque me sintiera obligada a ello, sino porque necesitaba hacerlo, quería empezar a crear esa complicidad que nos faltaba, y para ello, el primer paso era confiar en ella.

—Yo tan solo veo una cena con una amiga. No pasa nada porque sea su exnovia, Paula. A veces, las vivencias y el tiempo compartido con esa persona la convierten en tu mejor amiga, no significa que siga sintiendo nada por ella —me dijo mi madre.

—Ya, mamá, pero es que, según me contó Alex, le hizo mucho daño y le costó mucho salir del pozo en el que lo dejó. Y ahora, me lo cuenta como si fueran mejores amigos, cuando no creo que sea así. Además, de que estamos muy lejos. A veces, me pregunto si hice bien en empezar algo con él —me abrí.

—Hija, el amor no entiende de razones. Si hubiera vivido en Laponia, también te habrías enamorado de él. No adelantes acontecimientos y habla con él —me dijo mi madre.

Después de comer, pusimos rumbo a casa, había parado de llover, por lo que aprovechamos para ir directas hasta allí. Estaba cansada, pues no había dormido demasiado bien esa noche y si encima le añadimos el comedero de cabeza que había tenido durante todo el día, me hicieron estar agotada.

—Creo que me voy a echar un rato, me duele mucho la cabeza —le dije a mi madre.

—Me parece perfecto. Yo me voy a cambiar de ropa y me voy a ir a la clase de pilates. Después, pasaré por el súper, que tenemos la nevera que se cae un ratón y se hace una brecha —me dijo, y solté una carcajada, pues nunca la había escuchado hablar de esa manera.

—Jaime, mi compañero, que suele decirlo, y me lo ha pegado —me respondió.

Jaime era un compañero gay que teníamos en la empresa, y que trabajaba codo con codo con mi madre. Creo que es la única persona con la que mi

madre había entablado una amistad durante todos estos años, aparte de Oliva, claro, pero con ella ya lo era de siempre.

Caí rendida en cuanto puse la cabeza en la almohada, y cuando me desperté, ya era de noche. Miré el teléfono, se suponía que para ver la hora que era, pero en realidad era para saber si Alex se había puesto en contacto conmigo. Pues eran las nueve de la noche y no, no me había enviado ni siquiera un mísero mensaje.

Me levanté, me di una ducha y me cambié de ropa para ponerme el pijama, pues cuando llegué, como no tenía ni fuerzas para ducharme, me puse un chándal que tengo para estar en casa y me tumbé en la cama.

—He hecho una tortilla de patatas y una ensalada para cenar. Te estaba esperando —me dijo mi madre, que también se había duchado y puesto el pijama.

—Caí en redondo, ni siquiera te he escuchado al volver —le contesté, y le di un beso en la mejilla, como hacía tiempo que no lo hacía.

—La mayoría de las veces, el cansancio psicológico es mucho más agotador que el físico. Venga, come algo, que te vendrá bien —me respondió mi madre.

Durante la cena, estuvimos hablando de mi padre, de que este fin de semana vendría a verme, y noté como se tensaba. Intenté convencerla para que se viniera conmigo, para que me acompañara en ese encuentro, pero no hubo manera, decía que ese momento era nuestro, y que ya se había encargado de quitarnos demasiadas cosas por ser una cobarde, como para quitarnos también esto.

Las diez y media de la noche y seguía sin tener noticias de Alex. Si lo que pretendía era que fuera yo la que lo llamara, pues lo tenía claro, que buscara un lugar donde sentarse, porque de pie se iba a cansar. Es más, cuando él lo hiciera, no sería yo la que corriera a contestarle, sino que más bien le iba a pagar con la misma moneda.

Me acosté esa noche con una mezcla de rabia y decepción, de tristeza y enfado que no me había pasado nunca. Le quité el volumen al móvil, y lo dejé bocabajo en la mesilla de noche. Si me llamaba ahora, no lo iba a coger, es que no quería saber ni si me llamaba, porque si pensaba que me tenía segura, que podría hacer conmigo lo que le diera la gana, estaba muy equivocado.

Cogí mi libro electrónico y me puse a leer un libro que había empezado hacía unos días y que, por una cosa o por otra, no había podido terminar. Me sumergí tanto en la lectura que ni me di cuenta de la hora que era, por lo que, en cuanto que me salió la palabra "fin", apagué la luz y me dispuse a dormir.

Cuando me sonó la alarma me quería morir, pues no había descansado nada de nada, y parecía un koala, con las ojeras y las bolsas que llevaba en la cara.

—¿No has dormido bien? — preguntó mi madre.

—Ni bien ni mal, simplemente no he dormido. Mi cabeza era como una olla exprés, y si he sido capaz de conciliar el sueño, no creo que lo haya hecho más de media hora —le contesté.

—¿Por qué no llamas al trabajo y dices que estás enferma? No creo que, por un día que faltes, te pongan ninguna pega —me aconsejó ella.

—Porque si lo hago, tan solo me pondré a darle más vueltas a la cabeza, y no es eso lo que me conviene. Prefiero ir y hablar con mi compañera y entretenerme con los clientes —le respondí, y ella asintió.

Entré a vestirme, pues me había duchado la noche anterior y sabía que, si me duchaba otra vez, terminaría con las pocas fuerzas que me quedaban, así que, en cuanto estuve lista, me fui a la cocina a echarme una taza de café de cinco litros, como las garrafas de aceite, y que me sirviera para espabilarme un poco.

Había visto que tenía un mensaje y una llamada de Alex, pero no le iba a contestar ni a responder en este momento. Me negaba a que pensara que estaría anhelante esperando cualquier señal suya, no ahora, no en este punto.

Antes sí que lo había hecho, al igual que él, que cuando lo llamaba, ni dos tonos dejaba pasar para descolgar.

Lo seguía teniendo en silencio, y así estaría durante todo el día, hasta que a mí me diera la gana contestar. Justo en este momento, mi compañera me propuso algo, y acepté, sin dudarlo. Si él no me tenía en cuenta, yo tampoco lo tendría en cuenta a él.

—Esta tarde vamos todos al cine, ¿te apuntas, Paulita? —me dijo.

—Por supuesto que me apunto. Ahora mismo, me apunto hasta a una ronda de aspirinas, chavala —le respondí, riendo.

La mañana transcurrió rápida, demasiado, pues cuando nos quisimos dar cuenta ya era la hora de salir. Mi madre, ese día iba a cubrir a una compañera que estaba enferma, por lo que no vendría a comer a casa, no lo haría hasta por la noche, así que prepararía cualquier cosa para mí, y me pensaría si contestar o no a Alex.

Capítulo 19



Alex

Cuando me levanté de la "siesta" que me había echado, eran más de las once de la noche, con lo que no pude hablar ni con mi madre, ni con Paula. Ese runrún seguía en mi cabeza, pero tenía que ser sincero, con ambas.

Me asomé a la ventana, y en casa de mis padres estaba todo oscuro, con lo que sabía que mis padres ya estarían acostados, no sé si durmiendo, al menos mi madre, porque, conociéndola como la conozco, tenía claro que ese encuentro con Claudia no le había gustado nada de nada. Por todo ello, estaría dando vueltas en la cama, sin saber si venir a mi casa o esperar por la mañana.

No quise llamar a Paula, no era la hora, y no sabía si estaría durmiendo ya. Había ido dejando pasar el día, y ahora, me sentía culpable. ¿El motivo? Pues porque me ponía en la piel de ella y estaría enfadado, además de desconcertado, puesto que no le había aclarado nada de esa cena. Estaría pensando en que no era importante para mí, por las dos faltas de aprecio que había tenido con ella.

Comí algo rápido y me di una ducha, para acostarme otra vez, revisé la alarma del móvil, pues no quería quedarme dormido por la mañana y que se me hiciera tarde. Tenía que llamar a Paula en cuanto me levantara, y hablar con ella. Con mi madre lo haría en cuanto volviera del trabajo a mediodía.

A la mañana siguiente me desperté antes de que sonara el despertador, me levanté y me vestí, dispuesto a llegar al trabajo con tranquilidad, a que me

diera tiempo a desayunar solo y en paz, pues no me apetecía nada tener que soportar a ninguno de mis compañeros.

—¿No vas a explicarme nada? —me dijo mi madre, en cuanto escuchó la puerta de mi casa abrirse.

—Sí que lo voy a hacer, pero no ahora. Hoy como en tu casa cuando salga del trabajo y hablamos —le dije, subiéndome en el ascensor para salir del edificio.

Me senté en una mesa apartada, no tenía ganas de encontrarme ni de hablar con nadie. En ese momento, cogí el teléfono y marqué el número de Paula. Uno, dos, tres… y hasta diez tonos, y no me contestó. Miré el reloj y pensé que quizás estaba durmiendo, o al menos eso quería pensar. Lo intenté de nuevo antes de entrar en la oficina, pero con el mismo resultado, por lo que le envié un mensaje.

Alex: *Hola, preciosa, buenos días. Tengo tanto que contarte, pero ayer caí agotado en la cama y cuando me desperté, ya eran pasada las once, por eso no te llamé. Lo he intentado dos veces hoy, pero debes estar ocupada, porque espero que tu negativa no sea debida a un enfado por tu parte. Quiero que sepas que eres muy importante para mí, y que estoy empezando a sentir muchas cosas. Te llamo luego y si ves mis llamadas y mis mensajes, y tienes a bien hacerlo tú en cuanto tengas un hueco, te contestaré encantado. Un beso y que te vaya el día, preciosa.*

Estuve toda la mañana pendiente del móvil, pero ni recibí ninguna llamada ni el mensaje aparecía con los tics en azul, por lo que no lo había leído. Quise creer que habría olvidado el teléfono en su casa, o que lo había perdido. Si al día siguiente no había tenido ninguna respuesta suya, llamaría a Marta a ver si ella sabía algo.

—Has estado muy callado toda la mañana, Alex. ¿Te ocurre algo? —me dijo Javier, en cuanto se acercó a mí para dejarme la documentación de un cliente.

—Me ocurre todo, Javier, pero en estos momentos, no me apetece hablar de ello. De verdad te lo agradezco, pero quizás mañana, que ya me encuentre

mejor —le dije.

Almudena ni siquiera se acercó, ella sabía que, los días en los que estaba de ese ánimo, era mejor darme mi espacio, pues si me agobiaban más con preguntas, podía contestar de mala forma y decir algo que no quería.

Terminé mi jornada laboral y me marché a casa. Miré el móvil por enésima vez, y con la misma respuesta por parte de Paula, ninguna. En cuanto entré por el portal, cogí aire, porque suponía lo que me iba a tener que enfrentar cuando tuviera a mi madre delante.

—Mamá, ya estoy aquí —dije, nada más entrar por la puerta.

—Estoy en la cocina, Alejandro —me respondió. Cuando mi madre me llamaba por mi nombre completo era señal de que estaba muy enfadada.

—Hola, preciosa mía. ¿Qué tenemos hoy para comer? —le pregunté, intentando suavizar el asunto.

—Ni preciosa, ni nada. Para comer tenemos hoy un disgusto y un enfado de cojones —me respondió.

—Mamá, de verdad que entre Claudia y yo no ha pasado nada —le aclaré, antes de nada.

—El simple hecho de que hayas accedido a sus deseos, ya es algo, Alejandro. No me voy a andar por las ramas. No me gusta que hayas retomado la relación con esa mujer, de ningún tipo. Tiene la habilidad de manejarte a su antojo. Ya eres mayorcito para saber lo que te conviene y lo que no, pero en mi casa no volverá a entrar —me dijo, y solté un suspiro.

Le expliqué todo lo que había pasado, y como di un paso atrás a tiempo, mientras que ella negaba con la cabeza.

—Supongo que esa muchacha no sabe nada. ¿Me equivoco? —me preguntó.

—Le dije en un mensaje que le envié que no la había llamado porque me encontré con mi ex y estuvimos cenando y poniéndonos al día. Ayer quería llamarla para contarle todo, y que ella decidiera, pero me quedé dormido, y como bien sabes, me desperté muy tarde. Esta mañana la llamé y no me contestó, y le envié un mensaje, que todavía no ha leído —le conté, apenado.

—¿Qué esperabas? ¿Qué te contestara en el primer tono? Te está dando la misma importancia que tú le has dado a ella. Si yo estuviera en su lugar, tampoco lo haría. Ella te ha entregado todo, se ha enfrentado a todos por ti, por darte tu lugar, incluso a su madre y a la forma de vida que tenía, y tú le has pagado con una traición. Porque, lo mires como lo mires, la has traicionado —me dijo, y eso me terminó de hundir, os lo prometo.

—Creo que no voy a comer, se me ha quitado el hambre —le contesté.

—Mira, Alex, te quiero más que a mi vida, pero eso no significa que yo tenga que justificar tus actos, sabes que nunca lo he hecho y que, cuando he tenido que decirte algo, lo he hecho, sin medias tintas, y en este caso no va a ser menos — dijo mi madre, tomándome de las manos.

—Lo sé, y por eso me gusta hablarlo todo contigo. Sé que he actuado mal, y que, por un momento, pensé que todo podía ser como antes de su marcha, pero luego, el rostro de Paula, y su sonrisa, me vinieron a la mente, y no pude seguir, salí huyendo —le conté.

—No se trata de huir, Alex, se trata de tener claro tus sentimientos. Si lo que sientes por esa mujer es más fuerte que lo que sientes por Paula, déjala ir, no la ates a algo que está abocado al fracaso —fue su respuesta.

Dicen que las madres son sabias, y en el caso de mi madre era cierto. No porque ella supiera de todo, sino porque sabía darme los mejores consejos que nadie pudiera darme. Me levanté, le di un beso en la frente y me marché a mi casa.

Tenía que hablar con Paula, así que volvería a llamarla ahora mismo, pues ya había salido del trabajo y le había dado tiempo de llegar a casa. Si no me contestaba, pediría esos dos días libres y me marcharía a buscarla, eso lo tenía claro. Entré en mi casa, me di una ducha y me puse cómodo. Cuando salí de la

habitación tenía en la mesa de la cocina un plato de comida de la que había cocinado mi madre. Sabía que necesitaba mi espacio, pero eso no significaba que me iba a soltar la mano, y con ese gesto me decía que ella estaría ahí para mí, siempre.

Una vez que hube terminado de comer, marqué su número de teléfono, no una ni dos veces, sino cinco, y a la quinta me lo cogió, aunque no me contestó con el tono que me hubiera gustado y al que me tenía acostumbrado hacerlo.

—Lo siento, Alex, pero ahora mismo no puedo atenderte, me estoy arreglando para salir —me dijo, miré el reloj y eran más de las siete. Al final se me había vuelto a ir la hora.

—Tenemos que hablar, Paula. Te prometo que no es lo que piensas —le dije.

—Lo que pienso es que yo no soy tu prioridad y, por lo tanto, tú tampoco eres la mía. Ahora, si me disculpas, me están esperando —me contestó y colgó la llamada.

Capítulo 20



Paula

Cuando corté la llamada, me sentí liberada, pero también tremendamente triste. Lo que yo consideraba una relación a distancia, pero que llevábamos bien, se había convertido en una farsa de manual. Y pensar que llegué a plantearme irme a vivir a Sevilla para estar más cerca de él… Ahora veía que era un error, no estaba dispuesta a dar todo por una persona que no lo daba por mí.

—¿Era Alex, hija? —me preguntó mi madre, que me había escuchado hablar.

—Sí, pero no me apetecía hablar con él. Además, me están esperando mis compañeros para ir al cine y a cenar, y tengo que llegar hasta el centro comercial. Voy con el tiempo justo —le contesté.

—No dejes que el rencor o el miedo rompa lo bonito que tenéis, déjalo que se explique antes de tomar una decisión —me aconsejó mi madre.

—Lo haré, pero hoy no es el momento. Tiene que entender que no voy a darlo todo si él no hace lo mismo. Me ha mostrado su indiferencia, y lo que ha obtenido de mí es exactamente lo mismo que me ha dado —respondí, mientras mi madre negaba con la cabeza.

Me dejó por imposible porque, en el fondo me conocía bien, y sabía que, cuando me ponía en ese plan, a cabezonería no me ganaba nadie. Era mejor

dejarme que madurara lo que me había pasado, que lo masticara bien, para que luego pudiera actuar con sensatez y coherencia.

—Me voy, mamá, no vuelvo tarde —le dije a mi madre, dándole un beso.

—Pásalo bien, cariño, y ten cuidado —me contestó, respondiendo a mi beso.

Salí de casa y fui a la parada del autobús que estaba a dos minutos de mi casa, donde tomaría el que me llevaba hasta el centro comercial, y que me dejaba en la misma puerta. Ahí me estaban esperando Mireya y Daniel, porque, al final, seríamos tan solo nosotros, ya que Salva no había podido venir, pues a su mujer le habían puesto turno doble y tenía que recoger a su hijo de la clase de piano.

—Hola, preciosa, si nos damos prisa podemos coger entradas para la que tanto querías ver —me dijo Daniel, dándome un beso en la mejilla.

—Hola chicos, perdón por la tardanza, pero es que el autobús parecía que venía de Laponia, no ha tardado nada… —le dije, con toda la ironía.

Entramos al centro comercial y como ya no había entradas para esa sesión, cogimos para la siguiente, que era en otra sala y empezaba media hora más tarde. Mientras, nos fuimos a dar una vuelta por las tiendas, y picamos, los tres.

Yo me compré unos vaqueros y una camisa de gasa de la que me enamoré a primera vista. Mireya se compró un vestido y unas zapatillas deportivas y Daniel también se hizo con unos pantalones cargo y unas camisetas de manga corta, pues ya se estaba acercando el buen tiempo.

Entramos en la sala del cine, y nos compramos un cubo gigante de palomitas y tres refrescos, para picar mientras veíamos la película y tener luego apetito para cenar.

—Que Daniel se siente en medio y lo aguante él —dijo Mireya, refiriéndose al cubo de las palomitas.

—Claro, y si la señorita quiere se las voy dando en la boquita, para que no haga ningún esfuerzo —le contestó el otro, con mucha guasa.

Lo que nos reímos durante la película no tuvo precio, hasta lloramos de risa, porque, no es que fuera buena, es que era buenísima. Ese rato de esparcimiento me vino genial para quitarme a Alex y todo lo que había pasado de la cabeza.

Después de eso, nos fuimos a una hamburguesería que había cerca, y que a todos nos encantaba. Ya se podía disfrutar de la terraza, porque, aunque había estado lloviendo durante toda la semana, ese día estuvo soleado y con una temperatura envidiable, así que nos sentamos fuera.

—¿Habéis visto en las noticias que la semana próxima viene lluvia de nuevo? —dijo Mireya, mientras hablábamos del cambio de temperatura de un día a otro.

—Como sigamos así, nos van a salir escamas —dijo Daniel, y estallamos en carcajadas.

—Branquias, vamos a terminar convirtiéndonos en los personajes de la Sirenita —dijo Mireya.

—Pues entonces, me pido el perro, que es el único que tendrá vida sexual, porque con la parte de debajo de los sirenos, se pierde lo mejor de la reproducción, que es la práctica —contestó Daniel.

Hasta el camarero que se acercó a tomarnos la comanda terminó con lágrimas en los ojos, cuando él se puso a explicar y a preguntar como lo harían para hacer pis.

—Esos seguro que no tienen problemas de fimosis —sentenció, y ya nos tiramos al suelo.

La cena, como podéis imaginar, transcurrió entre risas y más risas, hasta que nos dolió la mandíbula de reírnos. Cuando quisimos darnos cuenta, eran más de las doce de la noche. Mi teléfono seguía en silencio, pues lo puse así antes de entrar en el cine y no lo había cambiado. Lo saqué para mirarlo y no

tenía nada más que una llamada de Alex, pero no le contesté, al día siguiente lo llamaría.

—Chicos, creo que yo ya me vuelvo a mi casa, que, al final, me tendré que ir andando, mirad la hora que es —les dije a mis amigos.

—No, venga, que todavía tenemos tiempo. Pago la cuenta y nos vamos —dijo Daniel.

—Ahora te hacemos bizum —le dije.

—De eso nada, hoy invito yo, para la próxima que le toque a otra. Porque, os prometo que este día tenemos que repetirlo. Me lo he pasado genial —contestó él.

Nos dio tiempo de coger el último autobús que iba para el centro. No es que tuviéramos que andar mucho, ya que aquí se podía ir a todas partes andando, o podíamos haber cogido un taxi, pero era por comodidad, ya que la parada estaba junto a la hamburguesería.

Fuimos los tres juntos desde la parada hasta el edificio donde vivía Mireya, que fue la primera que se quedó en su casa. La siguiente era la mía, pero Daniel no dudó en acompañarme.

—No te pienso dejar sola, te acompaño y ya luego me vuelvo a mi casa —me dijo Daniel.

—Pero si te coge a contramano, Daniel. No me va a pasar nada —le repliqué.

—No es cierto, porque ahora, en cuanto te deje en tu portal, yo cojo la primera calle a la derecha y salgo a la mía —me dijo, muy seguro.

—Ya, pero tienes que volver hacia detrás. Mientras que, si te quedas en tu casa, yo sigo esa calle adelante, y llego a la mía —le discutí, pero no me dio opción.

—Mira, que me da igual lo que me digas. No te pienso dejar un día entresemana por estas calles solitarias para que te salga un desalmado y quede sobre mi conciencia —me dijo muy serio, pero con mucha guasa.

Estuvimos de broma en broma todo el trayecto, hasta llorar de la risa. En un momento dado, Daniel me echó el brazo por encima y me dejó un beso en la cabeza, como los dos amigos que éramos, pero, en ese momento, levanté la cabeza y lo vi.

—¿Qué hace aquí? —pregunté, más para mí que para nadie.

—¿De quién estás hablando? —me preguntó Daniel, y le hice un gesto con la cabeza.

—Bueno, no sé si decirle mi chico, mi ex, o como coño llamarlo —le contesté.

Pude notar el dolor en sus ojos, pero también lo había en los míos. No es que quisiera que estuviera mal, pero no me iba a justificar por un acto tan inocente como era ese que había tenido Daniel conmigo. Cuando llegué a su altura, me frené en seco, quería hablarle, pero no me salían las palabras.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Venía a buscarte para que habláramos, pero creo que llego en mal momento. Pasaré la noche en el hotel y mañana, a primera hora, volveré a Sevilla —me dijo, dolido.

—Si lo dices por mí, lo siento, cariño, pero yo estoy más interesado en ti que en ella, que es mi amiga y compañera de trabajo, nada más. Querida, nos vemos mañana, habla con este tiarrón, que no quiero que luego te arrepientas —me dijo, me dejó un beso en la mejilla y se marchó, dejándome con la boca abierta por su confesión, porque no lo sabía ni me lo esperaba.

Daniel era ese tipo de hombres que hacía que te volvieras por la calle a mirarlo, aunque fuera de manera disimulada. Era alto, un metro ochenta y cinco, moreno y de ojos verdes, espalda completamente cuadrada, pero sin exageración, y lo que menos aparentaba era que fuera gay.

Capítulo 21



Alex

En cuanto escuché su tono de voz y me cortó la llamada, no me lo pensé ni un instante, cogí el teléfono y llamé a mi jefe directo. Necesitaba cogerme esos dos días que faltaban para el fin de semana e ir a buscarla. Era de vital necesidad tenerla cara a cara, frente a frente y decirle todo lo que sentía por ella.

—Hola Diego, buenas tardes —le dije cuando me contestó la llamada.

—Hola Alex, ¿te ocurre algo? —me preguntó.

—Sí, necesito dos días libres, tengo un problema personal. Me da igual que me los quites de las vacaciones, de asuntos propios, o que me hagas ir a trabajar en Semana Santa, pero…

—Para, para, cógetelos y el lunes cuando vuelvas, ya veremos cómo lo hacemos —me contestó, y respiré de tranquilidad.

—Gracias, Diego. Te debo una —le dije.

—No tienes que darlas, Alex. Y ojalá soluciones ese problema. Nos vemos el lunes, un abrazo —me dijo, y cortó la llamada.

Preparé una mochila con cuatro cosas, pues me urgía salir de camino a Cádiz lo antes posible. Si salía pronto, antes de las once podría estar allí.

—Mamá, me marcho a Cádiz. Tengo que hablar con Paula antes de que se piense lo que no es —le dije a mi madre, ya con la mochila al hombro.

—Espero que estés seguro de lo que estás haciendo, Alex. No me gustaría que le hicieras daño a esa muchacha. Si no estás convencido de lo que sientes por ella, será mejor que se lo aclares, y que sea ella la que decida qué hacer con vuestra relación, si continuar o dejarla en este punto —me aconsejó mi madre.

—Mamá, estoy enamorado de Paula, y me he dado cuenta en el momento en el que he hablado por teléfono con ella y he notado que podía perderla —le dije a mi madre.

—Entonces, ve a por ella, cuéntale todo, no te dejes nada. Que vea que eres sincero con ella y que no volverá a pasar —me dijo ella.

Me despedí de ella diciéndole que, en cuanto llegara a mi destino, la avisaría de que estaba bien. Salí de allí y fui a coger mi coche, ya que no había tren a esa hora disponible, y lo prefería mejor, ya que así iría a mi ritmo.

El trayecto se me hizo eterno, no veía el momento de atravesar el puente de la Pepa, pero, gracias al cielo, ese momento llegó casi media hora después. No sabía la dirección de Paula, pero sí la de Marta, así que la llamé en cuanto aparqué el coche.

—Hombre, Alejandrito. ¿Qué tripa se te ha roto? —me dijo, ya que no estaba acostumbrada a que fuera yo el que la llamara.

—Marta, estoy en Cádiz, y necesito la dirección de Paula, tengo que hablar con ella de manera urgente —le dije, sin entrar en detalles.

—Tan solo espero que no le hayas hecho daño, porque como haya sido así, vas a llegar a Sevilla sin necesidad de coger el coche, de la patada en el culo que te voy a dar. Ahora te envío un mensaje con la ubicación —me dijo, y cortó la llamada.

Estaba seguro de que Paula no le había contado nada a su amiga, no sé si por proteger su relación con Alfonso, porque no quería ponerla en mi contra o para que su madre no se enterara y le dijera que era idiota por estar con un hombre como yo. Sea cual fuera el motivo, lo había hecho para protegerme, y eso me hizo sentir todavía peor.

Recibí el mensaje con la ubicación, y no estaba lejos de donde vivía Marta con su madre, por lo que activé el GPS del móvil y me dispuse a llegar desde el aparcamiento. Pasaban las once menos cuarto de la noche, y aunque tenía el número del piso y la letra, no quise llamar. La llamaría por teléfono o esperaría a que volviera. Si veía que era demasiado tarde, me iría al hotel y al día siguiente iría a esperarla a la salida.

Mientras esperaba, sentado en el escalón del portal, le envié un mensaje de WhatsApp a mi madre, para que se quedara tranquila.

Alex: *Mamá, ya estoy en el portal de Paula. Espero que no tarde mucho, mañana te llamo y te cuento. Te quiero, siempre serás la mujer más importante de mi vida.*

Mamá: *Que tengas mucha suerte, mi niño. Esperaré ansiosa esa llamada para que me cuentes que tal te ha ido todo. Un abrazo y un beso enorme. Yo también te quiero.*

No tardó ni un minuto en contestarme, gesto inequívoco de que me estaba esperando y de que no se iría a dormir hasta que yo no me hubiese puesto en contacto con ella.

Llevaba ya un buen rato esperando, y empezaba a plantearme dejarlo para el día siguiente, cuando la vi doblar la esquina. Venía con otro hombre, que la tenía abrazada con su brazo por encima de los hombros, y le había dejado un beso en la cabeza.

Cuando se percató de mi presencia, noté el desconcierto en su mirada y como le decía algo a su acompañante. No voy a decir que no me dolió, porque lo hizo, y por primera vez, me puse en su pellejo, en como se había sentido ella cuando se enteró de mi cena y de que no le contesté la llamada que me hizo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, desconcertada.

—Venía a buscarte para que habláramos, pero creo que llego en mal momento. Pasaré la noche en el hotel y mañana, a primera hora, volveré a Sevilla —le contesté, con una mezcla de rabia y dolor.

—Si lo dices por mí, lo siento, cariño, pero yo estoy más interesado en ti que en ella, que es mi amiga y compañera de trabajo, nada más. Querida, nos vemos mañana, habla con este tiarrón, que no quiero que luego te arrepientas —le dijo su acompañante, dejándole un beso en la mejilla y sin apartar los ojos de mí. Con esa mirada me dijo muchas cosas, pero la más clara era que la quería como a una hermana, y que, si le hacía daño, me las tendría que ver con él.

—Te diría de subir a mi casa, pero prefiero que lo que tengamos que hablar lo hagamos a solas, sin testigos de ningún tipo. Dame un minuto, que subo a avisar a mi madre y ahora bajo —me contestó, sin un beso, sin un abrazo, sin ningún gesto que me hiciera saber que no lo tenía todo perdido.

—Está bien, pero no tardes mucho, llevo aquí ya más de una hora y media, y empiezo a sentir las piernas entumecidas —le contesté, dándole su espacio, pues no quería presionarla, aunque me moría por darle un beso.

Subió y no tardó ni cinco minutos en bajar de nuevo. Vi en su cara una mezcla entre dolor, miedo e ilusión, por muy contradictorio que parezca.

—¿Vamos a mi hotel o prefieres ir a otro lugar? —le pregunté.

—No, en tu hotel estaremos y bien y podremos hablar tranquilamente —me contestó.

Durante los cinco o diez minutos que tardamos en recorrer la distancia que había entre su casa y mi hotel, que era el mismo del fin de semana anterior, no hablamos, cada uno iba sumido en sus propios pensamientos, casi ni nos rozábamos, pues ambos teníamos miedo de desatar algo que no pudiéramos parar, tanto para lo bueno como para lo malo.

Entramos en el hotel y subimos hasta la habitación que, casualmente, también era la misma. Pude ver en su mirada como a su mente habían llegado las imágenes de todo lo que vivimos entre estas cuatro paredes. ¿Cómo habíamos llegado a este punto después de pasar el mejor fin de semana de nuestras vidas?

—Paula, me gustaría explicarte todo, pero necesito que me escuches, que no me juzgues hasta que termine de hablar y que, luego, cuando hayas escuchado todo, tomes la decisión que creas correcta —le dije.

—Me estás asustando, Alex. ¿Pasó algo entre vosotros ese día o después de esa cena? —me preguntó, y no supe que contestarle, pues, para mí, no había sucedido nada, pero tal y como me dijo Almudena y me confirmó mi madre, a veces un simple beso dolía más que el que te hubieras acostado con otra persona.

Respiré hondo y le conté todo, desde como Claudia entró en el banco ese día, de como me retó y de cómo, sin haber podido evitar hacer el carajote, acepté. Le conté la cena, como transcurrió, como conectamos de nuevo y como fuimos a su casa a tomar una copa. Cuando llegó el momento del beso, la vi tensarse, y vi sus lágrimas caer por sus mejillas.

Me sentí un miserable, jamás debí aceptar esa propuesta, pero ya no había marcha atrás, lo hecho, hecho estaba, ahora tan solo no había que repetirlo.

Capítulo 22

Paula

Eso que me estaba contando me dolió como si me atravesaran el corazón con un puñal ardiendo, pero veía arrepentimiento y sinceridad en sus ojos y en sus palabras.

—Tan solo quiero que me digas una cosa. ¿Qué sientes por ella? ¿Qué sentiste cuando la besaste? —le pregunté, porque era algo que necesitaba saber para tomar una decisión.

—Durante unas horas estuve confundido, no te lo voy a negar. Pensé que podríamos volver a tener lo que teníamos antes de que ella se fuera. Pero, en cuanto hablé contigo y noté que te podía perder, me di cuenta de que no sentía nada por ella, sino por ti. Si te perdiera, me moriría, Paula, te lo prometo —me contestó, y empezó a llorar.

—Alex, ahora mismo no sé qué decir ni cómo actuar. Me voy a marchar a mi casa, mañana hablamos. Necesito digerir todo esto, es de vital importancia que me ponga en tu lugar, pero eso no puedo hacerlo de un minuto para otro. Si te parece bien, nos vemos mañana a la hora de comer aquí mismo, y prometo que tendré una decisión tomada —le respondí, con un nudo en la garganta.

—Es lo justo. Tan solo quiero que sepas que te estaré esperando con los brazos abiertos. ¿Puedo darte un beso y un abrazo? —me pidió, y no me pude resistir, tan solo que no permitiría que ese beso me nublara la razón.

No fue un beso como tal, sino más bien un pico, y un abrazo que me reconfortó en la misma medida en la que me dolió. Quiso acompañarme a casa, pues eran más de las dos de la madrugada, pero no lo permití. Lo último que necesitaba era tener su presencia durante mucho más tiempo.

En el camino hasta mi casa lloré lo más grande. Lo bueno es que las calles estaban solitarias y podía desahogarme antes de llegar a mi casa sin que nadie me viera ni intentara consolarme. Tenía un dolor en el corazón que no sabía que existía, y empezaba a pensar que mi madre tenía razón, que antes vivía más tranquila. Aunque, tal y como me decía Oliva, la madre de mi amiga Marta, eso no era vivir, sino sobrevivir.

Al llegar a mi casa, mi madre ya estaba acostada, durmiendo, pues se había tomado ya la pastilla para dormir. Estoy segura de que pensaba que pasaría la noche con Alex y que volvería a la mañana siguiente, pero no pude hacerlo, si hubiera pensado lo contrario, me habría esperado despierta.

No pegué ojo en toda la noche, y a la mañana siguiente tenía una crisis de migraña de padre y muy señor mío. Eso me ocurría cuando mi cabeza no desconectaba, y la mayoría de las veces, terminaba en el hospital poniéndome un gotero.

—Hoy no vas a ir a trabajar, te pongas como te pongas. Y, de hecho, yo tampoco iré, porque ahora mismo salimos para urgencias —me dijo mi madre, en cuanto me vio la cara.

—Creo que, si me tomo la pastilla de la migraña, en un par de horas me encontraré mejor. Si no mejoro, te prometo que te llamo y me voy a urgencias, pero no quiero que mis problemas te afecten a ti —le dije a mi madre.

—No te va a aliviar, estás peor que otras veces. Además, ese último comentario sobra, tus problemas siempre serán los míos, esté de acuerdo o no con tu manera de actuar, porque para eso eres mi hija —me respondió ella.

—Está bien, pero deja que antes me dé una ducha —le dije.

Entré en el baño y me di una ducha caliente que, lejos de aliviarme el dolor, como había ocurrido en otras ocasiones, lo que hizo fue dejarme sin

más fuerzas, si es que eso era posible. Salí de allí como pude, y casi me desmayo en el pasillo, tuve que apoyarme en la pared y dejarme caer al suelo.

—¡Alex, por favor, necesito tu ayuda! —escuché a mi madre, gritando desde el salón.

—¿Qué ocurre, Mariana? —lo escuché que decía, porque tenía los ojos cerrados y no podía con la luz del pasillo, por lo que no los abrí.

Noté unos brazos cogerme y levantarme del suelo, hasta llevarme a la cama. Dejó la habitación en penumbras, mientras que oía a mi madre llamar a emergencias.

—Paula, por lo que tú más quieras, abre esos ojos y dime que te pasa —me decía Alex.

—Mi cabeza, me va a explotar —fue lo único que salió de mi boca, antes de que todo se volviera negro y dejara de escuchar a todo el mundo.

Cuando volví a abrir los ojos estaba en el hospital, rodeada de máquinas y con una mano cogida por Alex y la otra por mi madre.

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estoy? —pregunté, a ver quién de los dos me decía algo.

—Has sufrido una crisis de migraña como nunca la has tenido. Ha sido emocional, según nos ha dicho la doctora, pero te han suministrado un sedante y has estado durmiendo durante veinticuatro horas —me dijo mi madre, y al mirarla noté sus ojos rojos de llanto.

—Gracias, a los dos, por permanecer a mi lado —les dije, casi en un susurro.

—No podría ser de otro modo. Además, hemos aprovechado estas horas para ponernos al día y conocernos mejor. Alex me ha contado todo lo que ha pasado con su ex. No quiero condicionarte en tu decisión, Paula, pero sí que quiero que sepas que este hombre te quiere más que a su vida, y encontrar a una persona así es difícil, te lo aseguro —me dijo mi madre, aprovechando

que Alex había recibido una llamada de teléfono y había salido de la habitación para atenderla.

—Estoy tan dolida, mamá. Que, sinceramente, no sé ni qué pensar —le dije.

—Lo único que tienes que pensar es en ponerte bien, en recuperarte lo antes posible. Después de eso, ya tendremos tiempo de hablar y de aclarar tus sentimientos —me dijo Alex, que entraba en ese momento.

—Alex, si quieres ir a casa y darte una ducha, yo me quedo con ella —le dijo mi madre, con una complicidad que no me podía llegar ni a imaginar.

—No, ve tú. Yo me la daré aquí, tengo toda mi ropa en la mochila —le contestó él.

—Venga, pues espero a que te la des, ahora os mando un buen desayuno, porque tienes que comer, Paula, así que no me pongas esa cara —me dijo mi madre.

Alex se metió en el cuarto de baño de la habitación, mientras que mi madre trasteaba con el móvil para pedir el desayuno. Cuando él salió, con el pelo mojado y con un chándal puesto, me pareció la escena más sexy del mundo.

—Alex, he pedido el desayuno para los dos, porque estoy segura de que mi hija no va a probar nada de lo que le pongan aquí. Vuelvo a mediodía y traigo la comida, y ya te vas a descansar un poco a casa —le dijo mi madre, mientras cogía el bolso para marcharse.

—Mariana, te lo agradezco una barbaridad, pero no me pienso mover de aquí hasta que le den el alta a Paula. Si es necesario, pediré una semana de mis vacaciones anticipadas —le respondió él.

Mientras que mi madre lo miraba con amor, yo lo hice con asombro, pues no esperaba que dijera eso. La verdad es que teníamos mucho que hablar, porque no sabía si estaba ahí porque de verdad sentía eso que había dicho por mí, o si lo había hecho porque se sentía culpable, pero lo pensaba aclarar en cuanto mi madre saliera por la puerta.

—Antes de que me digas nada, estoy aquí porque quiero y porque te quiero, nada tiene que ver que me sienta como una mierda en estos momentos —me dijo, leyéndome el pensamiento.

—Estoy hecha un lío, y no porque no sepa lo que siento por ti, que eso lo tengo más que claro, o ese beso no me hubiera dolido tanto —le respondí.

—Mi amor, dame una oportunidad. Te prometo que no volverá a suceder nada parecido. Mi orgullo ya no se verá por encima de ti, de nuestra relación. Que ella piense lo que quiera, que me da igual, yo sé lo que siento por ti y lo que ya no siento por ella —me dijo.

En ese momento, llamaron a la puerta, era el repartidor de los desayunos. Cuando vi lo que mi madre había pedido, solté una carcajada, sobre todo al ver la cara de Alex.

—¿Tu madre ha pensado que tiene que darle de desayunar a toda la planta? Me cago en la leche, si no le ha faltado pedir de nada. ¡Hasta frutos secos! —dijo él, mientras que yo no podía parar de reír.

—Lo que sobre lo dejamos para la merienda, y los frutos secos, para después de comer —le respondí, riendo juntos.

Capítulo 23



Alex

Ya le habían dado el alta a Paula, al final se había quedado todo en un susto, gracias a Dios. Con respecto a nosotros, decidió que me daría otra oportunidad, pero no me iba a dejar pasar ni una más, eso lo tenía claro, y yo no pensaba traicionarla de nuevo.

Hoy era el día en el que se encontraría con su padre por primera vez, y tanto su madre como yo, habíamos acordado darles su espacio, dejar que se conocieran de verdad, sin condiciones ni espectadores.

—Mamá, Alex, me marcho ya, deseadme suerte — nos dijo, antes de salir de la casa.

—Si sigue siendo el mismo Yotuel que conocí, no la necesitarás —le dijo su madre.

—Para cualquier cosa, me llamas e iré a buscarte. Yo pasaré el día con tu madre, nos vamos a ir al centro comercial, a llenar la nevera, según ella —le dije yo.

Salió riendo de la casa, mientras Mariana y yo nos terminábamos de vestir. Me hizo dejar el hotel, pues decía que su yerno no podía dormir ahí teniendo ella sitio en su casa.

Nada tenía que ver la persona que tenía delante con la mujer que conocí el fin de semana pasado. Parecía que habían pasado siglos entre un momento y otro, pero tan solo habían sido siete días, pero en los que la mentalidad de esa mujer había dado un giro de ciento ochenta grados. Iba a coger mi coche, que tenía en el aparcamiento del Campo del Sur, pero no me lo permitió, así que nos fuimos en el autobús.

—Anda ya, hombre, vas a mover el coche ahora, con lo que cuesta aparcar en esta ciudad —me dijo Mariana.

—Pero si lo tengo en el aparcamiento, con volverlo a meter otra vez, tengo suficiente —le respondí.

—Que no, que no. Yo hago la compra y me la traen el lunes, así, además me ahorro subirla, que esas escaleritas se las traen —me dijo ella, con una sonrisa.

En cuanto llegamos al centro comercial, nos fuimos del tirón para el supermercado, donde cogimos cada uno, un carrito para la compra. Tenía pensado que, cuando llegara a la caja, pagar yo la compra, pero no le iba a decir nada para que no se cohibiera en coger nada. Durante más de dos horas estuvimos comprando, y en ese intervalo me hizo mi madre una videollamada.

—Hola mamá, ¿qué tal va todo por ahí? —le pregunté, en cuanto descolgué y vi la cara de mi madre al otro lado de la pantalla.

—Hola, corazón mío. Por aquí todo bien. ¿Y por ahí? —preguntó ella.

—Pues por aquí, Mariana, la madre de Paula, y yo, hemos venido al centro comercial a hacer la compra del mes. Mira, espera, que te a voy a presentar, aunque sea por aquí —le dije a mi madre.

—Ay, me haría mucha ilusión, sobre todo hacerlo en persona, y que esté Paula, por supuesto —me respondió mi madre.

—Mariana, ella es Reyes, mi madre. Mamá, ella es Mariana, la madre de Paula —las presenté.

—Buenas tardes, Reyes. A ver si la próxima vez que venga Alex, os venís vosotros también, y podemos conocernos en persona. Por el alojamiento no tenéis que preocuparos, que en mi casa hay sitio para todos —les dijo "mi suegra".

—Hola, Mariana, por supuesto que sí, pero también hago extensiva esa invitación para que vengáis a Sevilla. Podéis veniros en Semana Santa, o en Feria —le dijo mi madre.

—Pues es muy buena idea. A ver si hablo con Paula y lo cuadramos todo. Te dejo con tu hijo y sigo con la compra, encantada de haberte conocido —le dijo Mariana, que se alejó por el pasillo a coger varios productos que le faltaban.

—Hijo, no veo a esa mujer tal y como me la describiste la primera vez.

—Es que, aunque no te lo creas, en esta semana ha cambiado mucho. Hasta yo estoy asombrado, mamá.

—¿Y Paula? ¿No habrá vuelto a recaer? —me preguntó, cuando se dio cuenta de que no la veía por ninguna parte.

—No, mamá, ella está bien. Ha quedado hoy con su padre, para decirle quién es ella y conocerlo. Y debe de haberle ido bien, porque no nos ha llamado para decir que fuéramos a buscarla —le respondí a mi madre.

—Ojalá y tenga suerte, porque todo el mundo tiene derecho a conocer a sus padres y saber que puede contar con ellos para todo —me dijo mi madre.

Estuvimos como diez minutos más hablando y cortamos la videollamada, pues había perdido a Mariana y no quería que llegara a la caja sin mí, o mi plan se iría al garete.

—Por fin te encuentro. ¿Dónde te has metido? Llevo un buen rato dando vueltas para buscarte —le dije.

—Estaba en la carnicería. He comprado carne picada para hacer mañana albóndigas a la jardinera, que a Paula le encanta. ¿A ti también? —me

preguntó.

—Pues no las he probado nunca, porque mi madre suele hacerlas en tomate —le dije, encogiéndome de hombros.

—Pues, con estas, te vas a chupar los dedos, te lo prometo.

—Mariana, me gustaría comprarle a Paula un bolso para el trabajo, pero no tengo claro cuál le gustaría más. ¿Me echas un cable? —le dije, expresando en alto mis pensamientos.

—Lleva antojada por uno desde hace más de cinco meses, pero no se lo ha querido comprar porque era bastante caro. Dijo que iba a esperar a las rebajas, pero tampoco lo rebajaron mucho de precio, así que, terminó por no comprarlo. Si es demasiado para ti, se lo compramos entre los dos —me dijo Mariana.

—No, no, eso se lo compro yo, si quieres, luego tú le compras otra cosa —le dije.

Nos encaminamos a la primera caja a domicilio que nos encontramos y Mariana le dio todos los datos para el envío. La cuenta ascendía a trescientos noventa euros, pero cuando fue a sacar su tarjeta, la entretuve, le dije que Paula me había pedido que le comprara un desodorante del que ella usaba, pues me había dado cuenta de que no llevaba de eso.

—Esta hija mía, todo a última hora. Mira que le pregunté esta mañana si necesitaba algo, y ella, nada, siempre me hace lo mismo —me dijo, mientras iba hasta el pasillo indicado.

—Toma, corre, cóbrame antes de que venga, o no me lo va a permitir —le dije a la chica de la caja, que cogió mi tarjeta y la pasó para pagar la compra.

—Al final, te hemos hecho esperar para nada, porque no quedan de los que ella utiliza —le dijo a la chica de la caja, mientras sacaba su tarjeta para pagar.

—Ya está pagado, señora. El pedido le llegará el lunes, de cinco a siete de la tarde, tal y como hemos acordado. Aquí tiene el ticket y el justificante del

envío —le respondió la chica, mientras ella me miraba asombrada.

—No me lo puedo creer… ¿Has sido capaz de pagar la compra? —me dijo, con las manos en la cintura.

—Que menos, después de lo que has hecho por mí, y no me refiero a darme alojamiento y comida, sino a hablar con tu hija para que me diera otra oportunidad —le dije, mientras negaba con la cabeza.

Salimos del supermercado y fuimos a buscar ese bolso, que en ese instante estaba al cincuenta por ciento, por lo que no dudé en comprarlo. Además, le compré a mi madre y a Mariana otro, de la misma marca, pero diferentes modelos, y que tenía claro que les iba a gustar a las dos.

—Ahora vamos a la parte de restauración, vamos a comer aquí, y desde ya te lo advierto, como te vea hacer el más mínimo gesto para pagar, te parto las dos manos del cate que te doy —me dijo, entre divertida y enfadada.

Nos sentamos en una de las mesas del restaurante, y pedimos la bebida mientras le echábamos un vistazo a la carta. Hablamos de todo en general, pero la incertidumbre de cómo le estaría yendo a Paula centró la conversación. Por un lado, ambos queríamos llamarla y que nos contara, pero por otro, sabíamos que sería un poco incómodo para ella, ya que no podría hablar con libertad, así que preferimos esperar a su vuelta y que fuera ella la que nos contara todo.

Después de terminar de comer y de tomarnos un café, decidimos que ya era hora de volver, no íbamos a alargar más tiempo nuestra salida, entre otras cosas porque ambos estábamos deseosos de llegar a su casa y ponernos cómodos, así como de tirarnos en el sofá.

Acabábamos de llegar, ni siquiera me había dado tiempo de dejar las bolsas con las compras encima de la cama, cuando mi teléfono sonó, era un mensaje de Paula, que no dudé en leer, y que me sacó una sonrisa.

Capítulo 24



Paula

En cuanto mi padre me vio, supo que no se había equivocado en su suposición, y me lo preguntó directamente, incluso antes de saludarme. No es que me cogiera de imprevisto, porque me imaginaba que algo podía pensar, pero no que lo tuviera tan claro.

—Paula, déjame que te haga una pregunta. ¿Eres mi hija? —me preguntó.

—Sí que lo soy, Yotuel. Cuando te marchaste, mi madre ya estaba embarazada, y por eso te busqué, porque no me cuadraba nada de lo que me habían contado mis abuelos con la versión que había oído por ahí —le respondí.

Lo primero que hizo fue darme un abrazo que me llegó al alma, mientras sus lágrimas caían sin control por su rostro, al igual que por el mío. Todo el miedo que tenía a que me rechazara, se desvaneció de un plumazo.

—Supe que cuando me echaron, lo hicieron por algo. Y ahora me arrepiento de no haberme quedado en la ciudad, habría descubierto su embarazo y, aunque ella no hubiese querido seguir conmigo, aunque ya no me amara, habría tenido la oportunidad de verte crecer, porque ahí sí que hubiera luchado hasta la eternidad — dijo mi padre.

—Ahora ya nada de eso sirve, lo importante es que nos hemos reencontrado y tenemos toda la vida por delante para disfrutar el uno del otro

—le contesté.

—Pues sí, porque desde ya te digo que no me pienso separar de ti. Por mucho que tu madre se oponga —me dijo, secándose las lágrimas.

—No te voy a negar que cuando se enteró, pusiera el grito en el cielo, porque lo hizo. Incluso se llevó varios días sin hablarme, porque lo veía como una traición hacia ella. Pero luego supe sus motivos, que no digo que sean los más justos, pero, al fin y al cabo, son sus sentimientos —le dije a mi padre.

Le conté todo lo que hablé con mi madre aquella noche, como no lo había podido superar y le confesé que no había rehecho su vida, pues todavía era el dueño de su corazón. Le expliqué como me había dicho que no veía justo empezar una relación con otra persona si no podría entregarse a ella al cien por cien.

—Yo tampoco he rehecho mi vida, y he tenido oportunidades, no te creas, pero mi corazón tenía una dueña, que era Mariana Olivares —me respondió.

Mi padre era un hombre muy, muy guapo. Moreno, de ojos verdes inmensos y unas pestañas que parecían postizas. La boca la tenía dibujada, con unos labios carnosos que llamaban la atención. No era demasiado alto, pero sí era un hombre que tampoco era bajito, pues su estatura estaría en un metro setenta y cinco, más o menos.

Nos sentamos en una terraza y nos pedimos un refresco, me contó muchas cosas de su vida: como su mamá seguía en La Habana, pues no había querido salir de allí, pero que estaba en perfecto estado a sus ochenta años. Me dijo que se vino a vivir aquí por el parecido que tenía la ciudad con la suya natal y que, cuando se sentía nostálgico, se iba al Campo del Sur, que era lo más parecido al Malecón que había visto en su vida. Por ese motivo, la marcha de aquí fue doblemente dolorosa, primero porque se tuvo que separar de mi madre, del amor de su vida, y segundo, porque añoraría su tierra muchísimo más de lo que ya lo hacía.

—Yotuel, me gustaría conocer a mi abuela y a mis tíos —le dije, pues, aunque ella seguía en Cuba, sus hermanos se habían ido viniendo conforme

tuvieron la oportunidad, y ahora estaban repartidos por toda la geografía española.

—Por favor, sé que es un choque para ti, pero no me llames por mi nombre de pila, prefiero que me digas, papá —me pidió, en un tono suplicante.

—Por mí, no hay ningún problema. Si no lo he hecho antes ha sido por no incomodarte, y porque supongo que querrás hacerte una prueba de ADN para confirmarlo —le dije, algo avergonzada, la verdad.

—No me hace falta ninguna prueba, Paula. Eres la viva imagen de mi hermana María, aunque en rubia, y, por ende, idéntica a tu abuela, a mi madre. Mira, espera que me parece que tengo por aquí una foto de ellas —me dijo, y sacó su móvil para buscarla.

Cuando me giró el móvil y las vi, parecía que me estaba viendo en uno de esos programas de ordenador en los que metes una foto y te sacan otras con diferentes edades. Jamás me podía imaginar que fuéramos tan idénticas, ahora veía que no me parecía a mi madre, por mucho que todos estos años hubiera pensado que éramos idénticas.

—No me lo puedo creer, es como si me viera con varios años más —le dije a mi padre.

—No te creas que muchos más, porque María tiene treinta y dos, está casada y tiene dos hijos, viven en Barcelona. Mi hermano Joel vive en Sevilla, y tiene un hijo, Pedro, aunque todos le decimos Perico, que tiene todo el arte del mundo —me contó.

—¿No hay manera de traeros a la abuela para España? —pregunté, pues no entendía que ella quisiera seguir allí, con la diferencia de estilo de vida que había entre un país y otro.

—Claro que la hay, el problema es que ella no quiere. Dice que, a sus ochentas años, nadie va a hacer que muera lejos de su Habana del alma —me contó mi padre, y entonces, entendí el motivo que tenía.

—¿Hace mucho que no vais a verla? Perdona por el interrogatorio, pero es que me puede la curiosidad —le pregunté, muerta de intriga.

—Pues vamos todos juntos una vez al año, casi siempre en verano. Pasamos allí, mínimo, dos semanas. Luego, a la hora de volvernos, seguimos insistiendo, pero no hay manera —me contestó.

—¿Podríamos ir a verla antes? No sé, me muero por conocerla y estoy impaciente por conocer mis raíces —le dije.

—Sería cuestión de mirarlo, pero desde ya te digo que será muy complicado, ya que mis hermanos tienen sus vidas y solemos hacerlo durante nuestro mes de vacaciones, que cuadramos de un año para otro —me respondió, como con pena.

Seguimos allí, sentados en esa terraza, y no nos habíamos dado cuenta de que era ya la hora de comer, por lo que pedimos varias raciones que compartimos y una ensalada.

—Bueno, y, ¿qué me cuentas de tu vida? Porque yo te he explicado toda la mía —me dijo, sonriente.

—Pues hace unas semanas que estoy conociendo a un chico, mi primera relación, mi primer beso, mi primer todo. Se llama Alex y es de Sevilla, trabaja en una sucursal bancaria en Triana —le dije, resumiendo todo lo que pude.

—Pues vaya casualidad, porque ahí, en ese barrio, es donde yo vivo. Seguro que cuando me lo presentes, lo conozco, aunque sea de vista —me respondió él.

—Otra casualidad, porque este fin de semana está aquí. Vuelve a Sevilla mañana por la tarde. Lo he dejado con mi madre de compras, habían ido al centro comercial —le conté, sonriente.

—Llámalos, diles que se vengan para acá y merendamos todos juntos. No sé si todavía estará esa cafetería que le gustaba tanto a tu madre, pero si no es esa, ya habrá otra —me dijo, sonriente.

—Les envío un mensaje a Alex ahora mismo, a ver que me dicen —le respondí, y saqué mi móvil del bolso.

Paula: *Con mi padre todo genial, mejor que eso, en realidad. Quiere que os vengáis para acá, pues estamos en una terraza de la Plaza de la Catedral, y que merendemos juntos. Convence a mi madre, por lo que tú más quieras, porque otra oportunidad así no voy a encontrar.*

Alex: *Dame diez minutos que hable con ella, y ahora te digo algo. De todas maneras, si ella no quiere ir, yo sí que iré, no me perdería esto por nada del mundo.*

Paula: *Me parece perfecto, pero usa tus dotes de persuasión para que venga ella también, me muero por ver la cara de mi madre cuando vea a mi padre. Es incluso más guapo que cuando era joven.*

Alex: *A ver si me voy a tener que poner celoso a estas alturas… No te diré nada porque es tu padre, que, si no, me ibas a oír, porque de este no me puedes decir que también es gay.*

Paula: *Ja, ja, ja, que idiota eres, de verdad. Venga, deja de perder el tiempo y saca tu mejor sonrisa a pasear. Espero tu respuesta o, mejor aún, no me digas nada, quiero llevarme la sorpresa.*

Alex: *Tengo una idea que, o me lleva a la gloria o me desciende a los infiernos y tengo que dormir esta noche en el coche. Nos vemos en quince minutos.*

Solté una carcajada, mientras le contaba a mi padre lo que me había escrito Alex, que se pensaba lo peor, al igual que yo.

Capítulo 25



Alex

—Suegrita, coge el bolso, que nos vamos de nuevo. Te voy a invitar a merendar —le dije, y me miró como si le hubiera dicho que la invitaba a un viaje a Marte.

—Por un casual de la vida… tú no tendrás pensado acabar conmigo en un solo día, ¿no? —me preguntó y solté una carcajada.

—Quien sabe, lo mismo tengo que llamar a una ambulancia, pero no pensemos en eso. Vamos —le respondí, y la cogí del brazo para que nos marcháramos, poniendo su abrigo por encima de los hombros.

—No sé qué te traes entre manos, pero no te vayas a pensar que voy a salir de aquí sin pintarme los labios ni que, como te lo merezcas, te pienso dar un cate que vas a tocar las palmas con las orejas —me dijo, acusándome con el dedo índice, y que me hizo mucha gracia.

La dejé que entrara a pintarse los labios, pues, según me contó, hasta para bajar a comprar el pan lo hacía así, si no se los pintaba, para ella era como si fuera desnuda. Cogió su abrigo y su bolso, y salimos cerrando la puerta tras nosotros.

Iba de lo más nervioso, pues no sabía cómo reaccionaría la una ni cómo lo haría el otro. Aparte de como le afectaría a Paula. Mariana me miró muy seria

en cuanto estuvimos en la puerta de la calle y puso las manos en la cintura, antes de dirigirse a mí.

—¿Me vas a decir que te provoca que estés como quién tiene a la mujer de parto? —me preguntó, y solté una carcajada.

—Eso que dices, desde ya te digo que no, no nos ha dado tiempo, aunque no lo descarto en el futuro. Teniendo eso claro, vamos, que quiero darte una sorpresa —le dije, cogiéndola del brazo para que empezara a andar.

—Que sepas que me estás dando miedo, te lo juro. No sé si lo que quieres matarme de cansancio, tirarme por los bloques del Campo del Sur o acabar con una subida de azúcar. Pero, si muero, vendré cada noche a jalarte de los pelos —me contestó y solté una carcajada que resonó en toda la calle.

No me hizo falta esperar mucho, pues, al doblar la esquina de la plaza de la Catedral, allí estaban los dos. Mariana no se había percatado de su presencia, y esperaba que no lo hiciera hasta que hubiéramos llegado a la mesa. Continuamos andando, y a dos pasos de la mesa, los vio. Me miró a mí, luego a su hija y, por último, al que había sido el amor de su vida, según me contó esa mañana, y del que seguía enamorada.

—Buenas tardes —dije, para romper el hielo.

Yotuel se quedó mirando a la madre de Paula, sin saber que hacer ni qué decir, pero los sentimientos hablaron más que las palabras, por parte de los dos, que rompieron a llorar fundidos en un abrazo.

—Mi niña, mi Mariana… —dijo Yotuel, a media voz.

—Eres tú, me parece increíble —respondió ella.

Mientras, Paula y yo nos quedamos mirando a ambos, viendo como el amor, si es verdadero, resiste al paso del tiempo y a todas las adversidades que la vida les hubiera puesto por delante. Tomamos asiento y los dejamos a los dos seguir hablando, hasta que se percataron de que no estaban solos.

—Lo siento, muchacho, soy Yotuel, tu suegro cuando te cases —me dijo, y me hizo mucha gracia la manera en la que lo dijo.

—Lo cierto es que su cara me suena de algo. Es como si ya nos hubiéramos visto antes —le dije, porque era cierto. No es que tuviéramos un trato diario, pero sí que habíamos coincidido en algún lugar.

—Claro que sí, ahora que me fijo sé de qué te conozco, aunque no hayamos hablado nunca, y puede que me estés relacionando con mi hermano. Yo soy el tío de tu amigo Pedro, Perico para todos. Soy el hermano de su padre, Joel —me dijo, y entonces ya lo encuadré.

—Joder, pues sí que es pequeño el mundo. Espero que tu hija pueda conocer a mi amigo cuando vaya por Sevilla, porque todavía no lo conoce —le dije, sonriendo.

—Ni que lo digas. Uno de tus amigos resulta que es mi primo, y ni tú ni yo lo sabíamos —me contestó Paula, y soltamos una carcajada.

Mariana y Yotuel tenían las manos unidas y así continuaron por todo el camino hasta la pastelería que a ella le encantaba, y que, milagrosamente y después de tanto tiempo, todavía estaba abierta.

—Os propongo algo. ¿Por qué no compramos los dulces y nos vamos para mi casa a merendar? Creo que allí estaremos más cómodos y más calentitos, que empieza a levantarse frío —nos dijo Mariana, y todos asentimos.

Entramos en esa pastelería y pedimos un buen surtido de pasteles, intenté pagarlos yo, pero Yotuel no me lo permitió, por lo que no seguí insistiendo. Veía a Paula feliz, y eso valía todo el oro del mundo. Me acerqué a ella y le dejé un beso en el cuello, mientras la abrazaba por la espalda.

—Me encanta verte así, feliz y sonriente. No pierdas nunca esta sonrisa —le dije.

—He pensado una cosa. Como sigo teniendo la baja, mamá, ¿por qué no te coges unos días de vacaciones y nos vamos a Sevilla? Me encantaría conocer al resto de mi familia —le dijo Paula a su madre, que la miró horrorizada.

—Hija, acabo de reencontrarme con tu padre. Creo que él necesita tiempo para asimilar todo lo que ha sucedido durante el día de hoy. Piensa que, de no tener ni idea ni de mí ni de tu existencia, se ha visto con una hija de veinte años y el reencuentro con su madre…

—No digas más guanajadas, mi amor. Estoy encantado y, además, no pienso separarme más de vosotras —dijo Yotuel, e identifiqué esa palabra al instante, pues Perico y su padre la utilizaban mucho.

—Yo no he dicho que vayamos a quedarnos en su casa, sino en un hotel… —dijo Paula, pero la interrumpí.

—Ahora las tonterías las estás diciendo tú. Si nos vamos para Sevilla, es lógico que tu madre se quede en casa de Yotuel, pero tú, tú te quedarás en la mía, y no hay nada más que hablar —le contesté a Paula, pues no iba a permitir que hiciera eso.

Mariana lo dudó un momento, pero, al final, cogió su móvil y se puso en contacto con su jefe. Nunca había cogido vacaciones antes, por lo que no le pusieron ningún inconveniente. Al final, se cogió toda la semana entera, al igual que Paula, a la que extendieron la baja hasta el lunes de la semana siguiente.

—Espero no arrepentirme de esto, de verdad. Me parece una completa locura, pero, por primera vez en mi vida, quiero volverme loca —nos dijo, y supimos que ahí empezaba el cambio de su vida.

—Eso es, mi amor, la locura es lo más bonito que la vida te puede ofrecer —le contestó Yotuel.

Llegamos a la casa, y mientras Mariana hacía el café, nosotros pusimos la bandeja de dulces en la mesa y fuimos sacando los platos y las tazas, así como el azúcar y la leche. Yotuel decía que eso no era café, que cuando fuéramos a su casa, íbamos a probar un café de verdad, por eso él no le echaba ni leche ni azúcar.

—Papá, por favor, te va a salir una úlcera en el estómago como sigas bebiendo el café de esa manera —le dijo Paula.

—Ay, no, mija, si esto es agua con sabor a café —le respondió él.

Soltamos una carcajada por el tono en el que lo dijo, haciendo aspavientos con las manos, como todo buen cubano, que nos hizo mucha gracia. Esa merienda fue de todo menos un momento tenso, porque las ocurrencias de Yotuel contándonos anécdotas de cuando empezó a estudiar medicina, cuando en su país no había terminado ni la educación básica.

—Los primeros meses de estudio fueron para mí un suplicio, con esos tochos de apuntes que me pasaban mis compañeros… pero no me rendí, y ahora, estoy disfrutando de todo mi esfuerzo. Paula, quiero que vuelvas a estudiar, que dejes el trabajo, yo me haré cargo de todo —le dijo su padre.

—No puedo hacer eso, lo de dejar el trabajo, digo. Estudiar, por supuesto que pienso hacerlo, pero continuaré trabajando, al menos mientras pueda hacerlo. Si veo que es demasiado duro, pues hablaré con mi jefe para reducir a media jornada o algo parecido —le contestó ella.

—Bueno, eso ya lo veremos, que todavía queda tiempo para que tengas que tomar una decisión —le dijo su padre.

Llegada la hora de la cena, Yotuel dijo que no iba a permitir que ninguno de los presentes se metiera en la cocina, que iba a pedir comida cubana a domicilio, pues conocía un sitio que la hacían a la perfección.

Capítulo 26



Paula

Había llegado el momento de partir hacia Sevilla. Decidimos ir en el coche de Alex, puesto que mi padre, estaba tan nervioso que decidió, a última hora, venir en el tren, ya que no se encontraba en condiciones de conducir.

—¿Cómo nos situamos? —preguntó mi padre.

—Como queráis, por mí no hay problema —le respondí yo.

—Entonces, yo voy detrás con mi mujer y tú delante con mi hija en el asiento del copiloto —organizó él.

—Eh, eh, de tu mujer, nada, que yo no he visto a ningún cura, ni ningún anillo en mi dedo —le soltó mi madre, haciéndonos reír a todos.

—Dame un mes, y serás mi mujer ante el mundo y ante los ojos de Dios —le contestó mi padre, muy convencido.

El trayecto de Cádiz a Sevilla se pasó volando y a las seis de la tarde ya estábamos entrando por Triana. Alex aparcó en el primer hueco que encontró, y que estaba a medio camino entre la casa de mi padre y la suya.

—A mi madre le hará mucha ilusión si subís a su casa a conocerla —le dijo Alex a mi madre y a mi padre.

—Por mí, sin problema. Lo que la dama decida —respondió mi padre.

—Venga, pero sin entretenernos mucho, que la mujer querrá descansar o hacer sus cositas —dijo mi madre, pero de una manera que parecía que estaba insinuando otra cosa.

—¿Sus cositas? Créeme, suegrita, que mis padres prefieren otros horarios que el de la merienda —le dijo Alex, y mi madre le dio una colleja, mientras los demás nos reíamos.

—El niñato este, siempre pensando en lo mismo —dijo ella, fingiendo indignación.

Por mi cabeza no había pasado nunca que viviría estos momentos con mi madre, y mucho menos en la presencia de mi padre. Para mí era como un sueño hecho realidad, como si mi vida, por fin, se estuviera poniendo en orden.

Alex vivía en un edificio precioso, con un patio interior que era una divinidad, lleno por completo de flores y de luz natural. Se notaba que era uno de esos edificios rehabilitados, pues contaba hasta con ascensor, pero no uno de estos modernos por fuera, ya que habían cambiado la cabina, pero por fuera seguía manteniendo la misma estructura de hierro que le daba carácter y personalidad al espacio.

—Dios mío, esto es precioso —le dijo mi madre, nada más entrar.

—¿A qué sí? Además, tan solo somos cuatro vecinos, que nos conocemos de toda la vida. Este edificio es como una gran familia. No te puedes imaginar las que se forma aquí en fiestas, sobre todo en Navidad y en feria, en donde todas las mujeres se bajan al patio para engalanarlo —nos contaba él.

—En el mío también existe ese buen ambiente, pero nosotros somos más vecinos, somos ocho. Yo, el único extranjero. Por eso, mi amor, en el momento en el que la señora Engracia te vea entrar, no te asombres y te asustes de que te haga un tercer grado. Es como mi madre aquí, en España —nos contaba mi padre, pero en especial a mi madre, que lo escuchaba alucinando.

Subimos en el ascensor, ya que, aunque era un primero, llevábamos las maletas y pesaban un poco, porque habíamos metido ropa para pasar toda la semana allí. Nos volveríamos el domingo por la tarde, en el tren de las siete y media, para no llegar demasiado tarde a Cádiz.

—Mamá, traigo visita —dijo Alex desde el umbral de la puerta —. Dejad las maletas ahí, en un ladito.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué alegría conoceros, por fin! —exclamó Reyes, la madre de Alex.

Nos dio dos besos y un abrazo a todos, pero a mí me dejó para la última, como si quisiera que fuera más especial. Cuando nos fundimos en un abrazo, me dijo algo al oído, que no pensé que escucharía nunca, la verdad.

—Bienvenida a la familia, y gracias por darle otra oportunidad a mi hijo. Esa mujer es la maldad con faldas, un cáncer en la vida de mi hijo, el que quiero y deseo extirpar de una puñetera vez —me dijo Reyes, mirándome a los ojos.

—Gracias a ti, por acogerme con tanto cariño. Yo no soy como ella, te lo puedo asegurar, y espero que esa confianza que he depositado en Alex no me sea traicionada de nuevo, porque otra vez no lo pienso permitir —le dije, ante la atenta mirada de mi chico, que negaba con la cabeza.

—No te preocupes por eso, porque no volverá a ocurrir, te lo prometo — me contestó él, y me dio un beso en los labios.

Pasamos al salón, donde ya estaba Joaquín dejando una bandeja con tazas y una cafetera de café, acompañado de unas pastas típicas de la zona, que tenían una pinta estupenda, la verdad.

Nos sentamos un buen rato, en el que hablamos de todo, desde el reencuentro de mis padres hasta el tiempo que pasaríamos en Sevilla. Reyes nos dijo que, al día siguiente, mientras que ellos se iban a trabajar, ella nos esperaría en el bar del barrio para desayunar, y que no podíamos faltar ninguna de las tres.

—Eso, dadnos envidia. Los hombres, a currar, y las mujeres, de cachondeo —dijo el padre de Joaquín.

—Y yo mañana tengo guardia de doce horas. Así que, entro a las ocho de la mañana y no salgo hasta las ocho de la noche —le contestó mi padre.

—¿Guardia de doce horas? ¿Dónde trabajas tú, Yotuel? ¿A qué te dedicas? —le preguntó Joaquín.

—Soy pediatra, y trabajo en la clínica Híspalis, desde hace ya muchísimos años —le contestó mi padre.

—Anda, mira que bien, así, el día que tengamos nietos, el médico nos va a salir gratis —dijo Reyes, convencida, y yo casi me atraganto con el sorbo de café que había dado.

—Cualquier médico que necesitéis, no solo el pediatra, y lo digo en serio. Para cualquier cosa, ahora os dejo mi teléfono y me llamáis —se ofreció mi padre.

Después de más de una hora, decidimos despedirnos de todos. Mi madre se marchó a casa de mi padre, que, según nos dijo, estaba en la calle de detrás, pero ya la veríamos al día siguiente.

—No hagáis nada de cenar, que ahora os llevo una tortilla de patatas —nos dijo Reyes, en el rellano de la escalera.

—Mamá, por favor, que prácticamente, acabamos de merendar —le dijo Alex a su madre.

—No estoy diciendo que os la vaya a llevar ahora, hijo mío. Os daré tiempo para que os deis una ducha de esas relajantes. Os veo en un par de horas, espero que tengáis tiempo suficiente —nos dijo, y yo me puse roja como un tomate.

Entramos en su casa, que también era preciosa, como la de su madre, pero mucho más moderna. Me contó, que cuando su abuela falleció y le dejó la casa, él utilizó todos sus ahorros para reformarla.

—Total, los tenía para dar la entrada de un piso, como ya no tenía que darlos, pues no encontré un mejor sitio para vivir que este, justo enfrente de mis padres, y decidí ponerlo a mi gusto —me contó.

—Es precioso, Alex, y está decorado con muy buen gusto. Además, con solo asomarte, puedes llamar a tu madre —le dije, sonriendo.

—Paula, quiero que sepas algo. La relación con mi madre no es la típica, ella es mi mejor amiga, mi confidente, y no quiero cambiarla. Me refiero a que, por mucho que te quiera, si me pides que deje de hablar con ella de esa manera, que la aleje de mí, no lo voy a hacer. Te prometí que hablaría contigo con toda sinceridad, y ese es el primer punto que quiero dejar claro —me dijo, y me dejó asombrada.

—No sé quién te pidió eso, pero yo, ni lo hago ni lo haré, nunca, jamás. Quiero que te quede claro que no todas las mujeres somos así. Para mí, si ella es tu mejor amiga, me parece una cosa maravillosa, y no seré yo la que se meta en medio de una relación así. Es más, si lo nuestro progresa y seguimos adelante, me gustaría que también lo fuera mía —le dije, sabiendo que eso era importante para él.

Dejamos mi maleta en su habitación, y me hizo un hueco en su armario, donde colgué mi ropa para que no se arrugara. Una vez que lo dejamos todo organizado, preparamos la ropa que nos pondríamos cuando saliéramos de la ducha, y mientras yo cogía la ropa interior, él encendió la calefacción del baño, para que estuviera calentito cuando entráramos.

Hicimos algo más que darnos una ducha, eso lo podéis tener claro, pues nos lo debíamos. No es que no hubiéramos tenido sexo desde nuestra reconciliación, pero no era lo mismo estar en la misma casa que tu madre a estar los dos a solas, como ocurría en este momento.

Capítulo 27

Alex

Cuando nos metimos en la ducha, dejamos volar nuestra pasión, una que llevábamos tiempo reprimiendo, pues no era lo mismo tener oídos en la habitación de al lado, que estar solos, como estábamos hoy.

Nos desnudamos lentamente, ante la atenta mirada del otro, encendiéndonos, sin ponernos una mano encima. Era un tira y afloja el que llevábamos los dos, y que nos estaba poniendo de lo más caliente. En el momento en el que ambos estuvimos desnudos, ya no me pude resistir más, y la cogí en volandas, sentándola en el mueble del lavabo, y la besé.

Ese beso fue la antesala de todo lo que vino después, pues fui bajando con mi boca por todo su cuerpo, hasta enterrar mi cabeza entre sus piernas. Cuando me bebí su orgasmo, la cogí en brazos y la dejé de pie en el interior de la ducha, abrí el grifo y regulé la temperatura, antes de meterla bajo los chorros.

Con mucho mimo, y después de echarme el jabón en las manos, le lavé el pelo, sin apartar mi mirada de la suya. Era como algo hipnótico, verla gemir con ese sencillo gesto. En el momento en el que me volví a echar jabón y me dispuse a enjabonar su cuerpo, me frenó.

—Ahora me toca a mí, eso se puede dejar para más tarde —me dijo, con la voz ronca, presa de la excitación.

—Soy todo tuyo —le respondí.

El momento en el que la vi arrodillarse delante de mi miembro, cuando lo cogió entre sus manos y sentí el calor de su boca, fue como tocar el cielo con las manos. No pude aguantar mucho, pues no quería terminar ahí, así que, la levanté del suelo, la besé de nuevo y la pegué a la pared de azulejos de la ducha, elevé una de sus piernas, hasta tenerla a la altura de mi cintura, y la penetré.

En ese momento entendí la diferencia entre follar y hacer el amor, como estábamos haciendo ahora. Cada vez que entraba en su interior, era como si le estuviera diciendo, te quiero sin palabras, y cada gemido que ella soltaba era su respuesta a ese sentimiento.

Cuando el segundo orgasmo la alcanzó, tuve que salir de su interior, puesto que no me había puesto el preservativo y no quería tener ningún fallo tan tonto como ese. No me negaba a ser padre, pero lo seríamos más adelante, todavía nos quedaba mucho por vivir como pareja antes de que fuéramos tres.

Al salir, ambos nos secamos mutuamente, con cariño, con mimo, con amor, y a la hora de vestirnos lo hicimos entre risas cómplices, puesto que ya habían pasado las dos horas de margen que nos dio mi madre. Cinco minutos después de que estuviéramos vestidos y sentados en la cocina bebiéndonos un refresco, sonó el timbre de la puerta.

—Mamá, tienes llaves, y puedes utilizarlas —le dije a mi madre, cuando le abrí la puerta para que pasara.

—Eso lo haré cuando estés solo. Mientras que mi nuera esté aquí, no soy nadie para interrumpir vuestra intimidad, menos aun cuando no es nada importante —contestó ella, muy seria.

—Reyes, es la casa de tu hijo, y esté yo o no, puedes entrar cuando quieras —le respondió Paula, con cariño, mientras le daba un abrazo.

—Ah, no, mientras que estés aquí, es “vuestra casa” no la de mi hijo. Además, espero que tu estancia aquí se haga permanente muy pronto —respondió ella, mientras yo asentía sonriente.

—Anda, pasa y siéntate, tómate algo con nosotros —le contestó Paula a mi madre.

—Uy, no puedo, tengo a Joaquín esperándome para cenar. Tan solo he venido para traeros esto, porque supongo que os iréis prontito a la cama. A ti, Paula, cuando te despiertes y avises a tu madre, me llamas a la puerta que te estaré esperando para ir a desayunar.

—Te advierto que soy de despertarme temprano, y mi madre también. No creo que esté en la cama muy por encima de las ocho y media —le respondió Paula.

—Mejor, así aprovechamos más el tiempo. Además, quiero decirle a tu madre que se venga a comer conmigo. Tu chico llega a casa a las tres, pero los nuestros, pasadas las ocho, porque Joaquín también me ha avisado de que tiene una reunión y no sabe a qué hora terminará —le explicó mi madre.

—Si queréis, hecho horas extras y vuelvo más tarde, y así coméis las tres juntas —les dije, en broma.

—Ah, no, déjate de horas extras en el banco, que, para una semana que voy a estar aquí, no quiero verte nada más que para dormir. Además, mañana vamos a ir a comer a casa de mi tío, que me lo dijo mi padre ayer, antes de irse —me respondió Paula.

—Hijo, aquí mi nuera donde únicamente quiere que hagas horas extras es en el dormitorio. Ahí no le importa que trabajes de más —dijo mi madre, haciéndonos reír, aunque con el correspondiente sonrojo de mi chica, a la que abracé y le di un beso en los labios.

—Ahí no me importa echar horas, mamá —le dije, levantando ambas cejas a la vez.

Nos sentamos a cenar, ya que mi madre no quiso avisar a mi padre para cenar los cuatro juntos. Decía que ya tendríamos tiempo, que ahora teníamos que disfrutar de nuestra intimidad. Mientras cenábamos, estuvimos hablando de todo lo que haríamos durante esta semana que estaría Paula allí.

—El martes comemos en casa de tu tío, pero luego, podemos dar un paseo por el parque María Luisa —le propuse.

—Me encanta ese plan. ¿Y mañana qué hacemos? —me preguntó mi chica.

—Pues mañana podemos dar un paseo por mi barrio, verás el encanto que tiene, y te voy a llevar a cenar al restaurante del puente…

—¿Ahí fue donde cenaste con tu ex? —me preguntó, pero se arrepintió al momento, y yo me di cuenta.

—No tienes que reprimirte, Paula, pregunta todo lo que necesites. Y no, ahí no fuimos, cenamos en otro que hay en el paseo de Colón. Si quieres que vayamos otro día, no tengo ningún problema en hacerlo —le contesté, dándole un beso en los labios.

—Prefiero que no, por si acaso nos la encontramos —me dijo.

—No quiero ponerte mal cuerpo, pero quiero que tengas claro que ella hará todo lo posible por encontrarse con nosotros, en el mismo momento en el que llegue a sus oídos que estás aquí, en mi casa, conmigo —le dije, para que se fuera haciendo a la idea.

—Pues, si lo hace, si nos encontramos con ella, no me pienso quedar callada en caso de que me provoque —me dijo, y me gustó esa actitud suya.

—Y a mí me parece perfecto, mi niña. No te acobardes con ella, pero tampoco te creas nada de lo que te diga, que se inventará mil cosas, te lo puedo asegurar —le respondí.

Recogimos la cocina y nos fuimos a la cama, pues al día siguiente me incorporaba a la oficina y me tenía que levantar a las seis y media de la mañana. Esa noche no tuvimos más sexo, nos limitamos a dormir abrazados, haciendo la cucharita. Sentir su respiración pausada cuando se quedó dormida, y notar el calor de su cuerpo, hizo que me relajara de tal manera, que me quedé dormido al instante.

Sonó el despertador y Paula seguía dormida. Me levanté procurando que no se despertara, y lo conseguí. Me di una ducha rápida y me puse uno de los trajes que utilizaba para ir al trabajo. Antes de salir, quise dejarle una nota a mi chica, para que supiera que, aunque me hubiera marchado, la tendría en mis pensamientos y en mis conversaciones, porque estaba completamente seguro que Almudena no dejaría pasar la oportunidad de hacerme el tercer grado.

"Mi niña preciosa.

Me he marchado a trabajar, pero no dudes que te pensaré durante todo el día. Contaré los minutos para volver a estar a tu lado.

Pásalo bien con las mamis, y disfruta del día.

Te quiero."

Se la dejé en mi lado de la almohada, y salí de camino al trabajo. Tal y como estaba esperando, Almudena estaba en la cafetería donde desayunábamos los tres, y en cuanto me vio la cara, supo que todo había ido bien, por lo que no dudó en abrazarme.

—No sabes cuanto me alegro, de verdad. Tan solo espero conocerla algún día —me dijo, sonriente.

—Pues tienes la oportunidad de hacerlo en esta semana, porque se ha venido conmigo hasta el domingo por la tarde, que vuelve a su casa —le respondí, y ella empezó a dar saltitos por todo el bar, aplaudiendo como una niña pequeña.

—Deja que me organice, y te digo un día para que vengáis a cenar a casa. Ya sabes que no tengo donde dejar a la niña —me respondió ella, y yo asentí, ya que mi compañera no tenía familia en la ciudad.

Capítulo 28



Paula

A las nueve en punto, estábamos Reyes y yo esperando a mi madre en el portal del edificio, ya que nosotros no sabíamos donde vivía mi padre y no pudimos ir a recogerla.

No hacía nada de frío ese día, se notaba que ya estaba cerca la Semana Santa, pues era el momento en el que el clima en nuestra región empezaba a cambiar. Por eso, me había vestido con un pantalón vaquero de pitillo, una camiseta, una americana y unas zapatillas deportivas. Reyes también había optado por vestirse de manera cómoda, pues decía que, después de desayunar, íbamos a dar un paseo por la zona.

—¿Dónde vas en tacones, alma de cántaro? —le dije a mi madre, que parecía que iba a una boda, en vez de a desayunar con la familia.

—Ay, me sentí tan bien esta mañana cuando me levanté, que el cuerpo me pedía arreglarme, para que por fuera se me viera igual de bien que estoy por dentro —dijo mi madre, llevándose las manos a la cara.

—Si tú estás cómoda, pues nada, de tacones por la vida —le dijo Reyes, y nos echamos a reír.

Tenía claro que esos tacones no les iban a durar a mi madre más del tiempo del desayuno, y que en cuanto terminara, subiría a ponerse unas deportivas.

Era la primera vez que la veía de esa manera, no me refiero a arreglada, que eso lo hacía mucho, sino a con esa sonrisa pintada en sus labios.

La cafetería donde íbamos a desayunar estaba a la vuelta de la esquina, en un lateral de la plaza del Altozano, y desde la puerta se notaba un olor a café y a pan recién hecho que abría el apetito.

—La casa en la que vive Yotuel es esa de ahí —nos señaló mi madre un portal que había a la derecha de la cafetería.

—Anda, mira que cerquita lo vas a tener para ir a cambiarte de zapatos —le contesté, mientras ella me miraba asombrada y Reyes lo hacía riendo.

—¿Por qué me dices eso? —me preguntó mi madre.

—Mamá, seamos realistas. Los pies, con esos zapatos, en cuanto lleves media hora con ellos puestos, te van a doler lo más grande. Más vale que te los cambies cuando estés a tiempo, antes de que sea luego imposible y tengas que ir andando como Chiquito de la Calzada —le dije a mi madre, y Reyes soltó una carcajada.

—¿Es siempre así? —le preguntó Reyes a mi madre.

—Te lo puedo jurar. Ella siempre tiene una salida para todo. Hay veces que no puedo con ella, porque, de lo más simple saca un chiste, como ahora —le contestó ella.

Nos sentamos a desayunar y cuando más a gusto estábamos, a Reyes se le cambió la cara. De momento, se puso tensa, y me cogió la mano.

—¿Qué te ocurre, Reyes? ¿Te encuentras mal? —le pregunté, pero no le dio tiempo a responderme.

—Suegra, qué bien te veo —le dijo una mujer a Reyes.

—Por suerte para mí, ya no soy tu suegra. Bueno, en realidad, nunca lo he sido, porque no te has casado nunca con mi hijo. Ahora, si me disculpas, estoy

desayunando con la que sí es mi nuera, y mi consuegra. Lárgate, Claudia, y déjame en paz —le dijo, y supe que se trataba de la ex de Alex.

—Así qué tú eres la supuesta novia… Pues chica, déjame que te diga algo: disfruta lo que te dure, porque, en el momento en el que yo chasquee los dedos, Alex volverá a mi lado, sin dudarlo ni un segundo —dijo, dirigiéndose esta vez a mí.

—De supuesta, nada, y lo siento por ti, pero soy su novia, con todas las letras, eso para empezar. Si tan segura estás de que va a volver a ti, ¿por qué lo dejas que siga conmigo? Yo iría a saco a por él y no perdería el tiempo —la reté, pues, en cierto modo, quería saber de qué era capaz Alex, si le pararía los pies o le seguiría la corriente.

—¿De verdad es eso lo que quieres? —me dijo, muy pagada de sí misma.

—Mira, chica, haz lo que te venga en gana. Yo estoy muy segura de lo que ambos sentimos y estamos viviendo. A lo mejor es eso lo que necesitas para darte contra un muro —le respondí, y ella soltó una carcajada.

—Lárgate, Claudia, y no vuelvas a acercarte ni a mí, ni a ninguno de los míos, y eso incluye a mi hijo —le dijo Reyes, furiosa.

—Tu hijo ya tiene la suficiente edad como para decidir por sí mismo. Verás como, en unos meses, me tendrás que aguantar en la cena de Navidad, "suegra" —le respondió ella.

—Si mi hijo hace eso y cambia el jamón serrano por la mortadela, si demuestra que es gilipollas, no significa que yo también lo vaya a ser. Podrás entrar en la vida de mi hijo, pero no entrarás en la mía, y mucho menos te sentarás en la misma mesa que yo —dijo Reyes, cada vez más enojada.

Salió de allí dejándonos con muy mal cuerpo, por lo menos a mí. Reyes no había soltado mi mano y mi madre no había apartado la mirada de mí, como analizando mi manera de reaccionar, la forma en la que me había afectado.

—Creo que será mejor que vaya a cambiarme los zapatos y en diez minutos, nos vemos en la esquina, nos vendrá bien dar un paseo —dijo mi

madre, levantándose de la mesa.

—Te esperamos aquí, mejor —le contestó Reyes, mientras yo asentía.

Cuando nos quedamos a solas, Reyes se dirigió a mí como si le estuviera hablando a su hija, y eso me llegó al alma, os lo prometo.

—Paula, sé que lo que te voy a decir, lo mismo te choca, no por el contenido, sino por la manera en la que te lo voy a decir. No quiero que subestimes a esta mujer, que es capaz de cualquier cosa por conseguir lo que quiere. Con eso no te digo que te dejes intimidar, ni mucho menos, plántale cara, no te acobardes ante ella, pero no le lances retos como has hecho antes —me dijo y, aunque sabía que tenía razón, no dejaría de hacerlo, y le expliqué el motivo.

—Sé lo que me quieres decir, Reyes, pero también lo hago por mí. Necesito saber cómo reaccionaría tu hijo, si es verdad todo eso que me ha dicho, y cuanto antes mejor. No quiero que suceda cuando ya le haya entregado mi vida por completo —le contesté.

En cuanto llegó mi madre, salimos a dar un paseo por la zona, y sin darnos cuenta, pasamos por la sucursal bancaria en la que trabajaba Alex.

—Ya que estamos aquí, voy a sacar dinero —dijo mi madre.

—Sí, yo también necesito efectivo, pero podemos hacerlo desde el cajero automático, y así no tenemos que molestar a Alex —le respondí, mirando a las dos.

—Anda ya, no digas tonterías, si él estará encantado de vernos a las tres —dijo su madre, abriendo la puerta de la sucursal.

Nada más entrar, nos recibió una mujer de lo más amable y simpática, que le dio un abrazo y un beso a Reyes, al igual que otro hombre que estaba en la mesa de al lado.

—Alex está reunido, ahora mismo no podrá atenderos —nos dijo la mujer, pero la noté un tanto nerviosa.

—No te preocupes, lo esperamos —le respondió ella, que también había notado su nerviosismo.

—Es que, no sé el tiempo que van a tardar…

Estaba diciendo eso, cuando la puerta del despacho se abrió, y de ella salió Claudia, con una sonrisa triunfante y el labial como corrido. Cuando vi a Alex intentando limpiarse la boca, no os podéis imaginar lo que me entró por el cuerpo.

—Mamá, Paula, no es lo que estáis pensando —dijo Alex, con la cara completamente blanca.

—Claro que no, eso es que se ha tropezado y ha caído justo en tu boca. Si eso lo haces estando yo aquí, no me quiero ni imaginar lo que pasará cuando me vaya —le dije, y salí del banco.

No quería verlo, ni mucho menos tenerlo delante. Lo primero que hice fue ir su casa, preparar la maleta y salir de allí. No me pensaba marchar de Sevilla, no cuando mi padre estaba ahí, no cuando todavía no había conocido a parte de mi familia.

Estuve vagando por las calles con mi maleta, hasta que me senté en un banco junto a la ribera del río. Ahí, sola y a salvo de miradas indiscretas, lloré lo más grande. Sabía que mi madre me llamaría en cuanto tuviera claro que yo me había desahogado, y no me equivoqué, pues lo hizo media hora después.

—Vete para la puerta de la casa de tu padre, porque, te pongas como te pongas, no te pienso dejar en casa de Alex ni un minuto más —me dijo, y colgó la llamada.

Capítulo 29



Alex

Recibí a Claudia en mi despacho porque el director de mi sucursal me dijo que él no podía atenderla y que tenía una cuenta con demasiados ceros como para que la atendiera cualquier otro empleado. Tengo que decir que, salvo Almudena y Javier, los demás no sabían nada de la historia. Para todos ellos, era una relación que se había terminado de mutuo acuerdo, por lo que Diego no sabía lo que suponía para mí tener que atenderla en este momento.

—Pasa, pero rapidito, que tengo mucho trabajo —le dije.

—Me atenderás hasta que termine de hacer mis gestiones, que para eso soy una clienta importante, sobre todo para ti —me dijo, riendo de una forma muy malvada.

—Te equivocas, para mí eres una clienta más, y como tal te voy a atender. Ahora, si no te importa, dime en lo que te puedo ayudar —le contesté.

Estuvo durante más de media hora liando la perdiz, que si quería una cosa, que si quería otra, que ahora esto no me interesa, que si quiero meter una parte de mi dinero en una inversión. Cuando ya me tenía mareado, me levanté de mi asiento, y la invité a que volviera otro día en el que Diego la pudiera atender.

—Mira, Claudia, no sabes ni lo que quieres, será mejor que te lo pienses y que vuelvas otro día, porque lo único que estás haciendo es hacerme perder el

tiempo —le dije, mientras escuchaba a mi madre fuera, por lo que también estaría Paula, y quería saber a qué habían venido.

—Sí, será mejor que me marche —me respondió, pero cuando fui a abrir la puerta, me cogió de la solapa de la chaqueta y me besó. Os juro por lo más sagrado que no le correspondí a ese beso, pero sabía que me iba a traer consecuencias.

—Mamá, Paula, no es lo que estáis pensando —les dije, completamente descompuesto.

—Claro que no, eso es que se ha tropezado y ha caído justo en tu boca. Si eso lo haces estando yo aquí, no me quiero ni imaginar lo que pasará cuando me vaya —me contestó Paula, y salió corriendo de la sucursal.

—Déjala, no se merece como la estás tratando —me dijo su madre, mientras que la mía me agarró del brazo, y me miró con una mezcla de disgusto y tristeza.

—Seguirá arruinándote la vida mientras que tú sigas permitiéndolo —me dijo mi madre, completamente decepcionada.

—Te juro por lo más sagrado que no ha habido beso, mamá. Ha sido ella, la que me ha cogido por la solapa y me lo ha plantado, en el momento en el que os ha escuchado aquí afuera —le dije a mi madre, pues Mariana había salido de la sucursal detrás de su hija.

—Si tú no le dieras la oportunidad de hacerlo, ella no lo haría. ¿Cuándo vas a espabilar, Alex? ¿En qué momento le pondrás a esa mujer los puntos sobre las íes? ¿Seguirá siendo el viento que mueve tu vida? —me preguntó mi madre.

Mi madre se dio la vuelta y se marchó también, dejándome allí con un enfado de mil pares de cojones y con la mirada inquisidora de Almudena, que tenía una cara que despedía gente.

—He intentado que no entraran, pero no he podido hacer nada —me dijo Javier.

—Yo les dije que estabas reunido… Mira, Alex, o pones al día de tu situación con esta mujer a Diego, o te verás en muchas encerronas de este tipo. Entiendo que es tu trabajo, pero no puede manejar los hilos de tu vida también en este terreno —me aconsejó Almudena.

—¿Qué me tienes que contar, Alex? —me preguntó Diego, en cuanto llegó a mi lado.

—Vamos a tu despacho, allí te contaré todo —le dije, pues más que un jefe era un amigo, y no quería dejarlo al margen, no ahora, no en esta situación.

Nos metimos en el interior de su despacho, y una vez que estuvimos frente a frente, empecé a contarle todo lo que me había pasado con Claudia, desde el primer momento en el que nos conocimos.

Cuando terminé de explicarle todos mis motivos, su cara había cambiado de color. Era como si quisiera contestarme algo, pero no encontrara las palabras adecuadas.

—No sé qué decirte, Alex, de verdad. Tan solo quiero pedirte disculpas, si lo hubiera sabido antes, te aseguro que no te lo habría pedido, pero no volverá a pasar, así tenga que pedir el traslado de su cuenta a otra sucursal del banco —me dijo Diego.

—Gracias, Diego, es normal, tú no sabías nada, así que no tienes que disculparte de nada —le respondí.

—Vete ya, sal y tómate el día libre. Te lo mereces —me dijo, y salí de su despacho con la clara intención de ir a mi casa, de hablar con Paula y de conseguir que me dejara explicarle como había sucedido todo.

La primera bofetada de realidad me da di nada más abrir la puerta, pues allí no estaba Paula. Miré por mi ventana, a ver si estaba en casa de mi madre, pero allí tampoco estaba, allí nada más que se encontraba mi madre, que en cuanto me vio, echó la persiana, para hacerme notar su enfado.

Lo siguiente que miré fue el armario de mi habitación y nada más abrir la puerta, me di cuenta de que ni estaba su maleta ni su ropa colgada, y supe que

la había perdido, tan solo esperaba que no fuera para siempre.

No sabía dónde ir a buscarla, ni siquiera por dónde empezar, pero, de pronto, algo se me vino a la cabeza. Perico, él sabría donde vivía Yotuel. Él era el único que podía ayudarme. Saqué el móvil de mi bolsillo y no dudé en marcar su número.

—Hombre, Don Alejandro Montero. ¿Qué tripa se te ha roto? Porque hace más de un par de meses que no te dignas a llamarme —me dijo, con su típica ironía.

—Perico, te necesito —le dije, en un tono que supo que era algo importante.

—¿En qué te puedo ayudar? Porque no dudes que, si puedo hacerlo, si está en mi mano, lo haré —me respondió, igual de serio que yo le había hablado, dejando a un lado toda la ironía.

—Necesito que me digas donde vive tu tío Yotuel, es de vital importancia que vaya a su casa —le dije.

—No es que desconfíe de ti, pero necesito saber el motivo…

—Es el padre de Paula, y estoy seguro de que ella está allí. He tenido un problema con ella por culpa de Claudia, y es vital que le cuente como ha sido todo —le expliqué.

—Busca donde apuntar, que ahora mismo te lo digo. Espero que puedas solucionarlo —me dijo.

En cuanto tuve la dirección anotada, salí corriendo hasta allí. Estaba en la calle de detrás de mi casa, a menos de cinco minutos andando. Ni siquiera cogí mi chaqueta, salí tal y como estaba, pues, con los nervios, me sobraba hasta la camisa.

Llamé al telefonillo, pero no me abrió nadie. ¿Y si se había ido de vuelta a Cádiz? ¿Y si ya no podía volver a contactar con ella? Me estaba volviendo loco, pero no dejé de insistir. Me iba a quedar allí hasta que pudiera verla y

hablar con ella, aunque eso supusiera tener que esperar a que viniera Yotuel de su guardia.

En un momento dado, un vecino salió del portal, y yo aproveché para entrar y subir hasta su piso. Me planté delante de la puerta, cogí una bocanada de aire y llamé al timbre. No se escuchaba ruido en su interior, ni se veía luz, por lo que llegué a la conclusión de que no había nadie.

Me senté en los escalones que llevaban a la azotea del edificio, de manera que, cuando subieran no me vieran, pero yo a ellas sí, y así poder cogerlas por sorpresa y que no me pudieran evitar. En ese momento recibí una llamada de mi madre, y dudé en contestarle, pero al final, lo hice.

—Dime, mamá —le contesté la llamada.

—Alex, por favor, vuelve a casa. Deja que Paula madure todo, ahora no vas a conseguir nada presionándola. Envíale un mensaje, si quieres, explicándole todo, o contándole como te sientes tú, pero deja que pasen los días antes de ponerte frente a ella —me aconsejó mi madre.

—No puedo, mamá. Va a pensar que no la quiero, que lo que Claudia había hecho era verdad, y no lo ha sido. Necesito explicárselo —argumenté.

—Haz lo que quieras, pero yo esperaría hasta mañana para hablar con ella.

Mi madre cortó la llamada y, pensando en frío, supe que tenía razón, que ahora no iba a conseguir nada, por lo que, me levanté del escalón en el que estaba sentado, me sacudí el trasero y bajé de camino a mi casa, pero no podía entrar en ella y saber que Paula no estaba allí, por lo que decidí que esa noche dormiría en casa de mis padres.

Capítulo 30



Paula

Mi madre no consintió que nos fuéramos a casa de mi padre de inmediato. Según ella, allí sería el primer sitio donde Alex me buscaría en cuanto se diera cuenta de que mis cosas no estaban en su casa. Paramos un taxi y, maleta en mano, nos desplazamos hasta el centro, concretamente hasta la plaza de la Campana.

—Mira, allí hay un establecimiento de comida rápida, vamos a comer algo —me dijo mi madre, intentando animarme.

—No me apetece nada, pero no podemos estar sentadas en un banco con la maleta incluida, o terminarán echándonos alguna monedita pensando que somos indigentes —le dije a mi madre, intentando sonreír, pero mi sonrisa no fue muy convincente.

Nos pedimos dos menús con helado y nos sentamos en una de las mesas de la terraza, pues hacía un día perfecto para estar ahí, y no meternos en el interior del recinto. Estuvimos allí un buen rato, hasta casi las seis de la tarde, que fue cuando nos volvimos a casa, pero esta vez lo hicimos andando, a pesar de que estaba un poquito lejos, pero nos apetecía que nos diera el aire.

—¿Qué vas a hacer, Paula? —me preguntó mi madre, en un momento dado.

—No lo sé. No me quiero marchar todavía, quiero conocer al resto de mi familia, y no veo justo que me tenga que ir por su culpa, cuando no he sido yo la que he jodido nada —le respondí a mi madre.

—No me refería a eso, sino a lo que vas a hacer con respecto a tu relación con Alex —me dijo ella, quitándome la maleta de la mano para llevarla ella durante lo que faltaba de trayecto.

—Pues, con respecto a eso, tampoco lo sé. Lo que sí tengo claro es que no pienso aguantar más escenas de este tipo. No voy a permitir más faltas de respeto hacia mi persona, y mientras que esa mujer siga cerca de Alex, mientras que él no le pare los pies de una vez, seguirá sucediendo —le contesté.

—¿Me dejas darte un consejo? —me dijo mi madre.

—Por supuesto, mamá. Jamás me llegué a imaginar que podríamos estar así, hablando tranquilamente mientras damos un paseo. Contándote mis problemas sin sentirme juzgada —le respondí, mirándola con todo el cariño.

—Creo que deberías dejar el trabajo e irte algún tiempo lejos, pero no me refiero ir a Barcelona o Madrid, sino fuera de España. Esa será la única manera en la que podrás aclarar tus ideas y saber lo que quieres de verdad. Yo creo que voy a hacer caso a tu padre y voy a aceptar su propuesta —me dijo mi madre.

—No me has contado nada. ¿A qué propuesta te refieres? —le pregunté, extrañada, porque no sabía a qué se estaba refiriendo.

—Te lo iba a contar esta mañana, pero como ha pasado todo esto, no lo consideré oportuno. Tu padre me dijo anoche que dejara el trabajo y que me mudara a vivir con él. Podría alquilar la casa para estudiantes, siempre y cuando tú también decidieras venirte, y tenerla para ir en verano — dijo mi madre, y lo vi perfecto.

—Mamá, hazlo. Ya has sacrificado mucho durante toda la vida. Ahora, es tiempo de ser feliz, es lo que te toca. Por mí, no te preocupes, si no me vengo,

me busco algo para vivir, y si me vengo, también, porque no quiero entrometerme en vuestra relación —le dije a mi madre.

—De eso nada. Si te vienes a Sevilla, vivirás con nosotros, que para eso somos tus padres. Y, si decides quedarte allí, en Cádiz, te quedarás en nuestra casa. Aunque, si te soy sincera, me gustaría que, cuando volvieras de tu viaje, te vinieras con nosotros —se sinceró mi madre.

Casi sin darnos cuenta habíamos llegado ya al portal del edificio en el que vivía mi padre. Eran pasadas las ocho de la tarde, pues el paseo lo hicimos lentamente, disfrutando de nuestra compañía. Cuando entramos en la casa, mi padre acababa de salir de la ducha, y vinos a darnos el encuentro con un chándal.

—¿Y esto? —preguntó, señalando mi maleta.

—Me vengo aquí, al menos de momento. ¿Hay algún problema? De verdad que, si quieres estar con mi madre a solas, me cojo un hostal o algo —le dije, pues, realmente no conocía a mi padre y no sabía lo que podía estar pensando.

—¿Qué coño dices de problema? Eres mi hija, mi sangre. No sé cómo será aquí en España, pero en Cuba, la familia es lo primero. Así que, coge esa maleta y ven conmigo, que te voy a enseñar tu habitación, eso sí, ahora me cuentas todo lo que ha pasado, te lo ruego — dijo mi padre, tomando mi mano.

—Gracias, papá. No te preocupes, que ahora mismo te contamos todo —le dije.

Al salir de allí, del banco, y en cuanto que mi madre llegó hasta donde yo estaba, apagué el teléfono, así que no sabía si alguien me había llamado o escrito, aunque suponía que, cuando lo encendiera, tendría mil llamadas y mensajes de Alex.

Cuando me instalé, dejé todo preparado, me di una ducha calentita, que me sentó de maravilla, y me puse mi pijama, saliendo al salón, donde mi madre ya

le había contado todo a mi padre, ahorrándome el tener que verbalizar todo, pues sabía el daño que me iba a causar.

—Paula, estoy de acuerdo con tu madre, y tengo algo que proponerte —me dijo mi padre, en cuanto me senté a su lado en el sofá del salón.

—Tú dirás, papá. ¿Qué es eso que tienes que proponerme? —le pregunté, pues no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

—Quiero que vuelvas a estudiar y para ello, tendrás que dejar el trabajo. Me gustaría que te vinieras a vivir aquí, pero, antes de eso, y tal y como me pediste, he conseguido una semana libre en el trabajo, concretamente, dentro de quince días, y podríamos ir a Cuba a visitar a la abuela —me propuso, y la idea me pareció fantástica.

—Me parece una idea fantástica. Aunque, tendría que ir a Cádiz para recoger todas mis cosas y dejarlo todo listo —le dije a mi padre.

—Si quieres, podemos irnos mañana a primera hora, ya que tengo dos días libres, y el sábado podría ir a recogerte —me indicó.

—No tendré suficiente tiempo, pero bueno, lo más gordo lo puedo dejar solucionado, y así despedirme de mis amigos y compañeros de trabajo —le expliqué, y quedamos en eso.

Nos pusimos a buscar vuelos a Cuba, y encontramos una oferta muy buena para dentro de dos sábados, con el de vuelta para el domingo de la siguiente semana. En total estaríamos fuera de España ocho días. Me moría de ganas por ir allí, por conocer a mi abuela y mis raíces.

—Tendremos que irnos el viernes y pasar la noche en Madrid. Voy a buscar un hotel cerca del aeropuerto, y así poder estar temprano para facturar las maletas. Tendré que hacer una buena compra para poder llevar a mi madre, aunque desde ya te digo que nada que sea exagerado, o nos lo quitarán en la aduana de entrada —dijo mi padre.

El resto de la noche, y mientras cenábamos, estuvimos hablando del viaje. Al día siguiente, iríamos a casa de mi tío a comer, y estaba un poquito

nerviosa, entre otras cosas porque allí estaría mi primo, Perico, que era uno de los mejores amigos de Alex.

Me fui a la cama con todo lo que había pasado en la cabeza. Por un lado, me sentía feliz e ilusionada por el viaje, porque era la primera vez que salíamos de vacaciones, y encima, lo haríamos en familia. Pero, por otro, me pesaba en el alma todo lo que había sucedido con Alex. Sentía mi corazón pisoteado, humillado y jamás podría haber pensado que mi primera relación sería así, tan dura y dolorosa.

Me quedé dormida, y cuando abrí los ojos y miré mi reloj, eran más de las doce de la mañana. En el momento en el que salí del dormitorio, vi que me encontraba sola, y al llegar a la cocina, me encontré una nota en la nevera, sujeta por un imán de la ciudad.

"Cariño, hemos salido al mercado a comprar fruta y verdura fresca. Luego iremos a algún sitio a tomar el aperitivo, si te encuentras con ganas, si te apetece, llámanos y te decimos donde estamos. Si no es así, volvemos a la hora de comer. Un beso".

No me apetecía nada tener que vestirme para salir, no me encontraba demasiado bien, ni con ánimo para ir a ningún sitio y tener que socializar con nadie. Mi tío había anulado la comida, ya que estaba con gripe, y no quería que nos contagiáramos todos, con lo que, después de desayunar algo, me metí en la cocina para preparar la comida y que estuviera lista cuando mis padres llegaran.

Capítulo 31



Alex

Intenté ponerme en contacto con Paula de todas las maneras habidas y por haber. Su teléfono móvil estaba apagado, por lo que, ni le llegaban los mensajes ni me contestaba a las miles de llamadas que le hice. Solo me quedaba ir a casa de su padre, e iría en cuanto que saliera del banco esta mañana. Había dejado pasar ya casi una semana desde ese día, siguiendo los consejos de mi madre.

Mi jornada laboral se me hizo eterna, no veía la hora en la que picar para salir de allí. En este día, ni siquiera había tenido que salir a notaría o a ver a algún cliente, por lo que, estar encerrado entre esas cuatro paredes era lo peor del mundo.

—Venga, chicos, que ya tan solo queda media hora para poder marcharnos —dijo Almudena, intentando animarnos, porque Javier estaba igual o más agobiado que yo.

—Una media hora que se me está haciendo eterna. Parece que los minutos no pasan —dijo Javier.

—Ni que lo digas. He estado dos veces por mirar a ver si el reloj se había quedado sin pilas —les dije a los dos.

Ese ratito lo aproveché para ponerme al día con los correos electrónicos, que no había revisado en toda la mañana, de esa manera, pensé que se me

pasaría más rápido, pero nada más lejos de la realidad, pues seguía mirando el reloj cada minuto y medio.

Por fin había llegado la hora de salir, y no dije ni adiós. Cogí mi chaqueta y mis cosas, y salí pitando hacia la casa de Yotuel. Me fui andando, ya que quedaba cerca y al llegar, como me encontré el portal abierto, subí las escaleras de dos en dos.

—No insistas, corazón. Yotuel y su familia se fueron esta mañana de viaje. No vuelven hasta el domingo —me dijo una vecina.

—¿Sabe usted a dónde han ido? —pregunté, porque si había sido a Cádiz, cogía ahora mismo el coche, aunque me tuviera que volver de madrugada.

—Pues, iban para Madrid, y luego iban para su tierra. Quería que su hija conociera a la familia cubana —me dijo, y os prometo que fue como si me pusieran una losa en la cabeza.

—Gracias por todo. Si usted los ve antes que yo, ¿le podría decir que Alex tiene que hablar con Paula urgentemente? —le dije, y no sé por qué lo hice, puesto que esa señora no los iba a ver hasta el domingo, como así me confirmó.

—Mijo, lo siento, pero no creo que los vea antes, ya que, como no me toque una primitiva y me pueda ir a ver a mi gente… —me dijo ella, con cierta nostalgia.

—Lo siento, pero es que la desesperación no me deja pensar con claridad. Gracias, de nuevo, y buenas tardes —le dije, dándome la vuelta para marcharme.

No sabía que pensar. ¿Y si se enamora de algún cubano mientras está allí? ¿Y si decide no volver y quedarse en Cuba durante una temporada? No quería pensar más de la cuenta, o terminaría volviéndome loco.

Había una cosa que tenía más que clara, y es que iba a hablar con Claudia, pero no lo haría a solas, quedaría con ella cuando mis amigos pudieran estar,

para que no hubiera malas interpretaciones, pues quería dejarle clarito que, si se me volvía a acercar, la iba a denunciar por acoso.

Me volví a mi casa, ni siquiera fui a casa de mis padres, pues no tenía ganas de seguir escuchando sermones ni reproches. Me di una ducha y me dispuse a hacer un plato de pasta para comer, pues ni ganas de meterme en la cocina tenía.

Una vez me senté en el sofá, envié un mensaje al grupo que tenía con mis amigos, para explicarles todo y ver cuando podían quedar conmigo, para así avisar a Claudia y que estuvieran delante.

Alex: *Chicos, me ha sucedido algo con Claudia que me ha costado mi relación con Paula. No sé si seré capaz de recuperarla, pero quiero terminar con todo de una puta vez, y para ello, necesito vuestra ayuda.*

Alfonso: *No tengo ni idea de lo que te puede haber pasado, pues la última noticia que tuve vuestra era que se iba a pasar la semana contigo a Sevilla. De todas formas, cuenta conmigo para lo que necesites.*

Perico: *Aunque Paula tiene mi sangre y pueda considerarlo una traición, sabes que estoy y estaré aquí siempre que me llames.*

Felipe: *A muerte contigo, y si es para terminar con esa lacra de mujer, mucho más. Pon día y hora, y allí estaremos.*

Estuvimos un buen rato más hablando por el grupo, y los puse al día de todo lo que había sucedido en ese fatídico día. Los insultos hacia Claudia se dejaron ver, claramente en mi defensa. No me gustaba tampoco que se pusieran a su altura, lo único que quería era que estuvieran a mi lado, que me arroparan en mi decisión.

Al final, quedamos que sería ese mismo sábado, o sea, al día siguiente, por la noche, cuando quedaríamos para cenar en el restaurante del puente de Triana, así que le enviaría un mensaje quedando con ella allí.

Alex: *Te espero mañana a las nueve en el restaurante del puente, tenemos que hablar largo y tendido, y muy seriamente.*

En ese momento no me contestó, pero sí que lo hizo al cabo de una hora y media más o menos, justo cuando estaba preparándome un café y mi madre llamaba a mi puerta.

Claudia: *Espero que te lo hayas pensado bien y tu decisión sea la correcta. Prometo darte una noche inolvidable.*

—¿Se puede saber a qué viene ese mensaje? —me preguntó mi madre, que vio el móvil encima de la mesa.

—Quiero terminar con todo de una vez, y que no vuelva a acercarse a mí. Por eso, he quedado con ella mañana, pero no es lo que te imaginas, porque no lo haré solo, estarán todos allí, conmigo —le respondí, y la vi como soltaba el aire que tenía retenido.

—Esa mujer es un cáncer en tu vida, y mira que no me gusta nada nombrar esa palabra —me contestó mi madre.

—Pues espero que sea lo definitivo y me la pueda quitar de encima a la voz de ya —le respondí.

Mientras tomábamos café, la puse al día de mis intenciones, y me animó a que no me echara atrás, a que siguiera adelante con todo.

—Eso es lo que tienes que hacer. Ponerte firme —me dijo mi madre.

Casi sin darnos cuenta, habían pasado más de dos horas desde que nos sentamos a tomar esa taza de café. Siempre nos pasaba eso cuando estábamos juntos, que se nos iba el tiempo volando.

—Bueno, hijo, me marcho ya, que tu padre habrá pensado que me he fugado —me dijo, y eso me recordó que Paula se había marchado, y le pregunté a mi madre si ella sabía algo.

—Mamá, un momento, ¿tú sabías que Paula y su familia se habían marchado a Cuba? —le pregunté.

—Sí que sabía que tenían pensado viajar, pero no sabía el día exacto —me respondió ella.

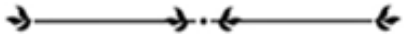
—¿Por qué no me has dicho nada? Joder, podría haber hablado con ella antes de que se hubiera marchado —le dije, muy enfadado.

—Pues si no te lo he dicho es por algo muy sencillo. Primero, tienes que cortar toda relación con esa mujer y luego, hablar con ella, pero desde el corazón. Y para que eso suceda, ella también tiene que abrir el suyo, tiene que tener las cosas muy claras, de lo que quiere y lo que no. Este viaje le va a venir muy bien para hacerlo, para que, cuando vuelva, esté renovada y sea capaz de tenerte delante sin ningún resentimiento. No seas tan impulsivo, Alex, con la edad, te darás cuenta de que las cosas se hacen mejor en frío que en caliente, que puede llevarte a decir y hacer cosas que no quieres —me dijo mi madre.

Mientras que me preparaba un sándwich para cenar, pues no me apetecía nada más, las palabras de mi madre estaban dando vueltas en mi cabeza. ¿Y si tenía razón y lo mejor era esperar? Ahora tenía que centrar toda mi atención en el plan para eliminar a Claudia de una vez por todas de mi vida. Maldecía la hora en la que había vuelto, pero, mucho más, el instante en el que me fijé en ella. Si no lo hubiera hecho, me habría ahorrado mucho sufrimiento. Pero como decía mi padre, todo pasa por algo, y a lo mejor, tenía que aparecer ella para que tuviera claro lo que sentía por Paula, y lo importante que era para mí.

Me fui a la cama con la sensación de que todo estaba a punto de cambiar, lo que no sabía era en qué sentido.

Capítulo 32



Paula

Había llegado el momento de ir a visitar a mi familia. Ya teníamos todo el equipaje preparado, y estaba loca por emprender ese viaje. Hasta Madrid iríamos en el tren, pues mi padre no quería conducir y dejar el coche allí en el aparcamiento, y el billete de avión, cogerlo tan precipitado, se iba por las nubes.

—¿Lo llevas todo? —me preguntó mi padre, antes de salir.

—Sí, creo que no me dejo nada. Si recuerdo algo que me sea necesario, lo puedo comprar en el aeropuerto —le respondí.

—Eso te iba a decir, que allí no podrás encontrar muchas cosas básicas de las que tienes aquí. Lo mismo y vosotros, al ser turistas, podéis acceder a más cosas, pero yo, como nativo, no tengo acceso a mucho —nos dijo mi padre.

—Eso he leído, y no entiendo cómo se puede vivir así, de verdad que no. Ojalá y tu madre decida venirse con nosotros —le dijo mi madre.

—Ahí también estás equivocada, mi amor. Si mi madre decidiera venirse, cosa que dudo mucho, no sería de manera inmediata. Tendría que llevar a cabo mucho papeleo y mínimo, tardaría tres meses en poder viajar. Las cosas allí son muy diferentes —nos explicó mi padre.

El trayecto hasta Madrid fue muy tranquilo, yo lo pasé leyendo en mi libro electrónico y mis padres, haciendo planes para la vuelta, de como irían a Cádiz a terminar de recoger todas nuestras cosas, porque, tanto mi madre, como yo, habíamos dejado el trabajo. Yo ya había enviado un montón de currículos allí en Sevilla porque, si os pensáis que iba a vivir a costa de mi padre, estáis completamente equivocados. Además de eso, tenía un buen colchón económico de todos estos años en los que había trabajado.

En el instante en el que el piloto nos dijo que estábamos a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional José Martí de la Habana, los nervios se me agarraron en el estómago. Mi padre tenía una sonrisa difícil de ignorar, y cogió la mano de mi madre, que le devolvió la sonrisa.

—No veo el momento de volver a abrazar a mi madre —dijo mi padre.

—¿Hay mucha distancia desde aquí a donde vive mi abuela? —pregunté, porque no sabía las distancias que había en ese país.

—Unos treinta minutos más o menos en coche, todo depende del coche que cojamos y de como esté el tráfico, pero, como mucho, unos cuarenta y cinco, no más —dijo mi padre.

—Pues estoy deseando llegar. ¿Ella lo sabe? ¿Se lo has contado? —le pregunté a mi padre.

—Ella no sabe nada, ni siquiera conoce tu existencia. Se lo iba a decir, pero pensé que mejor te viera ella con sus propios ojos —me contestó, algo nervioso.

—Espero que esté bien del corazón, porque la impresión va a ser cojonuda —dijo mi madre, y todos soltamos una carcajada.

Tomamos un taxi de allí, de los que estaban aparcados fuera, recogiendo a gente del aeropuerto y mi padre le dio la dirección de la casa de mi abuela. Era impresionante ver como iba cambiando el paisaje, pasando de la zona rica a la pobre, y cada vez me iba sorprendiendo más.

Cuando el taxista paró en la puerta de la casa de mi abuela, me quedé anonadada, no es que fuera una casa como las que estamos acostumbrados a ver en España, ni mucho menos, pero después de todo lo que había visto hasta llegar aquí, me pareció una mansión. Eso sí, hacía un calor de muerte.

—¡Ay, mijo, qué alegría volver a verte! Lo calladito que se lo ha tenido tu madre esta vez, con lo que ella presume de que van a venir a verla sus hijos. ¿Has venido tú solo esta vez? —le preguntó una mujer mayor que estaba sentada en la puerta del edificio, porque no era una casa para una sola persona.

—Ella no lo sabe, Mariela, es una sorpresa. Y esta vez he venido con mi mujer y mi hija —le respondió mi padre, orgulloso de nosotros.

—¡¿Cómo?! De eso no sabíamos nada, mijo —le dijo ella, sorprendida.

—Es una historia muy larga, Mariela, pero como vamos a estar aquí una semana, te la cuento luego, que estoy deseando abrazar a mi madre y que conozca a su nieta —le dijo, dándole un beso en la cabeza a la mujer.

Atravesamos el umbral y lo que nos esperaba dentro, nada tenía que ver con lo que había afuera, en la calle. Me sorprendió enormemente encontrarme con un patio repleto de flores de muchos colores y con dos plantas en las que estaban distribuidos los pisos. Desde abajo se veía a unos limpiando, otros arreglando cosas y había un olor a comida impresionante.

La algarabía que se formó cuando todos se dieron cuenta de la presencia de mi padre, fue digna de haberla grabado, porque era alegría y dicha genuina. Hubo abrazos y besos hasta que una señora mayor, que supe enseguida que se trataba de mi abuela, salió alertada por los gritos y las muestras de alegría.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? ¿Alguien se ha sacado la lotería y viene a celebrarlo con nosotros? —dijo mi abuela, asomada a una especie de balcón que había en el corredor que daba al patio.

—¡Ay, mija, a ti es a la que le ha tocado la lotería, pero no en dinero, en sorpresa! —le dijo una de las vecinas.

—¡¿A mí?! —preguntó mi abuela, asombrada.

—Hola, mamá —dijo mi padre, desde el patio, pues ella no se había dado cuenta de su presencia, todavía.

—¿Yotuel? ¿De verdad eres tú? —preguntó ella, llorando, y sin capacidad de reacción.

Mi padre se bebió las escaleras hasta llegar hasta ella. En el momento en el que se abrazaron, las lágrimas ya corrían por las mejillas de todos, desde ellos dos hasta mi madre y yo, que ya tenía un nudo en el pecho. Vimos como mi padre le decía algo a mi abuela, que nos miró completamente sorprendida.

—Paula, Mariana, subid, por favor. Quiero presentaros a mi madre —dijo mi padre desde la barandilla, asomado para que lo viéramos.

Subimos hasta el segundo piso, donde se encontraban ellos, y mi abuela, sin decir absolutamente nada, abrazó a mi madre de una manera de lo más maternal, como si estuviera agradeciendo al cielo que su hijo fuera feliz.

—Paula, hija, eres igualita a tu tía María. Ven aquí y dale un beso a tu anciana abuela —me dijo ella, emocionada.

—Abuela, qué ganas tenía de conocerte y de darte un achuchón —le dije, y le di un abrazo que la cogí en brazos y empecé a dar vueltas con ella.

Mi abuela era pequeñita, pequeñita. Tenía el pelo completamente blanco, recogido en un moño bajo. Sus manos mostraban claramente que había sido una trabajadora, pues sus callos y sus dedos lo demostraban. No me pude reprimir a decirle lo que me parecía, y estaba dispuesta a convencerla durante toda la semana que permaneceríamos aquí.

—Abuela, que sepas que voy a darte la brasa todos y cada uno de los días que permanezca aquí para que te vengas con nosotros a España —le dije, sin soltarla del brazo.

—Ay, mija, yo ya soy una ancianita que quiere morir tranquilita en su casa. Irme a España supondría tener que irme a vivir con tus padres, y eso sí que no lo voy a hacer, porque sería cortarle las alas —me dijo mi abuela.

—Pues eso tiene fácil solución, no te vayas a vivir con ellos, te vienes conmigo a mi casa y dejamos a los tortolitos a solas —le respondí yo, y tuve que soltar una carcajada por la cara que puso.

—Eso, menos todavía, mija. Tú eres joven, tienes que entrar y salir…

—Abuela, ni que tuviera que llevarte a hombros como los toreros. Saldré y entraré todas las veces que sean necesarias, pero también disfrutaré y recuperaré todos los años perdidos con mi abuela —la interrumpí.

Dejamos esa conversación pendiente para otro momento, y subimos las maletas hasta la casa de mi abuela. No había lujos, más bien todo lo contrario, pero se sentía un hogar. Me encontraba allí como nunca antes me había sentido. Tenía una tranquilidad y una paz que no había tenido en la vida. Era como, si de una vez por todas, cada una de las piezas del puzle de mi vida estuvieran en el lugar y en el momento correcto.

Cuando mi abuela vio todo lo que le llevábamos, tanto de ropa como de productos de higiene, se llevó las manos a la cabeza, y entendí que, lo que para nosotros era lo más común, para ellos era algo excepcional, y me di cuenta de la suerte que habíamos tenido de nacer donde lo habíamos hecho.

—Todo esto es mucho para mí sola, mijo. Creo que tendría que compartir con mis vecinos —dijo mi abuela.

—Es todo tuyo, así que haz con ello lo que te plazca, mamá —le dijo mi padre, y ella salió a llamar a todos los vecinos para que subieran.

Capítulo 33



Paula

No os podéis ni imaginar lo agradecida que era esa gente. En cuanto que mi abuela salió al pasillo y les dio una voz para que subieran, a todos les faltó tiempo, pero no porque supieran que les traían regalos, sino porque pensaban que le sucedía algo a mi abuela.

—Mirad, mijos, lo que nos han traído Yotuel y su familia —les dijo, mostrando todos los artículos que estaban expuestos encima de la mesa.

—Ay, Micaela, pero eso será para ti, no para nosotros. Aunque ya te pediremos algo cuando nos haga falta —dijo un chico mulato de unos treinta años, con una sonrisa de anuncio.

—Mijo, aquí, en mi casa, al igual que en las de todos los que vivimos aquí, lo que hay es de todos. Así que, vamos a repartir equitativamente, porque no es lo mismo para una persona que para tres, o para seis, como en el caso de Mariela —le dijo mi abuela.

Los puso a todos en fila, apartó lo que le iba a hacer falta para ella, y el resto, y tal y como había dicho, lo fue repartiendo según las necesidades de cada uno, hasta que se quedó sin nada más que lo suyo.

—Papá, me parece que tendremos que ir a hacer una buena compra, la nevera de la abuela está temblando —le dije a mi padre, de manera

disimulada, pues tampoco quería que mi abuela se sintiera mal con mi comentario.

—Paula, cariño, aquí no es como en España, pero intentaremos comprar lo máximo posible. Lo mismo y ustedes, como sois turistas, podéis tener acceso a algo más, pero no creas que van a ser productos como los que podemos encontrar en un supermercado en Sevilla o en Cádiz, ni mucho menos —me respondió él.

En ese momento, entró una niña de unos cinco años que era una preciosidad. Morena, con el pelo rizado y unos ojos grises que se le salían de la cara, de lo grande que los tenía, además, enmarcados en unas inmensas pestañas.

—Micaela… uy, perdón, no sabía que había visitas —dijo la niña, quedándose completamente cortada.

—Ay, Ailed, mi amor, no te preocupes, que son mi hijo y su familia. ¿Qué te ocurre, mi vida? —le preguntó mi abuela, con mucho amor.

—Es mi madre, que me manda por si tú me puedes dar algo de comer, que no tenemos nada y hoy no ha podido salir a trabajar —dijo la niña, y os prometo que se me partió el alma.

—Claro que sí, mi niña. Faltaría más. Dame un minuto y ahora mismo te lo preparo —dijo mi abuela, y un nudo se me hizo en la garganta.

Dejamos a la niña en el saloncito, sentada con mis padres, que no paraban de hablar con ella, y me fui con mi abuela a la cocina. Tenía que saber la historia de esta niña, y no iba a parar hasta que no me la contaran.

—Abuela, ¿qué le pasa a la madre de esa pequeña? —le pregunté, yendo directa al grano.

—Ay, mi niña, no sé qué va a ser de esta pequeña en unos meses…

—Háblame claro, por favor —le pedí.

—Su madre está enferma, no tiene dinero para la medicación, pero, aunque lo tuviera, tampoco tenemos acceso a eso. Aquí no es como en tu tierra, bonita. Además de eso, que su enfermedad está terminal. Hay días, como hoy, en los que no se puede levantar ni de la cama. En esas ocasiones, somos nosotros, cualquiera de los vecinos, los que les damos para comer —me contó.

—¿Qué podría hacer por ella? Tanto por la niña como por su madre —le pregunté.

—Por su madre, poco se puede hacer. Con respecto a la niña, pues no sé, mi amor, sería cuestión de hablar con Malena, su madre —me respondió.

Me fui al salón con algo en la cabeza, pero no quería decir nada hasta que no hubiera madurado la idea. Mi abuela le sirvió dos platos de arroz con pollo, que era lo que normalmente comían, y eso cuando había de ambos ingredientes, que muchas veces, brillaban por su ausencia.

Ver a esa niña tan pequeña, pero tan adulta a la vez, me estaba desgarrando el alma. Nadie debería verse en esa situación, y tenía una semana para encontrar una solución, porque la iba a encontrar hasta devanarme los sesos.

—Paula, ¿me acompañas a comprar? —me dijo mi padre después de comer.

—Esta noche hay fiesta, mijo, por vuestra llegada —dijo mi abuela, y la miré extrañada.

Por el camino hasta el supermercado, mi padre me fue contando cosas de los vecinos que me impactaron muchísimo, pues se notaba que era un pueblo de lo más solidario. Allí, lo que tenía uno, era de todos, y lo poquito que había, si llegaba alguien de visita, se ponía en común para todos.

—Papá, esa niña, Ailed, ¿se podría hacer algo por ella? —le pregunté.

—¿A qué te refieres, Paula? ¿Quieres comprarle algo a ella? Pues para eso, me temo que tendrás que acudir a la zona de los turistas, porque por aquí no vas a encontrar nada —me contestó mi padre.

—Eso también, pero me refiero a su futuro. Su madre está a punto de morir, se va a quedar sola en la vida… ¿Cómo va a salir adelante? —le dije, y no pude reprimir que un par de lágrimas se me escaparan de los ojos.

—No dudo que cualquiera del bloque se hará cargo de ella, pero sé a lo que te refieres. Tendríamos que hablar, primero, con tu madre, a ver si ella está dispuesta, y luego, con la suya, para saber si quiere dejar ir a su hija, darla en adopción —me respondió mi padre.

—¿En serio estarías dispuesto a adoptarla? A mí me encantaría, pero en estos momentos, ni tengo medios ni puedo hacerlo —le dije.

—Déjame hablarlo con tu madre, y luego te digo algo —me respondió mi padre.

Efectivamente, lo que allí llamaban supermercado, no era más que una pequeña tiendecita donde, en su mayoría, vendían pollo y arroz. Lo tuve claro, esa gente se merecía mucho más que eso, por lo que no dudé en decirle a mi padre que me llevara a la parte turística, quería que tuvieran lo mejor, y no dudaría en comprarlo.

Allí sí que encontramos de todo, y llené un carro con todo lo mejor, sobre todo para los niños, a los que compré chocolates y chucherías, que para ellos era todo un lujo. También le compré a Ailed algo de ropa, pues la que llevaba se notaba que era herencia de una herencia, y que, al menos, la habían llevado tres o cuatro personas antes.

Íbamos tan cargados que, sin dudarlo, mi padre paró al primer muchacho que pasó por allí y por dos euros, nos ayudó a cargar las bolsas. Poco después, en cuanto que dos o tres chicos más se dieron cuenta de que podían ganar algo de dinero, no dudaron en ayudarnos también. Al final, por menos de diez euros, mi padre y yo tan solo llevábamos un par de bolsas.

—Esto se lo propones tú a un chico de esta edad en España, y te hace un corte de mangas —le dije a mi padre.

—Para ellos, dos euros, es una pequeña fortuna. Ten en cuenta que aquí, en Cuba, el salario está rondando los veinte euros —me explicó mi padre.

—¿A la semana? ¡Eso es esclavitud! —exclamé, indignada, y mi padre soltó una carcajada.

—Al mes, Paula. Aquí, el que gana veinte euros a la semana, es considerado de clase media, por no decirte alta —me respondió, y me quede alucinando.

Lo que nosotros nos gastábamos en una cerveza o en ir al cine, para ellos era el sueldo de un mes, lo que tenían para sacar a su familia adelante, y para mí, era algo incomprensible, os lo prometo.

Llegamos allí, y todos se volvieron locos. Allí la vida se hacía en la calle, en el patio, así que llamé a los niños y, uno por uno, les fui entregando los chocolates y las chucherías. Ver esas caritas, completamente alucinadas, por las cosas que habíamos llevado y les estábamos entregando, no tenía precio.

—Esta noche la cena la cocino yo, os vais a chupar los dedos —dijo mi madre, que, aunque no había venido, me había encargado los ingredientes para hacer un buen puchero y una tortilla de patatas.

Si los niños eran agradecidos, no os podéis imaginar lo que lo eran los mayores. Cuando fuimos sacando de la bolsa lo que habíamos comprado para cada uno de ellos, les faltó sacarnos a hombros, como los toreros.

—En mi vida había visto tanta comida junta —dijo Dayron, el chico de la sonrisa de anuncio.

—Mijo, esto es solo el principio, ya verás, mi niño es así, no tiene nada suyo —dijo mi abuela, dirigiéndose al chico.

—Pues no ha sido idea mía, sino de mi hija. Así que, si hay que agradecérselo a alguien, es a ella, no a mí —respondió mi padre.

Capítulo 34



Paula

Aquella noche fue una fiesta, tanto por la mesa que, entre todos, montaron, como por la cantidad de comida que había. Mi madre pudo hacer su puchero, en una olla que había vivido tiempos mejores, pero que cumplió su cometido a la perfección. Buscaron sillas por todas partes, se montó una mesa enorme donde cupimos todos, incluida la madre de Ailed, que nos miraba agradecida.

—Mañana te voy a llevar a ver el Malecón, y a tomarnos un mojito genuino, te lo aseguro —me dijo Dayron, en un momento dado.

—Me muero por conocerlo. Vivo en una ciudad que dicen que se parece mucho a esta, y estoy loca por comprobarlo —le respondí.

—¡Quién pudiera salir de aquí y verla! —exclamó.

—Dayron, es planteártelo y empezar a mover papeles. No te va a ser fácil, te lo aseguro, pero con tesón y esfuerzo, lo lograrás, seguro —le contestó mi padre.

Estuvimos un buen rato hablando de todo y de nada en concreto. Los vecinos pusieron música y empezaron a bailar. Los niños tenían un arte increíble, era como si llevaran el ritmo en la sangre y en las caderas. En un momento determinado, Dayron tiró de mi mano, y me sacó a bailar. Os prometo que nunca en la vida había bailado con nadie de esta manera, mientras que mis padres soltaron una carcajada al ver mi cara de sorpresa.

—¡Ay, mija, suéltate, que pareces que estás hecha de cartón! —dijo mi abuela, provocando la carcajada en todos los presentes.

—¡Abuela! Si no he bailado nada así en mi vida. Como mucho, una sevillana, y cuando era pequeña que mi madre me llevaba a clases de flamenco —le dije yo, sin parar de reír.

—¡Venga, españolita, mueve esas caderas! —me soltó Mariela, con mucha gracia.

Y me solté, dejé mis prejuicios a un lado y permití que el ritmo se apoderara de mí, que la música corriera por mis venas. Mi padre, mientras, cogió su teléfono y empezó a grabarnos, una canción tras otra, hasta que ya me dolieron los pies.

—Dayron, ya, por favor, que no puedo más —le dije al chico con la sonrisa más bonita que había visto en mi vida.

—Venga, descansa y vamos a tomarnos un ron, luego volvemos a la pista de baile —me respondió, sonriendo, como siempre.

En esa casa los problemas no permitían que se perdieran las sonrisas. Era como si la llevaran pintada en la cara, y me di cuenta de que esa era la clave para seguir adelante, pues, de lo contrario, estarían muertos en vida, porque la situación de la mayoría de ellos era insostenible.

No había bebido alcohol en la vida, pero esa noche me bebí un ron casero, uno que hacían ellos con caña de azúcar, y que entraba que daba gusto, por el sabor dulzón que tenía. Mi padre me miraba, riendo a carcajadas, y mi madre negaba con la cabeza.

—Hija, no bebas más o terminarás lamentándolo —me dijo mi padre, sin parar de reír.

—Papá, esto está buenísimo, así que, no puede ser tan malo que yo me tome dos o tres —le dije, pero ya empezaba a notar como mi lengua se estaba trabando.

—Tan bueno que, como sigas así, mañana no te vas a poder levantar de la cama de la resaca que vas a tener —dijo mi madre.

Decidí parar un rato, porque ya me daba todo vueltas, y me senté al lado de mi padre. Lo había visto hablar con la madre de Ailed, mientras ella lo miraba agradecida y le contestaba. No me iba a quedar con la duda, por lo que no me lo pensé y le pregunté a mi padre.

—¿Qué has hablado con la madre de Ailed? Me mata la curiosidad por saberlo —le pregunté.

—Pues le he planteado que me dé la adopción en vida de la niña. Si ella lo hace así, tardaremos menos en hacer los trámites correspondientes, y puede que nos la podamos llevar antes de tiempo, así no tendrá que ver los últimos momentos de su madre —me contestó.

—Y ella… ¿qué te ha respondido a esa propuesta? —continué preguntando.

—Me ha dicho que sí. Tu madre y yo vamos a casarnos, aquí, dentro de unos días. De ese modo, tendré quince días de vacaciones más por enlace, y podré arreglarlo todo. Además de que, de ese modo, tendremos más posibilidades de que nos den la adopción de Ailed —me dijo mi padre, y empecé a saltar y a dar palmas.

—¿Me lo dices en serio? Pues yo también me quedo —le dije, muy contenta por todo.

—Por supuesto que sí. Además, me llevaré a tu madre unos días a un complejo hotelero en Varadero, como luna de miel. Cuando volvamos, haremos una celebración con nuestra gente de allí, de Sevilla y de Cádiz —me dijo, y me pareció una idea estupenda.

Estuvimos un buen rato hablando. Al día siguiente, mi padre iría a organizar todo lo de la boda, para que fuera al día siguiente, para, de este modo, empezar con los trámites de la adopción de la niña. Mi madre estaba completamente emocionada, tanto con una cosa como con la otra.

—Que os quede claro que esta niña va a llegar muy alto, es inteligente y resolutiva, a pesar de su corta edad, sabe valerse por sí misma —le dije a mis padres.

—Ni que lo digas, a esta no la voy a poder manejar como a ti —dijo mi madre, bromeando, por supuesto.

—Ni yo te lo voy a permitir, así me la tenga que llevar conmigo —le respondí, con el dedo acusador.

Seguimos hablando de todo, pues mi abuela decía que mi madre tenía que ir vestida de novia, que no podía casarse de cualquier manera y Mariela, de momento, sacó un vestido y dijo que ella lo arreglaba para que mi madre se viera espectacular. Ellas dos cogieron el móvil de mi madre y se pusieron a buscar algo que no fuera demasiado ostentoso, pero que, a la vez, fuera de lo más elegante.

Yo cogí mi móvil y le envié a Marta los videos que me había grabado mi padre, quedando con ella en que la llamaría al día siguiente, pues en España debía ser una hora intempestiva. Ni siquiera me había molestado en calcular la hora que era, para que nos vamos a engañar. El alcohol todavía corría por mi sangre, y hacía las cosas sin pensarlas mucho, la verdad.

Cuando ya no podía más con mi cuerpo, porque habíamos continuado bailando y celebrando que estábamos todos juntos, decidí irme a la cama. Mi abuela me había preparado una camita en su misma habitación, pues la otra, la grande, se la había dejado a mis padres.

Según me contó, ella ya no dormía en esa habitación desde que falleció mi abuelo. Decía que no podía hacerlo en una cama tan grande, que lo echaba demasiado en falta y que, su lado de la cama siempre estaba frío. Ella también se vino conmigo, mientras que los demás continuaban de juerga. Jamás había visto a mi madre de esa manera, os lo prometo, me tenía completamente alucinada.

—Güerita, no sabía que tenías tan poco aguante. Si ahora, casi comienza la fiesta —me dijo Dayron, desde abajo, en el patio.

—Pégate tú un viaje de tantas horas y no te tomes ni un descanso, a ver como estás a estas horas —le contesté.

—Descansa, porque mañana te espera un día de lo más ajetreado, te lo prometo. No te voy a dejar descansar ni un solo minuto —me dijo él, con mucha guasa.

Dayron era una de esas personas que se ganan tu cariño y tu confianza en pocos minutos. Por eso, porque me sentía segura a su lado, le conté todo lo que me había pasado con Alex, y lo confundida que me sentía.

—Mija, de eso hablamos mañana, porque, aunque te dé mil consejos, con el alcohol que llevas encima, no te acordarás de nada de lo que te diga —me dijo, y solté una carcajada.

Era verdad que había bebido mucho, y que no estaba acostumbrada, pero no creía que al día siguiente no lo recordara. Lo había hablado todo completamente consciente de lo que hacía, y lo volvería a hacer al día siguiente, pero ahora, tan solo me quedaba descansar y dormir, pues me encontraba completamente agotada.

En el momento en el que puse la cabeza en la almohada, mis ojos se cerraron inmediatamente, pero la última imagen que acudió a mi mente fue la cara de Alex. Lo echaba terriblemente de menos, y era inevitable que se me saltaran las lágrimas, esas que me limpié con rabia, con impotencia, porque no entendía que nos había pasado. Como esa mujer se había interpuesto en eso tan bonito que estábamos empezando, y que él le permitió.

Capítulo 35



Alex

Ahí estábamos todos, esperando en el restaurante a que apareciera ella. Ojalá y fuera la última vez que la tuviera delante, que desapareciera de mi vida de una vez por todas. Yo estaba en una mesa, solo, pero, en cuanto que apareciera Claudia, mis amigos, que estaban en la barra, se sentarían con nosotros. Si lo había hecho de esta manera era para que no se marchara en cuanto viera que había más gente. Marta, la amiga de Paula, había venido a pasar el fin de semana a casa de Alfonso, por lo que también estaba presente en esa reunión.

—No me quiero imaginar como es esa mujer si tenéis que venir al rescate de Alex —oí que le decía a su chico.

—Todo lo peor que te puedas imaginar, multiplícalo por mil —le respondió Perico.

—Por ahí viene, estad atentos —dijo Felipe, ya que Alfonso estaba tan pendiente de mí que no había ni escuchado a su chica.

La vimos aparecer como la que venía de boda. Llevaba un vestido azul marino que le marcaba hasta las ojeras, con un taconazo enorme, que hacía resaltar sus piernas. No voy a decir que no fuera una mujer que llamaba la atención, tanto por su cuerpo como por la seguridad con la que se movía, porque eso sería mentir. Muestra de ello es que, desde que atravesó la puerta

del restaurante, todos los hombres que estaban allí tuvieron que volver la cabeza para mirarla.

—Hola, cariño, ya estoy aquí —me dijo e intentó darme un beso en los labios, pero eché mi cabeza hacia detrás.

—Ni soy tu cariño, ni lo voy a ser nunca —le respondí.

En ese momento, todos mis amigos se sentaron en las sillas que quedaban libres, ante la mirada de asombro de Claudia, que no tenía ni puta idea de porqué le había llamado.

—¿Me puedes explicar que significa todo esto? —me preguntó, visiblemente enfadada.

—Por supuesto. No quiero, ni voy a permitir, que te vuelvas a acercar a mí más en la vida. Te quiero lo más lejos posible y, si no lo haces, no tendré más remedio que denunciarte por acoso y pedir una orden de alejamiento…

—¿Pensabas que quería volver contigo? No me seas más ingenuo, Alex, por favor, que ya tienes una edad. Si me he acercado a ti ha sido para pasar un buen rato, nada más. En mi vida hay un hombre, con el que vivo, al que, de vez en cuando, le gusta compartirme con otro hombre, con la única condición de que lo tengo que buscar yo. Siempre pensé que te gustaría meterte de nuevo entre mis piernas, sobre todo si tienes el morbo de que mi marido nos esté mirando. Es un hombre adinerado, que no ha dudado en dejarlo todo y cambiar de ciudad para complacerme. Ni en mil vidas que viviera gastaría todo el dinero que posee, y yo no lo cambiaría por nada en el mundo. Me da estabilidad económica, caprichos, lujos y me permite vivir mi sexualidad como a mí me gusta —me dijo, con un gesto de lo más asqueroso.

—Eres una interesada, como siempre lo has sido, y no has dudado ni un momento en romper la pareja de Alex y Paula por salirte con la tuya —le dijo Alfonso, con mucho desprecio.

—Me gusta vivir bien, chico. Además de que, a mi marido, le quedan dos telediarios, con lo cual, seré yo la que herede todo —respondió ella, con una carcajada.

—Lárgate, Claudia, y, por favor, si me ves por la calle, haz como si no nos hubiéramos conocido nunca. Ojalá y pudiera dar marcha atrás para evitarlo —le dije, mientras ella me miraba con deseo, pero se levantó y se fue cuando ni siquiera habíamos pedido la bebida, dejándome allí con mis amigos.

Nos mantuvimos en silencio hasta que la vimos que abandonaba el restaurante. Una vez que eso pasó, nos quedamos de lo más relajados, por fin le había quedado claro que, si ella se acercaba, se acababa la gallina de los huevos de oro que tenía por marido.

—Esta madrugada recibí un mensaje de Paula, con un video de su estancia en Cuba —dijo Marta, mostrándonos el teléfono.

Cuando la vi riendo y bailando con un cubano, de una manera de lo más sexy, os prometo que me hirvió la sangre en las venas, y todos se dieron cuenta, hasta Perico, que intentó quitarle hierro al asunto.

—No te fustigues, hermano. Allí todos bailan así, hasta yo cuando voy lo hago. Esa es la fiesta que suelen hacer cuando llega la familia de alguno de los vecinos —me dijo mi amigo, intentando consolarme.

—Menos mal que llega el domingo, porque no me pienso mover de su casa hasta que no me escuche —le respondí, y vi como Marta miraba a Alfonso, era como si quisiera decir algo que no me iba a gustar nada, y mi amigo asintió con la cabeza.

—No vuelve el domingo, se quedan allí dos semanas más, mínimo. Sus padres se van a casar allí, para que la abuela esté presente, además de no sé qué tema de una adopción que quieren llevar a cabo —dijo Marta, y escupí el sorbo de vino que tenía en la boca.

—¿Cómo? ¿Dos semanas más allí? Pues lo siento, pero mañana mismo me cojo las vacaciones, busco un vuelo y me planto allí. Si lo dejo para más tiempo, la perderé para siempre —les dije, completamente agobiado.

—No te precipites, Alex… —me dijo Alfonso.

—Amigo, yo me voy contigo. Tengo ganas de ver a mi abuela, y estoy seguro de que, si nos plantamos allí toda la familia, mi tío se llevará una gran sorpresa. Déjame que lo organice todo, y te prometo que estaremos allí antes de que termine la semana —me dijo Perico, y asentí con la cabeza.

—Pues yo no me pienso quedar aquí, que lo sepas —dijo Felipe.

—Ni nosotros tampoco. Aquí, o vamos todos, o no vamos ninguno —dijo Alfonso, refiriéndose a él y a Marta.

Perico quedó en ir a hablar con su padre y a llamar a su tía al día siguiente, para ver de qué manera lo podían hacer para estar todos allí en el gran día. Sabía que Yotuel estaría encantado de tener a todos los suyos, incluso Mariana lo estaría, y se me ocurrió una cosa.

—Marta, estoy seguro de que a tu madre también le encantaría estar presente allí en el gran día de su mejor amiga. ¿Por qué no se lo dices? —le pregunté.

—Yo se lo digo, pero no creo que pueda, ni siquiera yo sé si podré ir, todo depende de como estén los billetes de avión, ya que, ni ella ni yo, nos lo podemos permitir —dijo Marta.

—Si ella lo arregla y puede venir, yo me encargo de todo, por eso no te tienes que preocupar —le dijo Alfonso.

Nadie, excepto yo, lo sabía, pero Alfonso había realizado una inversión y había ganado una gran suma de dinero, que le daría para vivir toda su vida sin trabajar, pero como eso no iba con él, continuó con sus quehaceres laborales, ya que decía que no servía para estar mano sobre mano. Además, como la empresa era suya, no tenía que rendirle cuentas a nadie, se podía venir los días que fueran.

Yo ya le había enviado un correo electrónico a la dirección de mi banco, solicitando mis vacaciones de manera inmediata, por motivos personales. Las pedí enteras, los treinta días que me correspondían, pues no sabía si iba a necesitar algunos más una vez que estuviéramos en La Habana.

Me despedí de mis amigos y me marché a casa, puesto que no me apetecía ir a ninguna parte, ni siquiera a casa de alguno de ellos a tomar una copa, como estaban hablando de hacer. Una vez que llegué a mi casa, lo hice con una mezcla de tristeza y tranquilidad. Tristeza, porque me había dado cuenta de lo mucho que quería a Paula, y de lo que la estaba echando de menos, pero, por otro lado, tenía la tranquilidad de que me había quitado de encima a Claudia de una puta vez.

Tenía que hablar con mi madre para contárselo, pero, a pesar de que no era demasiado tarde de hora, no lo iba a hacer en ese momento, sino que lo haría al día siguiente, mientras nos tomábamos un café. Antes de ir a su casa, bajaría a comprar churros, que a ella le encantaba comer los domingos.

Sabía que mi madre me animaría en mi idea de ir a buscar a Paula a Cuba, pero también sé que me dirá que vaya con pies de plomo, pues no teníamos ni idea de si ella querría volver conmigo o había empezado a conocer a ese otro chico con el que salió bailando en el vídeo. Prefería no pensar en eso, porque decir que me dolía era quedarme demasiado corto.

Capítulo 36

Paula

¡Cuánta razón tenía mi padre! Esa mañana me levanté como si me hubieran dado una paliza y, a continuación, me hubieran tirado desde lo alto de la azotea. Tenía una banda de música tocando una marcha de Semana Santa en el interior de mi cabeza, y el del bombo iba pasando justo a la altura de mis ojos.

—Veo que el alcohol de ayer no te ha sentado bien —me dijo mi abuela, riendo.

—No hables tan alto, por lo que tú más quieras —le dije.

—¿Alto? Ay, mija, alto será cuando los niños salgan al patio. Ahí sí que te vas a cagar —me respondió ella.

—Abuelita, por el amor de Dios, no me digas eso que me quedo en la cama y me tapo hasta la cabeza —le dije, pero sin darme cuenta de que tenía a mis padres y a Dayron en la puerta.

—Eso no te lo crees ni tú, ancianita. Ahora mismo te das una ducha, te quitas ese pijama horrible, y nos vamos a la calle. Tengo mucho que enseñarte y poco tiempo para eso —me dijo Dayron.

—Gracias por vuestro apoyo, sois una familia magnífica. Me encanta saber que, estando enferma, como estoy, nadie se ponga en mi lugar —les dije, a

modo de broma, por supuesto.

—No estás enferma, estás resacosa. Para eso, mi mamá tiene un remedio que es mano de santo, sobre todo con el ron. Ve duchándote que ahora mismo te lo traigo —me dijo Dayron.

No tuve otra opción, me metí en la ducha y me cambié de ropa, poniéndome un vestidito de manga corta, tipo camisero, y unas zapatillas de deporte blancas, recogí mi melena en una coleta alta y me apliqué un poco de brillo labial. Lo que no me podía faltar era mis gafas de sol, las más grandes, porque tan solo de pensar en la claridad que había me ponía los pelos de punta.

Al salir, la mesa estaba repleta de comida y, nada más verla, me entró una fatiguita horrorosa. Me dio una arcada que se pudo escuchar en todo el salón, por lo que los cuatro giraron su cabeza en mi dirección.

—Venga, flojita, tómate esto y algo de comer. Todo de un tirón, sin pensar en nada —me dijo Dayron, entregándome un vaso de cristal con un mejunje de color verde que daba asco tan solo de mirarlo.

—Eso se lo va a tomar un guardia vestido de gitano, porque yo, desde luego no. Creo que prefiero tener este dolor de cabeza durante todo el día —le respondí.

—No lo quieres, así que, tápate la nariz, que yo mismo te lo voy a dar —me dijo Dayron.

Eso hice, me tapé la nariz, pero casi me ahogo con la porquería esa, que sabía a todo menos a algo bebible. Os prometo que si no vomité fue porque hice un gran esfuerzo.

—Venga, cómete una tostada antes de que vomites —me dijo Dayron, una vez que me bebí toda esa porquería.

Lo cierto es que, pasados diez minutos después de tomarme eso y comerme una tostada con mermelada que habíamos traído nosotros, el dolor de cabeza y el malestar de todo mi cuerpo se evaporó, era como si no hubiera bebido nada.

—Si tu madre se pone a vender esto en la puerta de las discotecas de España, te aseguro que se forraba —le dije a Dayron, riendo.

—Si hiciera eso, terminaría en la cárcel por intento de envenenamiento, te lo aseguro —me respondió él, y ambos soltamos una carcajada.

Salimos de casa de mi abuela y nos fuimos a la Plaza Vieja, en donde había un ambiente espectacular. Las terrazas estaban repletas de turistas, y había varios grupos locales de música tocando sus temas. La estampa era digna de uno de esos programas de televisión en los que van enseñando las distintas ciudades desde una visión auténtica.

—Vamos a tomarnos allí un refresco —me dijo Dayron, señalándome una mesa que quedaba libre.

—No me pidas nada de alcohol, quiero seguir siendo persona —le respondí.

Nos sentamos en esa mesa y pedimos dos refrescos y unas patatas chips, pero lo tuve que hacer yo, ya que a él no le estaba permitido por no sé qué historias que había en el país.

Una vez que estuvimos ahí, le conté todo lo que me había sucedido con Alex, sin dejarme absolutamente nada, y esperé a que él me diera su opinión. Me costó, no os voy a decir que no, puesto que él insistía que, sin escuchar a la otra parte, no se podía sacar una conclusión clara del asunto.

—Bueno, oyendo solo tu versión, tan solo te puedo decir que, si ese hombre no te quisiera, se hubiera acostado contigo el primer día y habría pasado olímpicamente de ti. Sin embargo, ha seguido insistiendo en conquistarte —me dijo, pero como a media voz.

—Entonces, según tú, ¿por qué no ha plantado a esa otra mujer? —le pregunté.

—Pues, lo mismo y es porque ella no le ha dado esa otra opción. ¿Te has parado a pensar en sí es ella la que lo busca a él y no al revés? ¿Te has puesto

en su lugar? Porque, déjame decirte que no solo las mujeres se sienten acosadas, que los hombres también lo hacemos —me respondió él.

—En todo caso, ahora no puedo hacer nada, no hasta que vuelva a España y, para eso, todavía nos quedan unas dos semanas más. Mientras tanto, quiero disfrutar de la ciudad y de mi abuela. Cuando pueda, lo hablaré con él y tomaré una decisión —estaba diciéndole esto, cuando noté como me sacaban a bailar de manera improvisada.

—No te pongas como un muñeco de cartón y baila como lo hiciste el otro día —me aconsejó Dayron.

—Grábalo, por favor —le dije, dándole mi teléfono desbloqueado.

El chico que me sacó a bailar no podía ser más sensual ni bailar mejor. Si Dayron el día anterior me había hecho sentir especial, este otro chico, del que no sabía ni el nombre, me estaba haciendo sentir deseada, por la manera en la que movía sus caderas, en la que me aproximaba a él, que hizo que se me calentara la sangre y lo que no era la sangre, también.

Os prometo que, si en vez de tener a Alex en la cabeza se hubiera dado otra situación, hubiera terminado en la cama con los dos. Cuando ese pensamiento atravesó mi cabeza, yo misma me sonrojé, pues en mi vida había pensado de esta manera.

—Te has sonrojado, ¿te ha llegado a decir algo? —me preguntó Dayron, mirando a ese otro chico, al que parecía que conocía muy bien.

—¿Piensas que, después de bailar de esa manera, hace falta articular palabra? —le pregunté, y él soltó una carcajada.

—Si quieres que hable con él, te aseguro que, por como te mira, no tendrá ningún inconveniente en irse a la cama contigo, y quién dice a la cama, dice en cualquier otro lugar —me dijo, buscándome la lengua, pero yo no me quedé atrás.

—Si no tuviera con Alex una conversación pendiente, te aseguro que hubiera terminado en la cama con los dos, contigo y con él —le respondí, y el

escupió el sorbo de refresco que tenía en la boca como si fuera un aspersor.

—No hables con él, si no te quiere, seguro que está en la cama con la tipa esa —me dijo él, muy serio, como si no estuviera bromeando, y solté una carcajada.

—Hace cinco minutos me decías que estaba enamorado de mí, y ahora, me sueltas que seguro que está en la cama con la otra. ¿En qué quedamos? —le dije, siguiéndole la broma.

—Hace cinco minutos no sabía que te querías acostar conmigo y con mi primo —me contestó, señalándome al chico que me había sacado a bailar hacía diez minutos.

El resto de la mañana transcurrió de la misma manera, entre risas y paseos, entre momentos de confidencias y largos paseos. Casi sin darme cuenta, habíamos terminado en el Malecón.

—¡Me cago en la leche! ¡Si es igualito que el Campo del Sur en Cádiz! —dije, pues no me podía creer que las dos ciudades fueran tan parecidas estando tan lejos.

—¿En serio me lo dices? ¿Tanto se parece a la ciudad en la que vives? —me preguntó, pues siempre pensó que era una patraña.

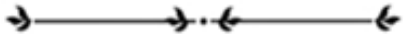
—Por supuesto. Dame un minuto que te lo enseño, debo tener alguna que otra foto en el móvil —le dije, y me puse a buscarlas.

Cuando Dayron tuvo ante sus ojos las imágenes que le estaba mostrando, un brillo en sus ojos lo delató, y supe que esto era lo que le faltaba para terminar de decidirse a marcharse de aquí.

—No me podía imaginar que hubiera una ciudad igualita a la mía y en la que la gente fuera libre —me dijo, a media voz, pues no quería que nadie nos escuchara.

—Mi padre dice que se fue a vivir allí porque le recordaba a su tierra —le contesté, y él asintió con la cabeza.

Capítulo 37



Alex

Habían pasado tres días desde que hablamos y, por fin, ya teníamos todo listo para el viaje. Al padre de Perico, hermano de Yotuel, le habían dado diez días de vacaciones, al igual que a María y toda su familia. Marta y su madre también iban. Como no íbamos a caber todos en casa de la abuela de Perico, su padre habló con un chico de allí y alquiló una en la que cabríamos todos y que se encontraba a pocos metros de donde estaban viviendo Paula y sus padres.

—No metáis en la maleta nada que os puedan quitar en la aduana, por favor. Ellos son muy dados a eso, sobre todo a los que tenemos familia allí. Si queréis llevar algo de regalo, que vaya en las maletas de los turistas —nos dijo Joel.

—Yo llevo un montón de cosas, ropa y demás, para los niños del edificio. Paula me ha dicho que le hacen una fiesta a cualquier cosa —dijo Marta, orgullosa de lo que iba a hacer.

Yo tan solo llevaba mi ropa y la ilusión de poder ver a Paula y de hablar con ella. Sabía que seguía saliendo a todas partes con ese chico, puesto que le enviaba multitud de fotos y videos a Marta, su mejor amiga, y le decía que estaba feliz y tranquila, que Dayron, que así se llamaba él, era un hombre que le generaba confianza, cosa que sabía que no tenía conmigo, y eso me dolía, no voy a negarlo, pero también me hacía buscar la manera de acercarme a ella y de no rendirme.

Llegamos al aeropuerto de Madrid dos horas antes de nuestro embarque, por lo que nos sentamos en una cafetería para comer algo, ya que haríamos el viaje de noche. Cuando llegó el momento de embarcar, parecía que el corazón se me iba a salir por la boca.

—¿Estás nervioso, Alex? —me dijo la madre de Marta, Olivia, que había acudido junto a su pareja, ese hombre que conoció en la fiesta de carnaval.

—Más que eso, creo que el corazón se me va a salir del pecho —le contesté.

—Tranquilo, seguro que Paula te recibe con los brazos abiertos —me dijo ella, y la miré con una ceja arqueada, puesto que no pensaba que eso fuera a ser posible.

Tomamos cada uno nuestros asientos. Armando había comprado asientos de primera clase para ellos dos, pero el resto íbamos en clase turista. A Marta y a Alfonso también se los quiso comprar, pero mis amigos decidieron que no era lícito que, mientras los demás íbamos en turista ellos fueran en pasajes de lujo, por lo que adquirieron los asientos junto a nosotros.

Me tomé una pastilla para ir durmiendo todo el viaje, pues estaba seguro de que, si no lo hacía, los nervios me iban a traicionar, y cuando llegara iba a parecer un zombi, por lo que, nada más despegar el avión, me quedé frito y me desperté poco antes de llegar.

—Veo que has tenido un buen viaje —me dijo Perico, que estaba sentado a mi lado, junto a Felipe, ya que eran filas de tres asientos.

—Ni bueno ni malo, me lo he pasado durmiendo. Gracias a la doctora, que me recetó esto para que así fuera, porque de lo contrario, hubiera estado todo el viaje pegando botes a causa de los nervios —le respondí.

Bajamos del avión y nos fuimos a buscar nuestras maletas, para luego salir y tomar varios taxis. Según nos había contado Joel, había unos cuarenta y cinco minutos desde el aeropuerto hasta la casa que habíamos alquilado, pero a mí me parecía que llevábamos ya más de diez horas en la carretera. No me

quiero ni imaginar como estaría si no hubiese dormido durante el trayecto en avión.

—Chicos, vamos a ir primero a la casa, dejamos el equipaje y vamos a casa de mi madre. ¿Estamos de acuerdo? —preguntó Joel, y todos dijimos que no había ningún problema.

Os prometo que me daba igual la maleta, el equipaje y todo lo demás, como si me tenía que pasar el resto del viaje en calzoncillos, lo único que tenía en mente era ir a buscar a Paula, tenerla entre mis brazos y darle un beso de esos que llevaba tanto tiempo deseando hacerlo.

La casa que había alquilado Joel era una preciosidad, tipo victoriana, pero con multitud de desperfectos. Si alguien se tomara la molestia de repararla y actualizarla, os aseguro que sería perfecta, pero, en este país, no se preocupaban de esas cosas.

Diez minutos después, ya estábamos en la puerta del edificio donde vivía la madre de Joel. También era muy bonita, pero de otra forma. En esa casa, había un patio central sobre el que giraba todo, pues todavía había muestras de que la noche anterior se había celebrado una fiesta. Me preguntaba si Paula había asistido, cuando la vi como salía de la que supuse que era la casa de ese hombre, porque él iba en calzoncillos detrás de ella. Se despidió de él con un abrazo y, cuando se giró y me vio, se quedó blanca.

—Alex… esto no es lo que parece —me dijo, y fue como si alguien me hubiera atravesado el corazón con una daga.

—No me tienes que dar explicaciones, Paula. Al fin y al cabo, entre tú y yo no hay nada —le dije, y era mi dolor el que hablaba, pues, por supuesto que había, y no algo, lo había todo.

—Pues, si entre nosotros no hay nada… ¿a qué coño has venido hasta aquí? —me preguntó, con una mezcla de rabia y dolor que me partió el alma.

—He venido a buscarte, pero veo que ya has elegido. Por eso, me lo voy a tomar como unas vacaciones. Lo mismo tengo suerte y encuentro a una mulata que me quite las penas —le respondí.

Ella me miró y, con lágrimas en los ojos, subió los escalones de tres en tres, sin mirar atrás, sin darse cuenta de que no había venido solo. Mientras que la miraba, noté como Perico me daba un golpe en el hombro, para llamar mi atención.

—Si sigues haciendo el gilipollas, la vas a perder —me dijo, como enfadado.

—El gilipollas lo he hecho por no acostarme con Claudia cuando ella, a las primeras de cambio, se ha acostado con el cubano —le respondí, dispuesto a marcharme a dar una vuelta por la isla.

—Conmigo no se ha acostado, ni lo hará nunca. Si ha pasado la noche en mi casa ha sido porque anoche bebió más de la cuenta, no podía ayudarla a subir yo solo y el resto de la gente ya se había ido a dormir. Estábamos celebrando el compromiso de Yotuel y Mariana —me dijo ese hombre, que se había puesto un pantalón de deporte antes de salir.

—Claro, y yo me lo creo. Vamos hombre, no me tomes por gilipollas, si has salido hasta en ropa interior —le dije.

—Por supuesto, no sabía que ahora, en mi casa, tenía que ir vestido de gala. He dicho que ella bebió demasiado, no yo. Se ha pasado toda la noche llorando, diciendo que te extrañaba, que quería que todo fuera tal y como era antes de que apareciera tu ex. Si alguien aquí tiene que pedir disculpas, ese eres tú, no ella —me dijo, y se dio la vuelta.

Cuando quise darme cuenta, todos habían subido, y se escuchaban los gritos de felicidad y el júbilo por el encuentro de una madre con sus hijos. No sabía que hacer, si subir y hablar con Paula, si disculparme por haber dicho lo que dije, o darme la vuelta y salir de allí. Estaba pensando en eso, cuando escuché pasos detrás de mí, y era Yotuel, que me había visto desde arriba.

—Alex, buenos días —me dijo, dándome una palmada en el hombro.

—Buenos días, Yotuel. Yo… —hablé, sin saber que decir.

—Mira, hijo, iré directo al grano. Si quieres a mi hija, sube ahí arriba, enciérrate en el cuarto con ella y aclarad todo lo que tengáis que aclarad. Habla con el corazón y lucha por ella. En caso contrario, te rogaría que no jugaras con sus sentimientos, que la dejaras volar libre —me dijo, y no supe que responderle. Durante un rato, me mantuve pensativo.

—La quiero con toda mi alma, pero he pensado que se había acostado con Dayron, pues la vi salir de su casa con los ojos de no haber descansado y a él en ropa interior —le conté.

—Por supuesto que sí, pero no por el motivo que estás imaginando. Paula ha encontrado en Dayron a un amigo, a alguien que la apoya y que, a pesar de estar interesado en ella, porque le gusta hasta la saciedad, no va a dar un paso en falso, ya que sabe que su corazón no le pertenecería nunca, porque el dueño eres tú —me dijo, y me quedé completamente hecho polvo. ¿Cómo podía haber sido tan gilipollas?

Capítulo 38



Paula

No me lo esperaba allí, era como un sueño, pero cuando me di cuenta de que estaba saliendo de casa de Dayron, que estaba detrás de mí en ropa interior, supe que era el final para lo nuestro.

Aquella noche, mientras que me llevaba adentro de su casa, porque había bebido tanto que no era capaz de mantenerme ni de pie, tuvimos una conversación trascendental. Estaba claro que él pensaba que yo no me iba a acordar de nada, pero lo recordaba todo, cada una de sus palabras.

—Ay, Paulita, si te hubiera conocido en otras circunstancias, te aseguro que no te iba a dejar escapar —me dijo, acariciándome la cara.

—No puedo, Dayron. Y no te vayas a pensar que es porque no eres guapo o no le puedes gustar a una mujer, pero es que mi corazón tiene dueño —le dije, casi sin poder articular palabra, de la tajada que llevaba encima.

—Ya lo sé, mi niña, por eso no intento nada contigo, pero que sepas que me has conquistado, que me has robado el corazón desde el primer momento en el que te vi. Si estuviéramos en tu país, no iba a dudar en tratar de conquistarte, pero aquí, no tengo nada para ofrecerte, mucho menos cuando estás enamorada de otro hombre —me respondió.

Con sumo cuidado me llevó hasta la cama, donde me recostó, me tapó y me dejó un beso en la frente. Ojalá y Alex fuera así como Dayron, tan atento y

protegiéndome de esa manera.

Después de la discusión que tuvimos, subí las escaleras y me encerré en mi cuarto. Lloré desconsoladamente, porque siempre, por una razón o por otra, había algo que nos separaba. Minutos después, entró mi padre en la habitación, se sentó en los pies de mi cama, y me dejó que me desahogara.

—Mi niña, está aquí Alex. ¿Por qué no lo escuchas? —me dijo.

—Porque él no me ha escuchado a mí. He intentado hablar con él, decirle que, entre Dayron y yo no ha pasado nada. Pero, aunque hubiera pasado, no estábamos juntos, no he matado a nadie, tan solo me he refugiado en los brazos de un amigo, pero, al parecer, él eso no lo entiende —dije.

—Sí que lo entiendo, pero el dolor que me ha atravesado el corazón me ha hecho actuar de esa manera. Lo siento, Paula, perdóname, por favor. Salgamos a la calle, hablemos tranquilamente, solo los dos —me dijo Alex, que estaba apoyado en el marco de la puerta.

—Pues así sabes como me sentí yo el día en el que Claudia salió de tu despacho. Y yo, todavía me sentí peor, porque entre ella y tú si había habido un beso, pero entre Dayron y yo tan solo hay una preciosa amistad. Ojalá y hubiera podido enamorarme de él como lo hice de ti —le dije, sin darme cuenta de que mi padre había salido y nos había dejado a solas, cerrando la puerta tras de sí.

—Te quiero, Paula, y quiero que dejemos todo atrás, que empecemos de cero. Te prometo que Claudia ya ha salido de mi vida, y no volverá más, por la cuenta que le trae. Mis amigos te lo pueden confirmar, incluso Marta, que también estuvo presente en ese momento —me contó.

Estuvimos hablando durante más de una hora, poniendo sobre la mesa todos nuestros temores, nuestros anhelos y nuestros planes de futuro. No voy a decir que confiara al cien por cien en él, porque me estaría mintiendo a mí misma, pero mi corazón me decía que, si había venido hasta aquí a buscarme, era porque de verdad me quería. Si no fuera así, habría esperado a hablarme cuando ya estuviera en España.

—Tendrás que demostrarme muchas cosas, Alex. De momento, no me pienso ir a vivir a tu casa, me cogeré un apartamento o me quedaré en casa de mi padre. Necesito estar segura al cien por cien para dar otro paso más —le expliqué.

—Y me duele en el alma despertarme sin tenerte a mi lado, pero lo respeto y lo entiendo. Quieres ir poco a poco, yo estaré dispuesto a seguir tu ritmo, no lo dudes —me contestó él.

Nos miramos a los ojos y, casi sin darnos cuenta, nuestros labios se juntaron, fue un beso dulce, que expresaba nuestros sentimientos, pero también nuestros miedos.

Cuando nos separamos, salimos de la habitación. En la casa no había nadie, estaban todos en el patio, así que, entré a lavarme la cara, por el llanto, me cambié de ropa y bajamos hasta donde estaba la fiesta. Ni siquiera me había dado tiempo de conocer a mi tía y a mis primos, que vivían en Barcelona, y a la que me moría de ganas de ver, pues todos decían que me parecía mucho a ella.

—Pero si aquí está mi clon. Ven aquí, mi niña, y dale un abrazo y un beso a tu tía —me dijo ella, en cuanto me vio llegar.

—Pues sí que nos parecemos. Y yo que pensaba que era igualita a mi madre… —le dije, y todos soltaron una carcajada.

A mi abuela se la veía pletórica, con una felicidad que le salía por los poros de la piel. Miraba con orgullo a su familia, allí reunida, además de los amigos que habían venido para apoyar a su hijo y a su nuera en su matrimonio. Hasta mis primos, que no dejaban de abrazarla, parecían que estaba en su entorno natural.

—Veo que has hecho las paces con tu chico, y me alegro por ello. Espero que, ahora que él está aquí, no me dejes de lado —me dijo Dayron, dándome un abrazo.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, cubanito —le dije, dirigiéndome a él por su nacionalidad, tal y como él me llamaba a mí.

—Dayron, soy Alex, y siento el numerito de antes, pero los celos y el dolor hablaron por mí —se presentó Alex, a la vez que se disculpó.

—Te voy a decir una cosa, españolito. Como le vuelvas a hacer daño, como derrame una sola lágrima más por tu culpa, te prometo que voy a ir al cuello a por ella, y entonces te darás cuenta de que hablo en serio —le dijo Dayron, con una sonrisa, pero sin dejar de hablar en serio, y todos nos dimos cuenta.

—No te daré esa oportunidad, te lo aseguro —le soltó él.

Mi prima María, que se llamaba igual que nuestra tía, y que tenía ya veinte años, no paraba de mirarlo y, tanto Perico como yo nos dimos cuenta. No me dio tiempo a decir nada, puesto que mi primo se me adelantó.

—Si te quieres meter en la familia, te aseguro que mi hermana estaría encantada de abrirte la puerta —le dijo, y en cuanto Dayron volvió la cara y la vio, fue un flechazo inmediato, pues se quedó casi sin palabras.

—Me parece que es un poco pequeña, pero…

—Mi hermana tiene veinte años, la misma edad que Paula. ¿Cuántos tienes tú? —lo interrumpió Perico.

—Yo tengo veinticinco… Joder, me ha dejado sin aliento. Las mujeres de esta familia van a acabar conmigo. Ahora vuelvo —dijo, y se fue directamente hasta María, y lo vimos conversar con ella.

—Amigo, me debes una, te acabo de quitar de en medio a tu principal competidor, aunque me lo lleve yo de cuñado —dijo Perico, haciendo que soltáramos una carcajada.

Mi tío Joel se acercó al chico, intentando averiguar sus intenciones, pues no era la primera vez que un cubano se acercaba a una persona de fuera del país con la intención de salir de aquel infierno, pero, tanto mi padre como mi abuela, le dejaron claro que Dayron no era de ese tipo de personas.

Esa noche no íbamos a salir a ninguna parte, pues era la fiesta de bienvenida, tal y como hicieron cuando llegamos nosotros, pero al día siguiente, los jóvenes nos iríamos a tomar algo a la Bodeguita de En medio, donde se decía que se preparaban los auténticos mojitos cubanos.

—Niña, esta noche no duermas conmigo, vete a dormir con tu chico —me dijo mi abuela.

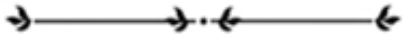
—Abuela, ¿cómo voy a hacer eso? —le respondí, indignada.

—Pues porque mis niños pequeños se quedan a dormir en mi casa, en vez de en la que han alquilado sus padres. De ese modo, como la fiesta se va a alargar mucho, no tendrán que irse hasta allí, cuando tengan sueño, se suben y listo —me contestó.

—En ese caso, yo me iré a la otra casa. Ya me quedo tranquila de que no estarás sola —le dije, sabiendo que eso a ella la reventaba, ya que, durante el resto del año lo hacía sola.

—Mira, no te voy a contestar porque estoy demasiado contenta, que, si no, ya te iba a decir yo a ti —me dijo, y solté una carcajada.

Capítulo 39



Alex

Esa noche la pasamos entre risas y ron, uno que entraba que daba gusto, pero que subía como si fuera en un ascensor directo a la cabeza. Bailamos, cantamos y comimos hasta la saciedad. En ese rato entendí la palabra generosidad, pues nada era de nadie y todo era de todos.

—Abuela, ¿has decidido ya si te vienes con nosotros? —le preguntó Paula, y ella suspiró profundamente.

—Mira, mi niña, si Dayron y Ailed se van de aquí, ya mi misión estaría cumplida, por lo que, teniendo a todos en España, yo también estaré allí —dijo su abuela, y comprendí el por qué no se había marchado ya de aquí.

Esa niña y ese chaval no tenían a nadie más que a ella, pues uno era huérfano y la otra estaba a punto de serlo. Ella era la que se encargaba de poner un plato en su mesa cuando no tenían un pan que llevarse a la boca, ella era la encargada de vestir sus cuerpos y sus pies cuando su situación no se lo permitía.

Esa noche no hicimos nada, pues había más gente en esa casa que en la guerra, y las paredes eran de papel, pero no me resistí a dormir abrazado a ella. Sentir el calor y el olor de su piel, era algo que echaba muchísimo de menos, y me sentí de nuevo en casa, como si ya estuviera en el lugar que me pertenecía. No pensaba renunciar a eso ni una vez más, por mi salud mental.

—Arriba, dormilona, que nos están esperando —le dije, dándole un beso en los labios.

—Joder, llama a Dayron y dile que me traiga uno de los mejunjes que preparaba su madre para la resaca —me dijo.

Se puso a recordar el momento en el que le dijo que se pusiera a venderlos en la puerta de la discoteca, sin saber que había muerto hacía tan solo unos meses, y se tapó la cabeza, tanto por el dolor como por la vergüenza que sentía.

—Venga, eso se te quita con un zumito de naranja y una pastilla —le contesté, pues todavía tenía cierta pelusilla con el chaval, a pesar de que mostró su interés por María, la hermana de Perico.

—No te puedes imaginar lo bien que te hace sentir la porquería esa. Si no se me quita con tu remedio, iré allí para que me lo prepare —me advirtió, y yo crucé los dedos para que el malestar se fuera con una ducha y un ibuprofeno.

Al final, resultó que sí, que se le había quitado y pudimos disfrutar de un buen rato, tanto en la plaza Vieja como en la bodeguita, donde nos tomamos unos cuantos mojitos. Después de que todo el mundo se hubiera marchando, puesto que comimos juntos en un puesto callejero, Paula y yo nos marchamos hasta la playa. Allí, con los pies enterrados en la arena, y al amparo de la oscuridad de la noche, nos fundimos en un beso que nos encendió de inmediato.

Una cosa llevó a la otra, y terminamos enredados haciendo el amor en la arena caliente y oyendo como las olas del mar rompían en la orilla. En cada caricia, en cada embestida por parte de los dos, iba un poquito de nuestro corazón, y el momento en el que llegamos al clímax fue espectacular, nunca había sentido algo así.

Al día siguiente se celebraba la boda de Yotuel y Mariana. Paula era la madrina y Perico el padrino del enlace, por lo que nos fuimos temprano para casa, ya que el día iba a empezar demasiado temprano. Tanto el vestido de la novia como el de la madrina eran secreto de estado, ni siquiera Marta u Oliva habían sido capaces de verlos, y eso me tenía de lo más intrigado. Sabía que

Paula, se pusiera lo que se pusiera, iba a estar preciosa, no tenía duda, pero viendo como eran los vestidos allí, tenía claro que sería de lo más sexy.

—Mañana nos vemos, preciosa. Ten cuidadito con el vecino, a ver si va a tener que ir al dentista en vez de a la boda —le dije, medio en broma medio en serio.

—A ver si eres tú el que vas a tener que hacer ese recorrido, que no te creas que no me he dado cuenta de la mulata que te miraba en la bodeguita —me respondió y solté una carcajada.

—Pero ahí yo no he tenido culpa, que yo ni siquiera le dije hola —respondí.

—Ni yo tampoco, que Dayron tiene muy claro que estoy enamorada de ti —me dijo ella.

La cogí por la cintura, la pegué a mi cuerpo y le di un beso en el que me dejé el alma, quería que se fuera a la cama sabiendo todo lo que me hacía sentir. En ello estábamos, cuando Joel salía de dentro del edificio donde vivía su madre.

—Iros a un hotel, cabrones, ustedes que podéis —nos dijo, y nos separamos riendo.

—Eso en cuanto que pase la boda —le dije, pues tenía claro que quería disfrutar de su cuerpo plenamente, aunque fuera tan solo durante un fin de semana.

Nos despedimos y nos fuimos hasta la casa, dejando a Paula dentro del edificio. Durante el trayecto, estuvimos hablando de todo un poco, de como veía a su hermano de lo más feliz, y de como su hija y ese muchacho habían sentido un flechazo.

A la mañana siguiente, la casa era un trasiego de personas corriendo de un lado a otro, porque Yotuel no había dormido con su futura mujer, sino que lo hizo en la casa. A cambio, la amiga de mi chica y su madre se habían ido a la

otra casa, dejando en esta a los hombres solos, ya que María había dormido en casa de Dayron, y saber eso, me tranquilizó sobremanera.

La ceremonia se celebraba en la iglesia del barrio, donde todas las vecinas habían puesto de su parte, adornándola y poniéndola bonita. Después, la celebración se daría en el patio del edificio, pero nadie prepararía la comida, pues Mariana, como turista, había contratado a un catering que sirviera todo.

Cuando vi a Paula con ese vestido que le había hecho Mariela con unos retales que había encontrado, me quedé con la boca abierta. Llevaba un vestido en color verde botella, de tirante ancho y escote en V tanto por delante como por detrás, largo y con una abertura en la pierna que hacía que la mostrara al andar.

—No se puede estar más bonita que tú —le dije en cuanto que llegué a su altura.

—Tú también estás muy guapo. Tanto, que fíjate como te miran todas las mujeres. Pobre de ti como te atrevas siquiera a mirar a alguna que no sea yo —me dijo, pero en tono de broma, por supuesto.

La ceremonia fue muy emotiva, y en varias ocasiones pude ver cómo, tanto la abuela como Paula, soltaban alguna que otra lagrimilla. Me dieron ganas de subir hasta el altar y enjugar sus lágrimas, pero no podía saltarme el protocolo, así que lo haría en cuanto que bajara de ahí.

El día fue espectacular, y mi madre también estuvo presente, puesto que le hicimos una videollamada para que se quedara tranquila de que Paula y yo nos habíamos reconciliado.

El tiempo fue pasando y, en cuanto que Yotuel y Mariela arreglaron lo de la adopción de la niña, nos tocó volver. Ver a esa madre despedirse de su hija, con la certeza de que no volvería a verla, pero con la tranquilidad de que se podía marchar en cualquier momento, pues su hija no podía quedarse en mejores manos y, encima, fuera del país, fue lo más desgarrador del mundo. La niña sabía que su madre se tenía que marchar porque iba a un lugar mejor, donde estaría tranquila, ya que estaba muy enferma y, antes de salir de allí, le

preguntó a su madre si podía llamar a Mariana mamá, y ella no dudó en decirle que sí.

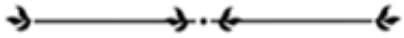
En cuanto que llegamos a Sevilla, y viendo que su habitación la iba a ocupar la pequeña Ailed, no dudé en pedirle a Paula que se viniera a vivir conmigo. No quería que lo hiciera solo, no me apetecía tener que dormir sin ella a mi lado, independientemente del sexo, al que tampoco quería renunciar, era una cuestión de seguridad por mi parte.

—Está bien, pero a las primeras de cambio en la que metas la pata, te doy una patada en el culo que limpias la Giralda sin escaleras —me dijo, y me hizo soltar una carcajada.

—No te preocupes, que no te voy a dar la oportunidad de comprobarlo —le dije.

Allí se quedaron la abuela y Dayron, que estaban arreglando la documentación para poder venirse a España. A Dayron, su futuro suegro le hizo un contrato de trabajo, para que lo tuviera más fácil y a la abuela, un certificado médico para que se pudiera reunir con la familia.

Capítulo 40



Paula

Habían pasado ya dos meses desde que llegamos de Cuba, y hoy era el día en el que llegarían mi abuela y Dayron, por lo que le pedí el coche a Alex y así poder ir al aeropuerto a recogerlos.

Llevaba unos días con malestar y a pesar de que mi padre insistía en que fuera a la clínica donde trabajaba él, me negaba, pues pensaba que era la presión del trabajo, ese que todavía no había encontrado. Por suerte, todavía contaba con bastantes ahorros, pues no quería ser una mantenida de ningún hombre, aunque Alex me dijera que no era así, que éramos una pareja y que lo suyo era mío.

—No te pienso dejar el coche en ese estado. No por el coche, al que le pueden dar por culo, sino porque tengas un accidente, Paula —me dijo Alex en cuanto que me vio marearme.

—Dame un minuto y verás como estoy bien —le respondí.

—Un minuto tienes para coger el bolso, nos vamos al hospital. Ya he llamado a tu padre y nos está esperando allí —me respondió.

—¿Y quién irá a recoger a mi abuela y a Dayron? Quedé en que iría yo, no me parece ni medio normal que, por una tontería, se vean solos en el aeropuerto —respondí.

—No se verán solos, van Perico y María a recogerlos. Así que, vamos ahora mismo al hospital —me dijo, y no me dio opción a nada más.

En cuanto llegamos allí, mi padre estaba en la puerta con un ginecólogo, que me presentó como el doctor Santana. Me extrañó que fuera un médico de esa especialidad, pero de pronto, me puse blanca, pues me di cuenta de que no había visto la regla desde que volvimos de Cuba.

—Veo que te has dado cuenta de lo que puede ser, ¿verdad hija? —me preguntó mi padre.

—No puede ser…

—Si quieres te explico lo de la semillita, pero creo que será mejor que entremos y nos aseguremos de que es eso —dijo mi padre.

Volteé la cara y me fijé en que Alex no se había enterado de nada, cosa que me corroboró con sus palabras.

—¿Alguien me puede explicar de qué estáis hablando? —nos dijo.

—Otro al que hay que explicarle eso de la semillita —dijo el doctor Santana, con mucha guasa.

—Yo te lo digo, hijo. Qué, si todo se confirma, me vais a hacer abuelo —le contestó mi padre.

Lejos de poner mala cara, vi la ilusión en sus ojos, y eso me tranquilizó de manera excepcional. Pasamos al interior del hospital, donde nos llevaron a una sala de las de ginecología. Allí, lo primero que me hicieron fue una prueba de embarazo, que salió un positivo como una casa.

—Bueno, vamos a ver a ese pequeñín o pequeñina —me dijo el doctor Santana.

Alex, que me tenía cogida de la mano, no podía estar más feliz. Pero, todo lo feliz que estaba él lo estaba yo de acojonada. En cuanto me pasaron el

ecógrafo por el vientre, y según sus dimensiones, el doctor me dijo que estaba de siete semanas. Mi chico y yo nos miramos, y supimos que había sido concebido en la playa de La Habana, en esa noche en la que hicimos el amor por primera vez desde que nos reconciliamos, con la luna y las estrellas como testigos.

—Va todo perfecto. Para esos mareos y nauseas matutinas te voy a recetar unas pastillas que harán que desaparezcan. También te recetaré un complejo vitamínico, y te citaré para dentro de cuatro semanas —me dijo.

Cuando salimos de allí, del interior de la consulta, mi padre me dio un abrazo que me demostraba todo su apoyo y la felicidad que sentía de ser abuelo. Le dije que no le dijera nada a nadie, ni siquiera a mi madre, pues quería ser yo la que se lo dijera.

—Vamos a organizar una cena en casa, esta noche, con todos los nuestros y se lo contamos a todos a la vez —me dijo Alex.

—¿Estás contento con la noticia? —le pregunté, pues tenía esa cosita por dentro.

—¿Me lo preguntas en serio? Por supuesto que estoy, no contento, estoy pletórico. Es el mejor regalo que podrías hacerme —me respondió, y me dio un beso que me lo dejó claro.

—Venga, envía tú ese mensaje —le dije a mi chico.

Teníamos un grupo en el que estábamos todos, pues era uno que hicieron antes del viaje a Cuba y en el que me incluyeron después. A mi madre se lo enviaría yo luego, y a la suya se lo diríamos en cuanto que llegáramos a casa.

Alex: *Chicos, esta noche, cena en mi casa. Todos sin excepción, que tenemos que contaros algo.*

Alfonso: *Si es otra boda, esperaros al menos a que pase el verano, que ahora hace mucho calor.*

Marta: *Amor, si fuera eso, ya me habría enterado yo, que para eso soy su mejor amiga.*

Así se fueron sucediendo los mensajes, hasta que decidimos no mirar más el teléfono, pues no pensábamos decir nada hasta el momento en el que estuviéramos todos juntos. De camino a casa, nos encontramos con una pastelería que hacía tartas personalizadas. Nos miramos y ambos pensamos lo mismo.

—¿Encargamos una con una cigüeña y que diga que vamos a ser papás? —me preguntó Alex.

—Me parece una idea fantástica —le respondí.

Entramos, le explicamos a la chica lo que queríamos y nos dijo que la haría sin problema, pero que tardaría un par de horas, por lo que Alex quedó en que iría a recogerla antes de que cerraran, ya que tan solo trabajaban en turno de mañana durante el verano. Al final, nos sentamos en un bar a tomarnos algo mientras esperábamos, así no tendría que volver luego.

Llegamos a casa y Alex entró a decirle a su madre que esta noche teníamos cena en casa, todos juntos, pero no le dijo nada más, por mucho que ella insistía.

Preparamos algo de picoteo, pues la cena la pediríamos a domicilio, no teníamos ganas de meternos en la cocina ninguno de los dos. Nos dimos una ducha y pusimos la mesa, mientras iban llegando todos, al final nos iba a faltar casa.

—Me tenéis intrigada, chicos, ¿qué es eso que tenéis que contarnos? —nos dijo Marta.

—En el postre os enterareis todos —le dijo Alex.

—Joder, hasta el postre tenemos que esperar. Al final, me sienta mal la comida, ya verás —dijo mi madre, mientras mi padre me miraba con un amor que no había sentido en la vida.

La cena transcurrió entre bromas y risas, pues todos los presentes se pusieron a hacer suposiciones, y ninguno daba en la tecla. En un momento determinado, Alex se levantó y fue a la cocina a traer la tarta que habíamos encargado, pero no la sacó de la caja, de ese modo, nadie la vería antes de tiempo.

—Bueno, chicos, pues en esta caja está lo que tenemos que deciros —dijo mi chico, abriendo la caja.

—Por favor, me estoy comiendo de los nervios —dijo Reyes.

Cuando todos se dieron cuenta de la noticia, no supieron cómo reaccionar, aunque se notaba la alegría en sus rostros. La primera en reaccionar fue mi madre, que se levantó llorando y me dio un abrazo y un beso. Después de ella, fueron viniendo todos los demás.

—Me has dado la mejor noticia de mi vida, me has hecho la mujer más feliz del mundo —me dijo Reyes, que no paraba de llorar.

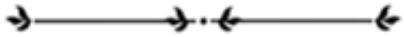
Horas más tarde, cuando ya nos quedamos a solas y habíamos digerido la noticia, Alex me acurrucó contra su pecho, y no paró de besarme.

—De verdad que no puedo estar más feliz, Paula —me dijo.

—Yo tampoco. Tan solo quiero que todo salga bien y que empecemos a formar nuestra propia familia —le dije.

Entre besos nos fuimos quedando dormidos, pensando y hablando en todo lo que teníamos que ir comprando para el bebé, en nombres y todo lo felices que éramos.

Epílogo



Diez años después…

Alex

—Papá, dice mi madre que, como no te des prisa, va a llegar al hospital con mi hermano de la mano —me dijo mi hija Marta.

—Dile que ya estoy llegando —le respondí, a través del altavoz del coche.

Mi mujer se había puesto de parto, nuestro segundo hijo ya venía de camino. Pero creo que será mejor que os lo cuente desde el principio, o terminareis medio locos perdidos…

Paula y yo nos casamos en cuanto que Marta tuvo dos años, pues no queríamos esperar más. Seguíamos viviendo en mi casa de soltero, pero compramos un pequeño terreno en el que edificamos una casita para pasar los fines de semana, con piscina y césped para que los niños pudieran correr.

Marta y Alfonso también se habían casado, y tenían gemelos, Alex y Alfonso, de siete años, y que eran inseparables de nuestra hija Marta. Nuestra hija llevaba el nombre de su madrina, eso lo tuvimos claro. Ella se mudó también a Sevilla, ya que su madre se fue a vivir con Armando a su pueblo. Ella dejó su trabajo y se dedicó a ayudar a su marido con sus inversiones.

Dayron y María no se habían casado, pero vivían juntos. Él decía que no quería que pensara que estaba con ella por los papeles. Tenían un hijo, que se

llamaba Yotuel, como mi suegro, ya que Dayron, a todo el que le preguntaba, le contaba que había sido su ángel de la guarda, que lo había sacado del infierno para traerlo hasta la gloria. Vivían en un pueblo de Sevilla, ya que él encontró un trabajo mejor y no dudó en decirle a su chica que se fueran a vivir juntos.

Ailed ya era una muchachita que tenía quince años, no se podía ser más buena niña que ella, ni más guapa tampoco. Al principio lloraba porque echaba mucho de menos a su madre, pero con el tiempo, se terminó adaptando. A mis suegros les decía papá y mamá, y era de lo más estudiosa y educada.

Mis suegros eran tan felices como el primer día, y esa niña era lo que les faltaba para terminar de sentirse una familia. Ellos seguían viviendo en el mismo piso, aunque mi suegro ya no trabajaba lo mismo que antes, seguía pasando consulta, sobre todo a los niños de la familia.

Ese día hacían puente en el colegio, ya que, al día siguiente, era festivo, y por eso mi mujer y mi hija se quedaron en el campo, mientras que yo volvía ese día al trabajo. Todavía no me había dado tiempo de encender el ordenador, cuando mi mujer me llamó que se había puesto de parto. No le tocaba, pues le faltaban dos semanas para salir de cuentas, pero el pequeño Joaquín tenía prisa por salir.

Sí, mi hijo llevaba el nombre de mi padre. ¿El motivo? Nos había dejado hacía ya cinco años. Esa reunión que dijo aquel día que tenía, no resultó ser eso, sino una consulta médica. No le dijo a nadie que tenía cáncer, y que no se podía hacer nada por él, por lo que decidió que el tiempo que le quedara lo iba a vivir a tope con su mujer. Para mi madre fue un duro palo que le dio la vida, pues era demasiado joven para irse, pero el destino es así de cruel y de hijo de puta y, cuando mejor pensaba que estaba, se lo llevó el de la guadaña mientras dormía una noche, sin dejar que nos despidiéramos de él.

No solo mi madre lo pasó mal, puesto que Paula también y, la que más, mi hija Marta, que sentía adoración por su abuelo. Con el tiempo nos habíamos acostumbrado, pero, en cuanto supimos que íbamos a ser padres de nuevo y que sería un niño, su hermana dijo que se llamaría como su abuelo, y ni su madre ni yo pusimos ninguna objeción.

Entre nosotros el amor estaba presente en cada gesto, en cada cosa cotidiana. No voy a decir que no discutíamos, porque sería una mentira como una casa, pero jamás nos habíamos ido a la cama enfadados. Tanto uno como el otro, procurábamos encontrar la manera de acercarnos para que eso no ocurriera.

Paula, en cuanto que Marta tuvo la edad suficiente para entrar en la guardería, se matriculó en Ciencias Exactas, y ahora era profesora en un instituto de la ciudad. Sus alumnos le tenían un gran cariño, puesto que es la más joven del equipo docente, y no solo la veían como una profesora, sino como a una amiga y confidente, a la que le contaban sus preocupaciones, y que ella escuchaba con toda la comprensión.

—Y por fin llegas. Venga, vamos al hospital, que ya nos está esperando mi padre —me dijo en cuanto llegué, con la niña de la mano y la bolsa en el hombro.

—Tuve que aparcar el coche en la otra punta del…

—Déjate de historias que me está dando una contracción ahora mismo y como tardes más, ni epidural ni nada, voy a llegar con el niño de la mano —me interrumpió, mientras me cogía la mano, esa que retorció hasta que se le pasó la contracción.

Gracias al cielo llegamos a tiempo, y todo salió bien. El pequeño Joaquín llegó al mundo tras dos empujones, pues cuando entró al hospital, ya llevaba diez centímetros de dilatación, y no pudieron ponerle la epidural, como ella había vaticinado. Fue todo tan rápido, que ni puntos tuvieron que darle, todo lo contrario del parto de la niña, del que salió de allí con más puntos que el primer equipo de la liga de futbol.

De Claudia no supe más. Bueno, en realidad, sí que me llegaron cosas, pero a lo que me refiero es a que no la volví a ver. En cuanto supo que Paula y yo estábamos esperando un bebé, no se acercó más a mí. Lo que nos llegó es que su marido murió, pero lejos de dejarle a ella nada, se lo dejó todo a sus hijos. Ella tan solo pudo quedarse con la casa en la que vivían y una pequeña paga mensual que no llegaba a los mil euros. Al final, todo lo que ella aguantó

no le sirvió para nada, por lo que, vendió la casa y se marchó de la ciudad, empezando de cero en otro lado.

Con respecto a Perico y a Felipe, la cosa no terminó de cuajar, ya que Felipe era muy celoso y su chico no pudo aguantarlo. Perico había conocido a una chica, no le ocultó que era bisexual, como tampoco que había tenido una relación con un chico, pero eso a ella no le importó. Marina, que así se llama ella, tenía un hijo de dos años cuando empezaron a salir juntos, de una relación anterior, y que Perico ayudó a sacar adelante. Hoy en día, vivían juntos y estaban esperando su segundo hijo, que era una niña.

Felipe, por su parte, siempre mantuvo la esperanza de que Perico volviera a él. Cuando se dio cuenta de que eso no iba a ser posible, decidió poner tierra de por medio, pues decía que no podía soportar verlo con otra persona y que fuera feliz. La última vez que hablamos con él, estaba en Londres, había conocido a un chico, pero no tenían nada serio. Decía que no quería que le volvieran a romper el corazón. De eso hacía ya más de seis meses, pues cambió de número de teléfono y cerró todas sus redes sociales, cortando todo contacto con nosotros.

Almudena, mi compañera de trabajo, terminó divorciándose, pues su marido se la volvió a jugar y la engañó durante mucho tiempo con una mujer de su trabajo. Le costó muchísimo superarlo, pues la dejó sola con los niños, ya que, no solo se divorció de ella, parecía que también lo había hecho de ellos, pues dejó de venir a verlos y de pasarles la pensión, y ella no quería demandarlos. Siempre le sobró cojones para sacarlos adelante, pero mucho más desde que Javier le confesó sus sentimientos. Poco a poco se fue ganando su confianza y su corazón, y hoy en día vivían juntos y eran de lo más felices.

—No se puede ser más bonito que este niño —dijo mi madre, cuando entró en la habitación después de que naciera nuestro hijo.

—Se parece a su padre, Reyes. Nueve meses sufriendo y no tiene nada mío, yo solo he sido la incubadora, al igual que con Marta —le dijo mi mujer, pero con orgullo.

—De eso nada, que Marta tiene tu carácter y tus ojos —le dije, y es que era así.

—Estaría bueno que no tuviera nada, después del trabajo que me costó ponerla en el mundo —me respondió ella, riendo.

Al poco tiempo, fueron llegando todos los demás, y aquello parecía una feria. Por suerte, mi suegro era muy reconocido allí en el hospital y no nos dijeron nada, porque, de no ser así, estoy completamente seguro de que ya nos habrían llamado la atención y nos habrían echado de allí a más de uno y de dos.

Estuvieron allí durante más de una hora, y se fueron yendo poco a poco, hasta que tan solo nos quedamos mi mujer, el niño y yo. Marta se había ido con mi madre, pues no queríamos que se quedara sola después de haber conocido el nombre del niño, ya que no se lo habíamos dicho a nadie antes.

—Ahora sí que estoy completa —me dijo Paula.

—Joaquín ha venido a terminar de hacernos felices —le respondí.

—¡Quién nos iba a decir que, después de aquel baile, íbamos a encontrar la felicidad! —exclamó mi mujer.

—Pues sí, una máscara y un beso, nos llevó a encontrar un amor inesperado. El amor más bonito del mundo. Volvería a pasar por todo esto si el final fuera el mismo —le respondí.

Nos miramos a los ojos y nos fundimos en un beso, uno que intentaba decirle al otro lo importante que éramos y lo felices que nos sentíamos, y que cumplió con su misión. Ahora tan solo nos quedaba sacar adelante a ese bebé y colmarlo de amor, al igual que su hermana. Estaba completamente seguro de que esta historia nos duraría para siempre, y así lo iba a cumplir.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
X: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel